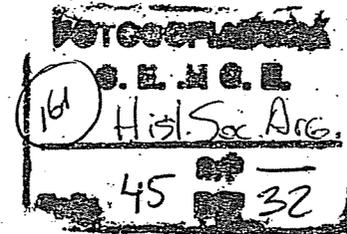


# Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)

Ricardo Falcón



BIBLIOTECA  
**POLITICA**  
ARGENTINA

①

C  
CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

161 F 45

**Dirección:** Oscar Troncoso  
**Secretaría de redacción:** Margarita B. Pontieri  
**Asesoramiento artístico:** Oscar Díaz  
**Diagramación:** Gustavo Valdés, Alberto Oneto,  
Diego Oviedo  
**Coordinación y producción:** Natalio Lukawecki,  
Fermín E. Márquez

## AGRADECIMIENTO

Este trabajo es el resultado de una investigación realizada en Argentina y en Europa entre 1976 y 1981. Numerosas personas e instituciones han facilitado esta tarea durante esos años. En particular, el Instituut voor Sociale Geschiedenis de Amsterdam que me ha autorizado a reproducir parcialmente la correspondencia entre los internacionalistas residentes en Buenos Aires y el Consejo General de Londres y Marx y Engels, que se encuentra en sus archivos. Asimismo, he utilizado también informaciones provenientes de los trabajos que tiene en preparación el Grupo del Diccionario Biográfico del Movimiento Obrero Latinoamericano, de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, dirigido por Robert Paris. Alberto Belloni y Bernardo Gallitelli han tenido la gentileza de hacerme llegar materiales e informaciones que me han sido de utilidad. Sergio Bagú, contribuyó amablemente con observaciones epistolares de carácter teórico, que me ayudaron a pulir algunos aspectos de este trabajo. Inmensa ha sido la paciencia y la colaboración del personal de todas las bibliotecas y archivos que he consultado, particularmente Thea Duycker y Rudolf De Jong del ya citado I.I.S.G. de Amsterdam y Geneviève Dreyfus-Armand de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de Nanterre, Francia. Para todos ellos mi agradecimiento.

*Ricardo Falcón, 1983*

© 1984 Centro Editor de América Latina S.A.  
Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en Abril de 1984. Pliegos interiores: compuesto en Tipográfica del Norte S.R.L., Don Bosco 3838, Buenos Aires; Impreso en los Talleres de Gráfica Patricios S.C.A., Juan C. Lemos 246, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires. Interior: Distrimeco S.P.L., Avda. La Plata 2138, Capital.

ISBN 950 25 0052 0

## INTRODUCCION

El propósito de este trabajo es estudiar los orígenes del movimiento obrero argentino en directa relación con el proceso de conformación de la clase obrera y del conjunto de transformaciones sociales de la época. A pesar de la existencia de una abundante bibliografía, este tipo de enfoque es aún relativamente nuevo en la historiografía obrera en Argentina.

En efecto, durante muchos años los trabajos sobre la historia de los trabajadores y del movimiento obrero tuvieron predominante un carácter de *historia política*. Es decir, que privilegiaban la consideración de las instituciones, las ideologías y los elementos fácticos, presentándolos en consecuencia como un fenómeno relativamente autónomo del conjunto del proceso social.

La preocupación por la historia del movimiento obrero nació en Argentina entre fines del siglo XIX y comienzos del actual en coincidencia con la irrupción social y política de la incipiente clase obrera. Los primeros historiadores fueron en general militantes, más preocupados muchas veces por historiar los orígenes de su propia tendencia antes que los del conjunto del movimiento. Frecuentemente la historia era un terreno más en la lucha ideológica entre anarquistas y socialistas.

En consecuencia, la mayoría de los trabajos históricos tendrán en cierta medida un propósito de *legitimación política*, que no es sin dudas exclusivo a la Argentina, y que se renovará posteriormente con la aparición de nuevas corrientes políticas en el seno del movimiento obrero. Esto se verifica por el hecho de que los más conocidos estudios históricos globales sobre el movimiento obrero se identifican con una corriente determinada. Así, tenemos la versión anarquista de Abad de Santillán, la socialista de Jacinto Oddone y la sindicalista de Sebastián Marotta, entre otras. No obstante estas

características, esos trabajos pioneros no carecen hoy de valor testimonial.

Más recientemente y particularmente desde los años 1960 surgieron algunos trabajos universitarios, y no todos ellos desde el ángulo de la historia del movimiento obrero, que intentaban abordar la problemática de la inmigración y de la estructuración de la masa de trabajadores en el país. A pesar de la importancia de estas contribuciones, la tentativa de estudiar el movimiento obrero también como un fenómeno de *historia social*, queda aún por desarrollar.

Un problema importante que revela la historiografía del movimiento obrero en la Argentina es el de las fuentes. No es casual si la mayoría de los estudios toman como punto de partida los últimos años de la década del ochenta y que incluso en algunos aspectos han quedado obligados a seguir las informaciones de los primeros historiadores de principios de siglo. Las condiciones de precariedad del movimiento obrero, particularmente en sus épocas más remotas, y las condiciones políticas que ha atravesado el país en muchas etapas de su historia han provocado la pérdida y dispersión de numerosos archivos. No es tampoco casual entonces, que algunos de los materiales más importantes se encuentren en archivos extranjeros.

Hasta cierto punto, la fisonomía del movimiento sindical y político de la clase obrera de cada país aparece relativamente determinada por las características propias del proceso de su conformación social. En consecuencia, aparece como necesario en un estudio sobre los orígenes del movimiento obrero argentino, establecer las correlaciones necesarias con el proceso inmigratorio y de transformación de los primeros artesanos-inmigrantes en asalariados.

Sin embargo, el reconocimiento de una estrecha relación entre la conformación social histórica de los trabajadores y las modalidades del movimiento obrero, no niega la necesidad de estudiar también sus aspectos políticos, ideológicos e incluso el papel desempeñado por los individuos.

El punto de partida en la búsqueda de los más lejanos antecedentes del movimiento obrero argentino se sitúa en los artesanos que desde la segunda mitad del siglo XIX dieron nacimiento a las primeras formas autónomas de organización de los trabajadores y a las primeras expresiones de propaganda socialista. Estos esfuerzos serán continuados durante la década del setenta por los militantes agrupados en las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores. Ellos desempeñarán de alguna manera un papel de nexo res-

pecto al movimiento obrero más evolucionado que se conforma durante los años ochenta y comienzos del noventa, bajo el impulso del desarrollo capitalista en el país.

Aunque los elementos de continuidad son innegables, metodológicamente aparece como necesario establecer un corte hacia 1880 para facilitar el estudio particular de cada período. Termina en esa fecha lo que se ha denominado "la prehistoria" de los trabajadores argentinos.

Puede considerarse que el proceso constitutivo del movimiento obrero termina hacia fines de la década del noventa. En esos años se verifican algunos hechos de capital importancia que estarán en la base de la plena irrupción del movimiento obrero en la escena nacional en 1902 con la huelga general de ese año y con la inmediatamente precedente constitución de la primera federación obrera unitaria. Esos hechos son fundamentalmente la consolidación del movimiento sindical y la agudización de los conflictos sociales, al mismo tiempo que la constitución definitiva del Partido Socialista y el surgimiento del periódico *La Protesta*, especie de frente unido de la mayoría de las corrientes del anarquismo partidarias de la participación de la lucha de clases y en la intervención en las organizaciones obreras.

En los últimos años del siglo la clase obrera adquirirá desde el punto de vista de su consistencia social, luego de la gran oleada inmigratoria de fines de la década del ochenta, una fisonomía que no será alterada en lo sustancial por lo menos hasta la Primera Guerra Mundial, aunque su evolución se siga haciendo constantemente. Ese fenómeno y la consolidación del movimiento sindical y de la actividad anarquista y socialista aparecen como los elementos decisivos para el cambio que se producirá apenas comenzado el siglo XX.

I

## INMIGRANTES, ARTESANOS, MUTUALES Y SOCIALISMO (1857-1879)

A partir de la segunda mitad de la década de 1850, comienza a consolidarse una capa de trabajadores urbanos, de carácter predominantemente artesanal y origen mayoritariamente inmigratorio, que se concentra particularmente en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y también en algunos centros urbanos de la región del Litoral. Esta será la base social sobre la cual aparecerán las primeras expresiones de organización autónoma de los trabajadores a través de la formación de asociaciones mutuales estructuradas por oficios y del surgimiento de una literatura genéricamente socialista. En estas manifestaciones se encuentran los más remotos orígenes del moderno movimiento obrero argentino. En efecto, a pesar de las importantes modificaciones que se producirán en los años subsiguientes, hay a partir de la actividad de estos pioneros un hilo conductor que no se cortará hasta nuestros días.

Esta capa de trabajadores urbanos se conforma como consecuencia de las transformaciones capitalistas que se comienzan a producir en la estructura del país, como resultado de la apertura para los productores agropecuarios del mercado europeo. En este proceso desempeñó un papel determinado la iniciación de la producción y de la exportación de la lana, que había significado desde los años cuarenta una modernización —limitada pero importante— de las estructuras mercantiles precapitalistas del país.

Gracias a la lana los productores argentinos alcanzaban el mercado europeo, que hasta entonces les había vedado la producción del tasajo, dirigida preferente-

mente hacia los mercados esclavistas de Cuba y Brasil. Como lo ha señalado Ricardo Ortiz, la lana requería una serie de transformaciones cuyas consecuencias fueron de mayor alcance de las que en su momento había implicado el reemplazo del "ciclo del cuero" por "el ciclo del saladero"<sup>1</sup>.

La nueva producción constituía un acicate para iniciar la conversión del gaucho —pastor seminómada a caballo— en obrero agrícola; el alambrado de los campos; el comienzo de ciertas formas de agricultura complementarias de la cría de la oveja; el nacimiento trabajoso de una industria subsidiaria de la actividad agropecuaria y el inicio de una inmigración masiva de trabajadores europeos para atender las nuevas necesidades en el dominio de la agricultura y del artesanado<sup>2</sup>.

La producción lanera que detentaba escasas 350 toneladas anuales en 1829, había llegado ya a 7.680 en 1850 y alcanzaría 65.700 en 1870. En 1862 la lana representaba el 50 % del valor del conjunto de las exportaciones, frente a los cueros y a la carne salada. Al mismo tiempo, una consecuencia importante de la actividad lanera será la creación de la industria de la grasa, que empleará mano de obra nominalmente asalariada<sup>3</sup>.

No obstante, estas innovaciones tendrán una repercusión limitada, tanto en términos absolutos como en su aplicación espacial, ya que habrá que esperar aún cuarenta años para que se produzcan, en torno a la producción y exportación cerealera y de carnes, las grandes transformaciones que convertirían definitivamente a la Argentina en un país capitalista de base predominantemente agraria. Sin embargo, los cambios introducidos por esa diversificación productiva serán suficientes para favorecer el surgimiento de una capa de trabajadores manuales concentrados principalmente en la ciudad de Buenos Aires.

El aumento de la exportación provocará una expansión limitada pero importante del consumo interno y de las industrias subsidiarias que conducirán al fomento de la inmigración para cubrir esas necesidades de mano de obra. La escasez de brazos aptos para ese tipo de actividades agrícolas y artesanales era uno de los problemas fundamentales que debían enfrentar los productores.

Si los obreros y artesanos de proveniencia europea fueron el sector que dará nacimiento a las primeras expresiones del movimiento obrero, no fue sin embargo, el único tipo de trabajadores que existió en Argentina en los años sesenta y setenta. Encontramos además, una capa de trabajadores manuales negros en Buenos

Aires y en el interior del país trabajadores agrícolas o de las industrias artesanales precapitalistas, generalmente mestizos o indios. Sin embargo, ninguno de estos dos sectores tendrá las condiciones necesarias para producir formas autónomas de organización, aunque por razones diferentes.

Los negros van a producir una abundante literatura política, pero paradójicamente en el mismo momento en que comenzaban a extinguirse como capa productiva. Los negros que durante todo el período colonial y el de posindependencia habían ocupado un lugar importante en las artesanías de Buenos Aires, quedarán relegados principalmente a trabajos domésticos o burocráticos más adelante, cuando se produce la llegada de los inmigrantes. Aunque no existen datos censales precisos sobre la evolución de la población negra, es evidente que hacia los años cincuenta su peso demográfico había disminuido sensiblemente. El tipo de desarrollo capitalista que se preanunciaba en Buenos Aires y en la zona del Litoral, hacía innecesaria y muy costosa la introducción de nuevas capas de mano de obra esclava.

Como una reacción frente a "la decadencia" del lugar social ocupado por los negros y también como una expresión de las nuevas condiciones políticas y sociales que se habían abierto en el país desde 1852, surge desde 1958 una larga serie de periódicos que, aunque reflejando diferentes sectores sociales dentro de la comunidad negra y diversas opciones políticas, plantean la defensa de los intereses de "la raza"<sup>4</sup>. El primero de ellos, fue *La Raza Africana*, seguido también en 1858 por *El Proletario*, dirigido por Lucas Fernández.

En los primeros años de la década del setenta, *La Juventud*, representaba la tendencia más radicalizada de la comunidad negra, utilizando a veces un lenguaje de inspiración socialista o marxista y reivindicando los derechos de los trabajadores negros<sup>5</sup>. Sin embargo, el desplazamiento de los negros de las actividades productivas hacia los sectores de servicios y empleos públicos, que dará origen también a una clase media negra, impedirá que los trabajadores negros desempeñen un papel directo en el surgimiento del movimiento obrero. No obstante ciertas tentativas de dar un tono clasista a la defensa de los intereses de los negros, la mayoría de la literatura política negra que se prolongará hasta la década del ochenta insistirá sobre la defensa global de los intereses de la comunidad y planteará los problemas en términos étnicos.

Por su parte, los trabajadores rurales del interior del país no tendrán tampoco expresiones organizativas propias. Su incorporación al movimiento obrero se comen-

zará a producir recién a fines de siglo y como una extensión de la actividad y la propaganda de las organizaciones sindicales y políticas obreras generadas en el medio inmigrante y urbano.

Las condiciones semiserviles o de trabajo doméstico en las industrias pre-capitalistas del noroeste o de los peones rurales en las estancias pampeanas, que trabajaban muchas veces por su simple manutención, no permitirán el surgimiento de acciones laborales reivindicativas colectivas. Cuando se manifiestan políticamente estos sectores lo hacen en general siguiendo las propuestas de diferentes sectores de las clases patronales. Y cuando se trata de una rebelión autónoma no da lugar en general a planteamientos positivos, como en el caso de las episódicas sublevaciones de los indios del noroeste y noreste o llega hasta el degüello de oficiales como en el caso de los levantamientos de gauchos en los ejércitos de las guerras civiles.

### La inmigración

El vacío demográfico heredado de la estructura agro-ganadera vigente durante los períodos colonial y poscolonial, obligaba a recurrir a la inmigración frente a las transformaciones en curso. El recurso a la inmigración era una respuesta a las necesidades concretas planteadas por la necesidad de mano de obra tanto para la agricultura como para la industria, como al proyecto más global sintetizado por la frase "gobernar es poblar".

Según las estimaciones de Azara la población argentina era de 310.000 personas en 1797; La Fuente estimaba 527.000 en 1819, y Woodbine Parish 675.000 en 1837. Es decir que había hecho un poco más que duplicarse en cuarenta años. En 1860, sólo 23 años después y ya comenzado el proceso migratorio, Martín de Moussy la estimaría nuevamente casi duplicada, con 1.210.000 personas<sup>6</sup>. Esa cifra era aún totalmente insuficiente no sólo para las dimensiones del país sino para los requerimientos de mano de obra que comenzaban a plantearse.

Hasta entonces las actividades rurales habían requerido un número exiguo de brazos. La agricultura estaba muy poco desarrollada y las actividades ganaderas se hacían con poca mano de obra. Así, *una estancia organizada dentro del tipo de explotación colonial —dice Rodríguez Molas— emplea pocos peones. Era frecuente manejar diez o veinte mil cabezas vacunas con cuatro hombres*<sup>7</sup>.

En lo que hace a las actividades artesanales, se sabe que en 1830 había en Buenos Aires 57 oficios manuales ejercidos por 557 personas<sup>8</sup>. Además había en 1822, 674 establecimientos catalogados como "industriales" que en 1855 eran ya 1.265<sup>9</sup>. Otras informaciones indican que las 68 carpinterías existentes en Buenos Aires en 1830 habían pasado a ser 110 en 1853. Entre las mismas fechas el número de fideerías pasó de 6 a 10, el de hojalaterías de 18 a 19, el de panaderías de 39 a 61; las 33 sastrerías pasaron a 51, las talabarterías de 12 a 23 y las 35 zapaterías a 108<sup>10</sup>. En los treinta años siguientes el número de esos establecimientos aumentaría en todos los casos entre cinco y diez veces.

El fomento de la inmigración fue una preocupación común desde 1853 tanto del gobierno de la Confederación como del de Buenos Aires. En esta provincia, en 1854 una ley autorizó al gobierno a formar una comisión propulsora de la inmigración. Además se adoptaron medidas, como la exención de aranceles portuarios a los navíos que entrarán con por lo menos cincuenta inmigrantes. Sin embargo, la ausencia de una infraestructura real de acogida de los inmigrantes recién desembarcados, hacía que estas medidas tuvieran poca efectividad práctica. Un paso adelante se dio en 1857 con la instalación de un edificio para alojar a los inmigrantes sin recursos. En ese mismo año con la participación de particulares argentinos y extranjeros y con la protección del gobierno bonaerense se constituyó la Asociación Filantrópica de Inmigración, que entre otros propósitos se proponía celebrar contratos con agentes europeos.

También la Confederación se preocupó tempranamente por el fomento de la inmigración. Se nombraron cónsules en varios países de Europa y en 1854 se hizo venir a obreros especializados desde Montevideo con pasaje pago y otras franquicias para suplir la falta de ese tipo de mano de obra.

Durante los años sesenta se adoptaron diversas medidas. Una ley de 1862 autorizaba al Poder Ejecutivo a hacer contratos para la venida de inmigrantes a los cuales se concederían por familia un lote de tierra de cuarenta hectáreas. Un año después se permitía a los inmigrantes pasar libremente por la aduana todo tipo de herramientas. En 1864 se creaba en Rosario una comisión local protectora de la inmigración.

En agosto de 1869 se crea una comisión Central de inmigración, que entre otras actividades introduce mejoras en el Hotel de Inmigrantes. Tres años después, la comisión impulsa la creación de organismos encargados de centralizar las ofertas y demandas de mano de obra

y obtiene pasajes gratis de las compañías ferroviarias para trasladar a los inmigrantes colocados a sus trabajos en el interior del país.

En 1874 la Comisión Central es reemplazada por un Comisario general, aunque no implicó modificaciones sustanciales en la política de fomento migratorio. En 1875, la ley del 12 de octubre, autoriza al gobierno a conceder tierras hasta un máximo de 100 hectáreas por familia, aunque limita los subsidios y anticipos a los colonos a un máximo de 600 pesos fuertes por núcleo familiar.

Finalmente, el 19 de octubre de 1876 es sancionada la posteriormente llamada Ley de Inmigración, inspirada en el Home Stead Act de los Estados Unidos. Su artículo 12 considera inmigrante a todo extranjero menor de 60 años que llegara al país para establecerse en calidad de obrero, artesano, industrial, agricultor o educador. Se establecía que los inmigrantes serían alojados y alimentados durante los primeros cinco días posteriores a su arribo, su colocación en un trabajo, su transporte gratuito hasta el lugar definitivo de residencia y se les concedía franquicia para la introducción de objetos personales y herramientas profesionales. Además, la ley establecía la creación de un Departamento General de Inmigración dependiente del Ministerio del Interior; autorizaba al gobierno a nombrar agentes en Europa; disponía la creación de oficinas de trabajo y reglamentaba la colonización y la concesión de tierras en lotes de 25 a 50 hectáreas.

Los primeros datos estadísticos relativamente seguros que se tienen sobre la inmigración se remontan a 1855, aunque generalmente los Censos posteriores toman como punto de partida el año 1857, cuando la estadística se vuelve regular. Hasta 1866 solamente se contabilizaban los inmigrantes —es decir los pasajeros de segunda y tercera clase— entrados por vía ultramarina. A partir de 1867 se tienen en cuenta también los que llegan a través de una escala en Montevideo. La emigración sólo será considerada estadísticamente a partir de 1871.

Hasta 1862 el promedio anual de la inmigración es menor a 6.000 personas, entre 1863 y 1867 se duplica, llegando a aproximadamente 12.000 inmigrantes por año. A partir de ese año, aunque debe tenerse en cuenta que se registran también los entrados por Montevideo, es evidente que el ritmo se acelera. Entre 1868 y 1870 el promedio anual es de 35.000 inmigrantes. La epidemia de fiebre amarilla explica la disminución a 20.933 en 1871. Al año siguiente vuelve a los niveles próximos a 35.000 y en 1873 y 1874 hay un nuevo salto con 76.300

y 68.000 inmigrantes respectivamente. Desde 1875, la crisis implicará una nueva desaceleración del ritmo de llegadas, manteniéndose el promedio hasta el fin de la década en aproximadamente 41.000 inmigrantes anuales.

El ritmo de la inmigración es en general ascendente en todo el período hasta 1875. Los momentos de disminución de las llegadas son coyunturales, como fue el caso de las epidemias de 1867 y 1871. La disminución registrada en 1875 y años subsiguientes también es coyuntural —provocada por los disturbios políticos y las consecuencias locales de la crisis económica mundial— aunque de mayor profundidad. El saldo del quinquenio 1875-1879 es netamente inferior al del anterior, pero ya en ese último año el volumen de llegadas muestra síntomas de recuperación.

#### Inmigración 1855 - 1879

Años	Inmigrantes				
	Vía Ultra- mar	Vía Monte- deo	Total	Salidas	Saldos
1855-1859	24.928	—	24.928	—	—
1860-1864	40.663	—	40.663	—	—
1865-1869	93.565	16.112	109.677	—	—
1870-1874	160.788	81.758	242.546	59.415	181.131
1875-1879	104.800	103.389	207.569	95.971	111.598
Totales	424.024	201.259	201.259	155.386	

Fuente \*

El primer Censo Nacional, en 1869, registraba ya una importante presencia de extranjeros en el país. Sobre una población total de 1.737.026 habitantes, los argentinos eran 1.526.734 y los extranjeros 210.292, es decir el 12,1 %<sup>11</sup>. Sin embargo esta proporción era mucho

\* Estimaciones propias sobre la base de los datos del *Segundo Censo Nacional* de 1895, y *Extracto Estadístico* de 1915. Cifras ligeramente diferentes pueden obtenerse si se tienen en cuenta otras estadísticas posteriores. Así el Departamento General de Inmigración estima las salidas de ultramar entre 1857 y 1860 en aproximadamente 8.900 y las de 1861-1870 en 82.000. De todas maneras todas estas estadísticas tienen un valor predominantemente indicativo. Ninguna de ellas pudo incluir los inmigrantes entrados por vía terrestre que deben suponerse de un volumen no despreciable.

más elevada en la región más poblada y económicamente la más importante, la del Litoral. En la Capital representaban el 49,6 %, en la provincia de Buenos Aires el 41,7 %, en Santa Fe el 15,6 %, en Entre Ríos el 13,6 % y en Corrientes el 6,8 %<sup>12</sup>.

El 43,9 % de los extranjeros existentes en el país en 1869, residían en la Capital, el 28,3 % en Buenos Aires, el 8,7 % en Entre Ríos, el 6,6 % en Santa Fe, el 4,2 % en Corrientes y el 2,9 % en Mendoza<sup>3</sup>. Es decir que 6 distritos contenían el 94 % de los extranjeros censados. Estas cifras revelan la preferencia de los extranjeros por la región Litoral, a la que pertenecen esas provincias, con excepción de la de Mendoza.

Todavía en este período los inmigrantes van escasamente al interior del país. Así, lo deploraba en 1872, la Sociedad Rural señalando que solamente el 3,5 % de los italianos, el 4 % de los franceses, el 3 % de los ingleses, el 0,5 % de los españoles iban al interior<sup>14</sup>.

En lo que concierne a la nacionalidad de origen de los inmigrantes, entre 1857 y 1879, los italianos configuran una amplia mayoría, seguidos por los españoles y los franceses.

*Inmigración por nacionalidades. 1857 - 1879 \**

Nacionalidades	Inmigrantes	%
Italianos	259.554	62,76
Espanoles	67.411	16,30
Franceses	40.018	9,68
Ingleses	13.227	3,20
Suizos	7.984	1,92
Alemanes	4.912	1,20
Austriacos	4.514	1,09
Belgas	1.215	0,30
Otras nacionalidades	14.705	3,55
<b>Total</b>	<b>413.540</b>	<b>100</b>

Fuente <sup>15</sup>.

El Censo Nacional había registrado en cifras redondas 211.000 extranjeros, de los cuales 71.500 eran italianos, es decir el 34 %; 35.000 españoles, el 16,5 %; 32.000 franceses que constituían el 15 %; 11.000 ingleses, 6.000 suizos y 5.000 alemanes que representaban respectivamente el 5 %, el 3 % y el 2 %<sup>16</sup>.

\* Unicamente inmigrantes llegados por vía de ultramar.



*inmigración italiana*

Los italianos entran al país hasta 1862 según un promedio anual de aproximadamente 4.600. En los cinco años siguientes la media anual se casi duplica y continúa aumentando hasta alcanzar entre 1868 y 1870 21.000 inmigrantes. Durante la década del setenta, los volúmenes anuales siguen las oscilaciones del ritmo general de la inmigración, alcanzando el nivel más alto en 1873-1874 y en 1878-1879 con promedios cercanos a los 25.000 inmigrantes.

El ritmo de la inmigración de origen español es más lento. El promedio anual es inferior a 1.000 entre 1857 y 1863; aumenta a 1.800 en los tres años siguientes, luego es de 3.500 hasta 1872 y registra un salto importante en 1873 y 1874 alcanzando 8.700. En los últimos años de la década el promedio anual se mantendrá en 3.300 españoles inmigrados. España recién reconoce oficialmente la emigración en 1873. Parcialmente, la aceleración del ritmo de entradas en 1873 y 1874 puede explicarse por la restauración reaccionaria en la península.

La inmigración francesa también comienza lentamente. Recién entre 1867 y 1871, el promedio supera los 1.000 inmigrantes anuales. El notable aumento de los años 1872 y 1873, con 4.600 y 7.400 inmigrantes franceses respectivamente, también puede explicarse parcialmente, como en el caso español, por los acontecimientos políticos, particularmente la derrota de la Comuna en 1871. El promedio de la década es próximo a 3.000 inmigrantes anuales.

El ritmo del resto de las nacionalidades es más regular. Solamente los austriacos registran un brusco aumento episódico en 1879, con la llegada de 1.760, es decir casi el 40 % del total arribado entre 1857 y 1879. Por otra parte, la proporción de suizos en el total de inmigrantes es más alta en este período que lo que lo será en los posteriores. Este fenómeno se explica por el hecho de que es todavía la etapa de los ensayos de colonización agrícola con agricultores suizos.

El gran proceso de emigración europea comienza aproximadamente a partir de 1830. Durante los primeros treinta años la gran mayoría de los que dejan el continente europeo provienen de la región Noroeste, representando todavía en 1870 el 94 %. La tendencia comienza a invertirse en el curso de la década del setenta, aproximadamente 65 % son originarios del Noroeste y 35 % del Sudeste y se modifica totalmente con 52 % y 48 % respectivamente en los años ochenta. Posteriormente, la nueva tendencia se consolidará, siendo la mayoría de los emigrantes europeos originarios del Sudeste del continente.

La Argentina comienza relativamente tarde, particularmente, respecto a los Estados Unidos, a recibir volúmenes importantes de la emigración europea. La participación argentina en el total de la inmigración mundial es de alrededor del 5 % en los años sesenta y del 8 % a fines de los setenta. A mediados de la década del ochenta, esta participación se elevará a más del 15 %. Es decir, que la Argentina comienza a tener una participación importante en el total mundial, justamente en el momento en que la tendencia hasta entonces dominante en la proporción Noroeste-Sudeste europeo, empieza a cambiar. Aunque no existen estadísticas precisas, es evidente que la Argentina recibió una cuota no despreciable de inmigrantes procedentes del Noroeste europeo en los primeros años. Pero esta proporción será minoritaria en el conjunto del proceso migratorio. En los primeros cinco años de la década del ochenta el 19 % de los inmigrantes llegados al país provenían del Noroeste y 80 % del Sudeste, entre 1886 y 1890 las proporciones son respectivamente del 22 % y 75 %. Ya en la década del noventa, los europeos del Noroeste llegados al país son solamente el 8,6 % contra un 80 % del Sudeste<sup>17</sup>.

La distinción no carece de importancia porque en términos generales puede identificarse la región de proveniencia con un tipo determinado de inmigrante. Globalmente, los inmigrantes provenientes del Noroeste europeo son obreros con algún grado de calificación, de instrucción y hasta a veces dotados de un pequeño capital. Se trata de trabajadores expulsados por el exceso de mano de obra que creaban los procesos de industrialización y modernización en el Noroeste europeo o campesinos que habían ejercido formas relativamente avanzadas de agricultura. Por el contrario los que vienen del Sudeste son generalmente campesinos pobres originarios de las zonas más atrasadas de Europa.

En lo que hace a los italianos, en las primeras épocas dominan los campesinos y obreros provenientes del Piamonte, Liguria, Lombardía, Emilia y Toscana. Posteriormente, la mayoría vendrá de las ciudades y campos del sur italiano, tratándose en general de trabajadores menos calificados.

Los primeros españoles proceden de las zonas en vías de urbanización como el País Vasco, Cataluña y Madrid. Después la proporción será más favorable a los originarios de las regiones más pobres de España. A partir de 1880, los gallegos constituirán una parte muy importante de la inmigración española.

Los franceses proceden principalmente de los campos y ciudades del sur, con una alta proporción de vasco-

franceses y bearneses, habiendo también trabajadores de la región parisina.

Además, se constata que en su conjunto las nacionalidades que coinciden con los países más adelantados, tienen una proporción más alta en el conjunto de la inmigración en los primeros períodos. Ese es el caso de los ingleses, alemanes y de otros países del Noroeste y de los franceses, que luego ceden lugar a los españoles y más adelante también a los campesinos de Europa central.

El análisis de la composición por sexo y edades de la masa migratoria, puede contribuir a la formación de un perfil de conjunto.

*Inmigrantes 1857-1879. % por sexos y edades \**

<i>Sexo Masculino</i>		
<i>Hombres</i>	<i>Niños</i>	<i>Total</i>
65,44	8,09	73,53
<i>Sexo Femenino</i>		
<i>Mujeres</i>	<i>Niñas</i>	<i>Total</i>
20,75	5,72	26,47
<i>Adultos</i>		<i>Menores</i>
86,19		13,81

Fuente 18.

Las estadísticas revelan una mayoría de hombres y el predominio de los adultos sobre los menores de 14 años en el conjunto de la inmigración. Hasta cierto punto, la mayor presencia de inmigrantes del sexo femenino, tanto adultos como niñas, puede relacionarse con la colonización agrícola, como es el caso de algunas nacionalidades. En general las proporciones por nacionalidades son similares al promedio general, pero los austriacos con 50,42 %, los suizos con 56,22 %, los franceses con 61,63 % y los alemanes con 61,64 % presentan los porcentajes más bajos de hombres adultos, es decir una mayor presencia de mujeres y niños.

Durante los años sesenta y comienzos de la década siguiente, gran parte de los esfuerzos gubernamentales respecto a la inmigración se dirigieron hacia el fomento de la colonización agrícola. No obstante, la supervivencia de la estructura latifundista vedará el acceso a la propiedad de la tierra a la mayoría de los inmigrantes agrícolas. Este fenómeno se consolida definitivamente a mediados de la década del ochenta y es ya perceptible

\* Solamente inmigrantes entrados vía ultramar.

en los últimos años precedentes. La provincia de Buenos Aires quedará prácticamente excluida del proceso de colonización agrícola con extranjeros, debido al predominio de la ganadería. Por el contrario la provincia de Santa Fe, detentará el mayor número de colonias, seguida más lejos por Entre Ríos y el sur de Córdoba. La primera de estas provincias tenía 5 colonias en 1860, 36 en 1870 y 74 en 1880. En 1872 las colonias instaladas en Santa Fe, representaban el 83 % del total existente en el país<sup>19</sup>.

En 1869, todavía la población rural evidenciaba una tasa superior a la urbana, con el 57,2 % del total. Pero, como se ha visto, los extranjeros constituían aún una minoría de esa población rural, aunque su presencia fuera mayor en las provincias del litoral<sup>20</sup>.

En síntesis, en momentos en que comienza a formarse una capa de trabajadores manuales de la cual saldrán las primeras manifestaciones del movimiento obrero en ciernes, la inmigración se componía de campesinos y obreros, con una alta proporción de varones y adultos, originaria predominantemente de Italia, España y Francia, con una cuota de inmigrantes provenientes de las regiones más modernizadas.

### Los trabajadores

En 1855, en la ciudad de Buenos Aires en la época en que el proceso inmigratorio comienza a hacerse continuo y también cuando aparecen las primeras organizaciones mutualistas de los trabajadores, había un total de 1.265 establecimientos "industriales"<sup>21</sup>. Se trataba en realidad en la mayoría de los casos de talleres artesanales, con escaso personal y un muy bajo grado de tecnificación. De ese total 223 pertenecían al rubro "Alimentación", siendo en su mayoría panaderías y confiterías. Bajo la denominación Vestido y Tocador se agrupaba a 278 establecimientos, de los cuales 150 eran sastrerías y 119 zapaterías. En las actividades de la construcción 179 carpinterías y 34 hornos y fábricas de ladrillo constituían una gran parte de los 247 establecimientos. En materia de muebles, había 157 casas, de las cuales 55 eran mueblerías y 49 talabarterías. Las actividades metalúrgicas estaban representadas por 143 talleres, entre ellos 78 herrerías y 41 hojalaterías. El resto estaba formado por 72 joyerías, 21 tintorerías, 18 fábricas de jabón, velas y grasas; 14 talleres gráficos, 56 barracas y 36 fábricas de cigarrillos<sup>22</sup>.

Estas cifras permiten apreciar el carácter real de esa

"industria". De todas maneras esos 1.265 talleres artesanales, habían duplicado a los 674 censados en 1822<sup>23</sup>. Además, en 1855, había 3.139 establecimientos comerciales, de los cuales más de la mitad entraban en el rubro "Alimentación y alojamiento"<sup>24</sup>.

No hubo un censo industrial nacional hasta 1895, por lo cual no es posible seguir la evolución de esta rama con anterioridad a esa fecha. Sin embargo, algunos datos del Censo Nacional de 1869 sobre profesiones y distribución de la población activa en ramas de actividad económica, nos permiten tener una visión de la composición de la capa de trabajadores manuales de la época.

Una lista de profesiones del Censo Nacional de 1869, señala la existencia de 115.794 agricultores, 13.532 pastores, 46.542 "estancieros y hacendados" —denominación que incluye tanto a propietarios como a trabajadores— y 163.989 jornaleros, de los cuales cabe suponer a una parte como trabajando en el campo<sup>25</sup>.

Además, debe situarse en gran medida en el interior del país a 94.032 tejedores y 1.236 mineros<sup>26</sup>. La confirmación que los casi 100.000 tejedores pertenecen a las industrias artesanales precapitalistas del interior, la da el hecho que disminuyen a 39.380 en 1895. Como lo expresa el Segundo Censo Nacional: *Esa profesión es ejercida casi exclusivamente por mujeres, que se ocupan en la fabricación de mantas, colchás, ponchos y otras telas llamadas del país, de mucha solidez y alto precio*<sup>27</sup>. Se trata de talleres que se arruinan frente a la competencia de las manufacturas británicas. Otra profesión que puede citarse también entre los trabajos ejercidos en el interior, es la de los arrieros y troperos, que en 1869 existían en número de 7.845 y que en 1895 habían disminuido a 4.619, desplazados parcialmente por el ferrocarril<sup>28</sup>.

De los oficios manuales no agrícolas, los más numerosos son los correspondientes a la construcción, registrando el censo de 1869, 9.647 albañiles, 14.028 carpinteros y 1.175 pintores<sup>29</sup>. Una tercera parte de los que ejercían estas profesiones estaba radicada en la ciudad de Buenos Aires. El de albañil es un oficio relativamente apreciado y bien pago en los años sesenta y setenta, aunque lo será todavía más en los ochenta cuando se acelere el proceso de urbanización. Ya en 1869, más del 80 % del total de las casas existentes en la ciudad eran de material y más de 3.000 tenían más de un piso<sup>30</sup>.

En el año del primer censo nacional, sobre un total de 1.014.075 personas mayores de 14 años, 857.167, o sea el 84,5 % declaraba poseer una profesión y 156.908,

6

el 15,5 %, eran catalogados "Sin profesión"<sup>31</sup>. Del total con profesión, 788.043 ejercían profesiones susceptibles de ser consideradas como manuales, aunque probablemente las cifras estén abultadas por la inclusión en algunos casos de empleados y pequeños propietarios. De ese total el 35,60 % aparecía como afectado a "Producciones industriales"; el 23,84 a producción de la materia prima; 21,58 % eran los sin trabajo fijo; 15,25 % el personal de servicio, y 3,73 % los que trabajaban en el ramo de los transportes<sup>32</sup>. Además en los 39.815 que se dedicaban al comercio, puede suponerse la presencia de algunos trabajadores manuales.

La denominación "Producciones industriales", no debe hacernos olvidar el carácter artesanal de muchos de esos trabajadores, como lo atestigua la ya señalada presencia entre ellos de más de 90.000 tejedores del interior.

En la ciudad de Buenos Aires, mayor punto de concentración de la mano de obra artesanal, 34.552 personas aparecían ejerciendo "Artes Manuales". De ellos, casi diez mil pertenecen a oficios que pueden agrupar a actividades vinculadas a la construcción y a lo que en la época se denominaba metalurgia y maquinismo. Así, las profesiones más numerosas son la de los albañiles: 3.258; los carpinteros —aunque una parte de ellos debe suponerse trabajando también para el consumo local—, son 3.094; los 1.301 herreros, 804 pintores, 396 maquinistas, 379 hojalateros, 206 horneros, 159 mecánicos y 73 fundidores<sup>33</sup>.

Había además 15.861 personas que trabajaban en actividades artesanales para el consumo local. Entre ellas, 7.097 costureras, 2.945 zapateros, 1.210 cigarros, 1.198 zapateros, 1.127 sastres, 473 talabarteros, 391 confiteros, 273 peluqueros, 194 modistas, 133 relojeros, 118 toneleros, 117 sombrereros y 116 joyeros<sup>34</sup>.

Además, 460 tipógrafos se desempeñaban en la ciudad. Otras profesiones manuales estaban representadas por 2.214 carreros, 635 cocheros, 14.068 domésticos, 3.351 lavanderas, 2.393 planchadoras, y 10.200 jornaleros<sup>35</sup>.

En los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, se fue formando también un cordón de talleres trabajando para el consumo y para las incipientes industrias subsidiarias de la actividad agropecuaria. Una idea de los trabajadores y de los establecimientos existentes en la provincia de Buenos Aires —en su conjunto— durante la década del setenta, lo da hacia el fin del período el Censo provincial de 1881. Había 12 saladeros que empleaban 1.740 personas; 57 molinos harineros con 500 hombres; 400 talleres de carpintería, herrería y hojalatería que tenían en total 1.800 trabajadores; 80 fábricas

de ladrillos empleando 900 obreros y más de 60 fábricas de jabón, velas, queso y curtiembres que concentraban a 580 personas. Estos son reveladores del crecimiento experimentado, pero también de la debilidad y del carácter aún artesanal de esta nascente industria. La concentración de la mano de obra por establecimiento es baja. Si se exceptúan los 12 saladeros, que tienen un promedio de 145 obreros, en el resto la media es de 6,3 trabajadores por establecimiento.

Una proporción importante del conjunto de la mano de obra existente en el país con anterioridad a 1880, está sujeta aún a condiciones de explotación pre-capitalistas. Como lo señala Adolfo Dorfman, en 1853 en casi todos los salarios se incluye la manutención del obrero<sup>36</sup>. Esta práctica se mantendrá aún por bastante tiempo en los años siguientes, particularmente en el interior del país. En muchos casos los salarios serán sólo nominales. Esto era común en el pago de los peones de las estancias, de los trabajadores de las industrias de transformación de materias primas del noroeste y noreste del país e incluso en la mayoría de los saladeros de la provincia de Buenos Aires.

Además, tanto en el interior como entre los artesanos de la ciudad de Buenos Aires, era necesario poseer un juego de herramientas para ejercer la mayoría de los oficios que requerían un mínimo de calificación. Como lo testimonia Adrián Patroni todavía a fines del siglo esta era una condición para muchas profesiones<sup>37</sup>.

Pero, en el caso de los artesanos y asalariados de la ciudad de Buenos Aires, en los años sesenta y setenta, poseer herramientas propias era una posibilidad de ascenso social. La inexistencia de una estructura industrial facilitaba que muchos de esos trabajadores se convirtieran en pequeños propietarios.

Aun cuando no se transformaran en propietarios, lo que evidentemente ocurrió en muchos casos, el poseer sus propias herramientas y la incesante demanda de mano de obra, permitía a los trabajadores obtener importantes concesiones de sus empleadores. Los oficios semiartesanales tendrán una cierta jerarquía hasta mediados de la década del ochenta cuando el abrupto incremento de la inmigración y la proletarización de los trabajadores cambiarán las condiciones de explotación.

Es evidente que el término artesano debe ser adoptado con cierta precaución. En algunos casos, los inmigrantes que poseían sus propios útiles de trabajo y un pequeño capital lograban instalar pequeños talleres produciendo para el consumo local. Sin embargo, en muchos otros, se trataba de trabajadores independientes

que recibían un pago en efectivo a cambio de ciertos trabajos.

Aunque el salario se generaliza más rápidamente entre los trabajadores urbanos, en cierta medida los primeros talleres empleaban también una cuota de mano de obra no asalariada. Esto se debía al carácter familiar de muchas de esas primeras pequeñas industrias, en las cuales el inmigrante convertido en tallerista empleaba a sus hijos y allegados. Además, aunque no existan cifras ciertas y globales para la época, es evidente como lo aseveran varios testimonios, que no sólo en el interior, sino también en los centros urbanos más importantes, que la mano de obra industrial se componía también de una parte importante de mujeres y niños.

Estos trabajadores urbanos, con cierto grado de calificación se correspondían bien con el tipo de inmigrantes que como hemos señalado llegaba en las primeras épocas. En esos años, todavía la preocupación gubernamental y de las élites dirigentes del país, se centraba en atraer mano de obra calificada tanto para la agricultura como para las actividades artesanales. En ese período la propaganda argentina en Europa se orientaba aún a atraer inmigrantes de las regiones más industrializadas. Posteriormente, esta preocupación desaparece, dejándose librado el curso de la inmigración al flujo espontáneo, cuando sólo interesará tener mano de obra barata.

### Mutuales y socialismo

De esa capa de artesanos surge principalmente la iniciativa de constitución de las primeras tentativas de organización autónoma de los trabajadores en Argentina. Son las asociaciones mutuales, que se estructuran sobre la base de oficios y tienen generalmente por objetivos el auxilio recíproco entre sus miembros y la defensa de la profesión.

La primera de estas organizaciones sobre cuya existencia se tiene certeza es la Sociedad Tipográfica Bonaerense, fundada el 25 de Mayo de 1857. La asociación se fijaba como objetivos: *propender al adelanto del arte tipográfico... prestar socorro a los miembros que se enfermasen o imposibilitasen para el trabajo... proteger a los que necesiten auxilio justo... y conseguir que los operarios sean siempre remunerados, en proporción de sus aptitudes y conocimientos de modo que les garantice sus existencias* <sup>38</sup>. No obstante la presencia de acción de reivindicación salarial, todo indica que

se trataba de una entidad con rasgos predominantemente mutualistas. Sin embargo, este carácter mutualista no obstaculizará que en ciertas ocasiones la asociación tenga planteos reivindicativos referidos a salarios y condiciones de trabajo y que incluso sus dirigentes formulen algún tipo de propaganda de corte político.

Contemporáneamente a la Tipográfica Bonaerense aparece otra sociedad que agrupa a los zapateros y que lleva el nombre de su santo protector: San Crispín. En los primeros años de la década del sesenta se formaron otras dos asociaciones similares, una de artesanos urbanos y otra de jornaleros del campo <sup>39</sup>. Asimismo, el historiador ruso Ermolaiev afirma la existencia hacia 1870 de asociaciones de albañiles, panaderos y obreros de la construcción <sup>40</sup>. Se sabe también que en 1874 y 1875 hubo sendas tentativas por constituir una organización de talabarteros <sup>41</sup>. Además, a mediados de 1873, dos asociaciones, una de carpinteros y otra de sastres tenían contactos con las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, en Buenos Aires <sup>42</sup>.

Esta lista está lejos de ser taxativa. La manera relativamente azarosa en que nos han llegado las informaciones que se disponen, hace suponer que el movimiento asociacionista era más amplio de lo que por ahora conocemos. Es probable que muchas de esas iniciativas fueran efímeras e incluso que, a veces, en un mismo gremio se hayan sucedido varias tentativas de organización.

No obstante su carácter predominantemente mutualista, estas organizaciones constituyeron un paso adelante en el todavía embrionario proceso de constitución de organizaciones obreras. El hecho de que se constituyeran sobre una base corporativa, sobre profesiones, las diferenciaba de las asociaciones constituidas sobre bases de nacionalidad de origen.

Las asociaciones basadas en comunidades extranjeras proclamaban también principios mutualistas. Este es el caso de la sociedad de gallegos constituida en 1879 o la italiana Unione e Benevolenza que actuaba desde antes. Las asociaciones estructuradas en torno a las comunidades extranjeras constituían un punto de referencia importante para los inmigrantes recién llegados. Vincularse con sus connacionales significaba para el inmigrado romper el aislamiento y la posibilidad de acceder más rápidamente a un alojamiento conveniente o a un trabajo. En esa época la solidaridad entre compatriotas contaba más que la solidaridad social entre miembros de una misma clase social. El inmigrado era ante todo un extranjero.

Es a principios de la década del setenta que se desa-

7

rollos particularmente la acción mutualista de las colectividades extranjeras. En 1872 nace el Hospital Italiano, en 1877 el Español y aproximadamente un año después los hospitales Alemán, Francés e Inglés. Desprovisto de casi toda ayuda del Estado después de los primeros días, el inmigrante encuentra en sus connacionales un soporte afectivo y material.

Pero, en general, directa o indirectamente la acción de las asociaciones por nacionalidades extranjeras no carece de ciertos objetivos políticos. Casi siempre los núcleos dirigentes de esas asociaciones son sectores liberales burgueses que se interesan por vincular a los nuevos arribados a acciones políticas, vinculadas tanto a sus países de origen como a las luchas internas argentinas. Este fenómeno es particularmente claro en el caso de los italianos. Antes de que la inmigración se convirtiera en un fenómeno masivo, existía ya en Buenos Aires y en Argentina una colectividad de italianos, generalmente comerciantes, profesionales u obreros calificados que cuando se producen las llegadas masivas de sus connacionales se convertirá en una especie de "élite" política de su comunidad 43.

En cambio, en las asociaciones mutuales por oficio, los inmigrantes se agrupan como obreros, rompiendo relativamente la influencia determinantemente de su condición de extranjera. El papel desempeñado por estas asociaciones mutuales corporativas no fue solamente el de contribuir a una conciencia de clase sino también en alguna medida —contrariamente a lo que a veces se ha dicho— a la "integración" del inmigrante a la sociedad argentina, como lo será más adelante también el de los sindicatos.

En el marco de las asociaciones por nacionalidades el trabajador inmigrante sigue vinculado a la política de su país a través de las oposiciones liberales. Además, generalmente estas oposiciones —muchas veces a través de la Masonería— tenían vínculos con distintas fracciones de la vida política argentina, como veremos al abordar la consideración de los acontecimientos de 1875.

Incluso a veces, ciertas asociaciones mutualistas eran en realidad organizadas por sectores de las clases dominantes para buscar algún tipo de apoyo popular en sus luchas internas. Ese fue el caso, por ejemplo, de una sociedad "Filantrópica" que existió en Córdoba y cuyo verdadero objetivo era la lucha política contra "los roscistas" 44.

A pesar de las numerosas ambigüedades que estas asociaciones presentaban —y que eran en alguna medida una consecuencia de las ambigüedades propias de su base social—, constituyeron un primer elemento de dife-

renciación de clase respecto a la masa de inmigrantes que se definía objetivamente como extranjeros. Es cierto, de todas maneras, que la dualidad obreros-extranjeros persistiría durante mucho tiempo, reflejando en realidad las peculiaridades, complejidades e imbricaciones que tendría en Argentina el casi paralelo proceso de constitución de la clase obrera y de la identidad nacional.

En muchos casos, estas asociaciones mutuales irán modificando su carácter al calor de los cambios que se irán produciendo en la estructura de la capa de trabajadores manuales que constituía su base social. Frecuentemente estas organizaciones mutualistas se convertirán en "Sociedades de Resistencia", en otros conservarán, incluso a veces hasta la década del noventa, un carácter ambiguo entre mutualista y sindicalista. En el caso de los tipógrafos, de la primitiva sociedad mutual —la Tipográfica Bonaerense— saldrán los elementos fundadores de una asociación con rasgos sindicales más específicos.

#### Los primeros periódicos socialistas

Correlativamente a la formación de las primeras asociaciones mutualistas surge una literatura socialista, cuya expresión más importante fue el periódico *El Artesano*, aparecido en 1863, bajo el impulso de Bartolomé Victory y Suárez, uno de los principales entre los pioneros del movimiento obrero argentino 45.

*El Artesano* afirmaba dirigirse en particular a tres clases, los "obreros", los "artesanos" y los "industriales", que aparecían definidos en común como: *Estos hombres que pasan todo el día en el trabajo de su profesión, para ganar el sustento de su familia* 46. Esa ambigüedad aparecería constantemente en la prédica del periódico, como un reflejo del escaso grado de diferenciación social interna en el seno de la masa de trabajadores manuales en los primeros años de la década del sesenta. No obstante, los redactores se autodefinían como "obreros" y en sus últimos números se lamentarían de no haber podido reunir más que un tercio de trabajadores entre sus suscriptores.

Globalmente, *El Artesano* evidenciaba una ideología genéricamente socialista, reformista, republicana, combinando las exigencias de mejores condiciones de vida para los trabajadores, con llamados a un esfuerzo común para construir la "nación", revelando así expectativas en el progreso social y en un desarrollo relativamente pacífico del capitalismo argentino, que deben

haber sido comunes a muchos de los artesanos de la época. Esto lo llevaba a proclamar la necesidad de no "inmiscuirse en política" y a la vez a afirmar que era necesario congeniar "los intereses de los inmigrantes con los del país".

Así, *El Artesano* veía en los levantamientos del Chacho Peñaloza una perturbación para la paz social y sostenía que los prisioneros tomados por el gobierno debían ser enviados a trabajos forzados construyendo ferrocarriles y caminos.

Simultáneamente, el periódico afirmaba que la democracia no estaba aún realizada en Argentina y reclamaba en consecuencia los derechos y libertades políticas para los obreros.

En su conjunto la prédica de *El Artesano* refleja bastante bien la ambigua situación social de esos artesanos, aprisionados entre las expectativas de progreso social que parecerían abrirse en el país y su marginación política. De alguna manera —como lo ha observado Julio Godio— la ausencia de una verdadera burguesía industrial en esa época, permitía a esos artesanos exhibir una cierta ideología industrialista<sup>47</sup>. La falta de una burguesía industrial y la evidencia que se abría —aunque dentro de ciertos límites— un importante proceso de movilidad social, hacía que estos artesanos aparecieran dotados de una ideología de progreso social. *El Artesano* mezclaba sus planteos socializantes con recomendaciones útiles para el mejoramiento de las técnicas industriales. Para llevar adelante sus objetivos y reivindicaciones llamaba a la constitución de un club de Artesanos, de cuya vida efectiva no se conocen datos ciertos<sup>48</sup>.

Si bien es cierto, que una parte de esos artesanos de los años sesenta pasarán a formar parte de la burguesía industrial, para el resto la única perspectiva será su proletarización a medida que el desarrollo capitalista se irá afianzando. Además, su marginación política no sólo no desaparecerá sino que se acentuará con el correr de los años. Sobre la base de estos fenómenos objetivos, los representantes de estos primeros artesanos y asalariados irán radicalizando sus concepciones ideológicas. La ausencia de una política industrialista por parte de la mayoría de las clases dominantes y dirigentes de la época y la concurrencia de las manufacturas británicas contribuirán a este proceso.

Otro hecho significativo que revela *El Artesano* es la confluencia de algunos intelectuales liberales o de simpatías socialistas con artesanos y obreros. En el caso de Victory y Suárez, su condición de tipógrafo lo situaba en una especie de categoría intermedia entre

ambos sectores que le permitió desempeñar un papel de eslabón. Parece ser la primera vez que confluyen trabajadores manuales e intelectuales en una tarea de propaganda política en Argentina. Pero, estos intelectuales eran también extranjeros y además no parece que su papel haya ido más allá de autorizar la publicación o reproducción de artículos en el periódico. Será recién en la década del noventa que los primeros intelectuales argentinos irán hacia el movimiento obrero en forma efectiva y permanente.

### Los tipógrafos

Paradójicamente, a pesar de la composición predominantemente extranjera de los primeros militantes obreros, el papel de vanguardia en todo este período corresponde a un gremio integrado mayoritariamente por trabajadores argentinos de nacimiento. En efecto, los tipógrafos constituirán en 1857 la primera asociación mutua, la Sociedad Tipográfica Bonaerense; hacia fines de la década del sesenta establecerán los primeros vínculos con la Asociación Internacional de Trabajadores y casi diez después protagonizarán la primera huelga sostenida públicamente por una organización sindical.

Este papel de vanguardia de los tipógrafos se explica por diversas circunstancias. En primer lugar, por las características mismas del oficio que supone un cierto grado de instrucción en una época en la cual leer y escribir correctamente no era usual entre los trabajadores manuales. Es decir que los tipógrafos constituían una especie de élite entre los trabajadores de la época. Además, era un gremio relativamente numeroso. Incluso, su oficio los familiarizaba en el arte de editar una prensa obrera, lo cual se revela a través de numerosos periódicos editados por los tipógrafos argentinos en este período<sup>48bis</sup>. Finalmente, puede suponerse que su condición de argentinos, al menos en un 60 por ciento, facilitaban su organización corporativa, en la medida que no estaban sujetos a las presiones que las comunidades por nacionalidades y la condición de extranjeros ejercían sobre los otros inmigrantes.

De todas maneras, el papel de vanguardia de los tipógrafos tiene características casi universales. También en América del Sur, este gremio desempeñó papeles importantes en la constitución del movimiento obrero de algunos países. Así, por ejemplo en Uruguay un primer intento de constituir una sociedad tipográfica fracasó en 1865, pero la fundación definitiva se con-

cretará con éxito cinco años después<sup>49</sup>. En Brasil, en Río de Janeiro los gráficos protagonizaron ya en 1858 una de las primeras huelgas de ese país<sup>50</sup>. En Chile los tipógrafos de Valparaíso se organizaron en una sociedad mutual de influencias proudhonianas en 1855 y los de Santiago ya lo habían hecho dos años antes al fundar la Unión de Tipógrafos<sup>51</sup>.

Pertenecen a los tipógrafos dos documentos de fines de la década del 60 que nos permiten conocer mejor el pensamiento político de los militantes de la época. A través de ellos comprobamos que se ha producido una evolución respecto a los textos de *El Artesano*. Pero siguen caracterizándose todavía por un socialismo reformista no influido en el fondo, todavía, por el marxismo o el anarquismo.

El primero de estos documentos, redactado por Bartolomé Victory y Suárez fue publicado en el número inicial de *Anales* de la Sociedad Tipográfica Bonaerense como artículo editorial y reproducido por *La Federación*, órgano de la Internacional en Barcelona y que servirá como primer nexo entre los tipógrafos argentinos y la AIT<sup>52</sup>. En este texto la "asociación" es la idea central, es decir el agrupamiento de los trabajadores como eje de la acción social. Este tema ya había aparecido como una preocupación entre los militantes obreros del comienzo de los años sesenta. En una Memoria de la Sociedad Tipográfica Bonaerense presentada en 1862 por el entonces presidente de la organización, Lucio Dolsei Fontanel, se sostenía que la asociación es la idea que marcha a la vanguardia de la civilización universal<sup>53</sup>.

En el artículo de *Anales*, Victory y Suárez recoge y amplía esta concepción afirmando que la "asociación" es la base elemental de todo lo que existe no sólo en el mundo social sino también en la naturaleza. Hay aquí algunos elementos de evolucionismo organicista característicos de muchos de los militantes de la época.

En consecuencia, para Victory y Suárez, la revolución francesa de 1789 había sido un producto de la asociación de millares de hombres, mujeres y niños que vivían en la servidumbre y al fin resolvieron unirse para ser fuertes y poder con la fuerza sacudir el yugo de la tiranía<sup>54</sup>. Sin embargo, si todos habían contribuido a la realización de la revolución, no todos habían participado equitativamente en los beneficios. Esta consecuencia de la revolución francesa provocó la búsqueda de nuevos caminos: *De ahí surgió la reflexión, el estudio y la resolución de buscar una organización social con la cual el asociado pueda contar con el producto íntegro de su labor*<sup>55</sup>

Para lograr ese objetivo, debía partirse de la asociación, del principio de la cooperación recíproca, de "la doctrina de todos para cada uno y cada uno para todos". Sin embargo, decía Victory y Suárez, la aplicación inmediata de este principio se encuentra demorada por el hecho de que el privilegio y el individualismo se han encarnado en la condición social de los pueblos. Por lo tanto era necesario implementar una graduación orgánica.

Esta "graduación orgánica", este socialismo evolucionista, suponía en un primer momento fomentar el espíritu de asociación en todo y para todo. Luego debía pasarse a la organización de los asociados por gremios, profesiones, industrias y otras formas corporativas y luego organizarlos para el consumo propio. Las etapas finales de este proceso consistirían en producir por cuenta y provecho exclusivamente propio; y por último para fundar el crédito recíproco, dar al capital-trabajo la fuerza suficiente para resistir al capital-dinero, y asegurar así al obrero su derecho al trabajo y al producto íntegro de sus labores...<sup>56</sup>

Para Victory y Suárez, la libertad es un elemento importante, pero insuficiente en sí misma como para garantizar la emancipación de los trabajadores. El ejemplo de esta insuficiencia de la libertad política son los Estados Unidos. La libertad es justa como medio, en la medida que coadyuva a la obtención por parte del trabajador del fruto de su trabajo. La libertad ayudará al desarrollo de la "asociación" que es la que en definitiva permitirá al trabajador "ser libre política y socialmente hablando".

En consecuencia el trabajador no debe participar en política más que para exigir de sus representantes que le garanticen el libre ejercicio de sus facultades. Victory y Suárez suponía que a través de ese camino y utilizando la libertad sólo como medio —es decir no limitando sus objetivos a la obtención de las libertades democráticas ni a la acción parlamentaria—, todos los productores se asociarían y llegaría el día en que el trabajo sería tan poderoso como el capital.<sup>57</sup>

Otro documento interesante de la época es la versión del discurso pronunciado por el presidente de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, José María P. Méndez en la asamblea anual del 25 de mayo de 1871<sup>58</sup>. La importancia de este documento consiste en que nos permite conocer el pensamiento político de los tipógrafos argentinos, cuando los contactos con la Internacional eran todavía episódicos y epistolares, antes de la llegada de numerosos exiliados de la Comuna de París.

Méndez cree necesaria una revolución social, pací-

fica, igualitarista, que está en germen, que se le ve asomar y que no estalla por falta de cohesión, de emulación... Esta revolución sólo se concretizaría cuando estuviera hecha la fusión, hecho el amalgama, constituida la federación de las clases trabajadoras unidas en un centro único, con leyes sabias y equitativas. El objetivo de la revolución será terminar con la explotación del hombre por el hombre... estableciendo una legislación regular y juiciosa, que garantice tanto al rico como al pobre, las condiciones legales de su trabajo... Méndez enfatiza la necesidad de evitar la violencia injusta e innecesaria y proclama que la revolución encabezada por las masas trabajadoras debe ser precedida por las leyes y el derecho, divisa eterna de la justicia<sup>59</sup>.

En los dos documentos encontramos una temática común: la idea de una revolución pacífica; de una sociedad que garantice una existencia digna al trabajador, al mismo tiempo que limite los excesos de los ricos y la necesidad de una acción reformista previa a través de una legislación protectora de los trabajadores.

Sin embargo, ya en el texto de Méndez de 1871, aparece una cierta influencia de la AIT. Desde por lo menos un año antes existían contactos epistolares entre los tipógrafos bonaerenses y los militantes internacionalistas de Barcelona. En su discurso en la ya citada asamblea de 1871, Méndez da lectura a algunos párrafos de una carta de salutación enviada a los tipógrafos bonaerenses por los internacionalistas españoles, nucleados por la *Federación*<sup>60</sup>.

Méndez afirma haberse inspirado explícitamente de los documentos de la AIT respecto a algunos temas vinculados con el trabajo y con las organizaciones obreras. Dice también, que es necesario inspirarse en las prácticas benéficas de las sociedades del viejo continente para tomar de ellas, lo que es útil y adaptable para nosotros<sup>61</sup>.

Además, en el texto del discurso de Méndez aparecen algunos términos que parecen provenir de los contactos establecidos con la AIT. Así, por ejemplo, la frase: "La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos". No obstante el nuevo vocabulario que comienza a aparecer en esos textos, no hay evidencias de que ni Victory y Suárez ni Méndez adhirieran en esos momentos a concepciones ideológicas provenientes de las filas de los partidarios de Marx ni de las de los de Bakunín.

En este sentido es interesante el juicio contemporáneo de Francisco Mora, secretario del Consejo Federal español de la AIT. Haciendo referencia al citado artículo de Victory y Suárez en *Anales*, decía Mora: he-

mos visto que son internacionales en el fondo, a juzgar por sus escritos, si bien desconocen el mecanismo y desarrollo de ella, es decir de la Internacional<sup>62</sup>,

En lo que concierne a las influencias ideológicas recibidas por Victory y Suárez, por Méndez y por la vanguardia de la época, es muy probable que apelaran a diversas lecturas. No se pueden excluir las eventuales influencias del español Fernando Garrido, sugeridas por Victory y Suárez, por Abad de Santillán; o las de Ferdinand Gambond propuestas para el discurso de Méndez, por Max Nettlau; o aún de Proudhon. Pero, es evidente, que esas diversas lecturas e influencias ideológicas no determinaban una adhesión a alguna de las corrientes existentes en la época, sino que se adaptaban a proposiciones que se correspondía bien con las aspiraciones sociales y políticas de una buena parte de la capa de trabajadores manuales de la época.

9

## II

### LA PRIMERA INTERNACIONAL EN ARGENTINA

Es en el curso de 1870 que los tipógrafos argentinos establecen sus primeros contactos epistolares regulares con la Asociación Internacional de Trabajadores. El vínculo fue el envío a Barcelona del primer número del periódico *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*. El 14 de diciembre de ese año el secretario del Consejo Federal de la Región Española, Francisco Mora, escribía al Consejo General de Londres dando cuenta de los contactos establecidos con Buenos Aires. Refiriéndose a los nacientes vínculos con la Sociedad Tipográfica Bonaerense, Mora decía de ella: *tiene relaciones sociales en Córdoba (América), Montevideo, Valparaíso y Río de Janeiro. Creemos que debéis de ponerlos en relación con ellos, pues es un gran elemento para establecer secciones de la Internacional en toda la América del Sur*<sup>63</sup>.

El informe de Mora y la inmediata respuesta de Engels al Consejo Federal Español, revelaban la intención de utilizar a los tipógrafos argentinos como punta de lanza para la penetración de la Internacional en América del Sur<sup>64</sup>.

El informe de Mora revela también la existencia de contactos entre los gráficos de Buenos Aires y Córdoba y sus similares de Uruguay, Chile y Brasil. Como ya hemos dicho, en esos países existían sociedades de tipógrafos desde la década del cincuenta. Sin embargo, esos lazos debían ser débiles, debido a las largas distancias, a la precariedad de los medios de comunicación y transporte de la época y a los limitados recursos que disponían las asociaciones obreras.

El desarrollo de la Internacional en América Latina fue desigual en las distintas regiones y países y en su conjunto no ha sido todavía estudiado en forma exhaustiva. Desde su fundación en 1864, se conocía su existencia en medios intelectuales y de artesanos de varias capitales latinoamericanas. Además, la prensa conservadora agitaba periódicamente el fantasma de la Internacional.

Dos fueron las vías dominantes de penetración de la Internacional en América Latina. Los contactos más tempranos se dieron en los territorios que continuaban siendo posesiones coloniales de países europeos. La mayor vinculación con la metrópoli favorecía la circulación de las personas y de la propaganda. Ese fue el caso de la posesión francesa antillana de Guadalupe, donde existió una sección de la Internacional entre 1866 y 1867. También en Cuba, bakuninistas españoles entraron en contactos con asociaciones obreras de la isla en los años sesenta. En estos países que aun mantenían políticamente formas de dependencia colonial, el establecimiento de contactos con la Internacional fue más temprano, pero probablemente la actividad menos profunda y sistemática dadas las condiciones sociales vigentes.

Más tardíos, pero dando lugar a un mayor enraizamiento en los medios obreros locales, fueron los lazos establecidos en los países de temprana inmigración, particularmente Argentina y Uruguay. Allí no se trató sólo del traslado de militantes sino de una cierta masa de trabajadores que de una manera u otra había tenido contacto con experiencias políticas europeas en las cuales había participado la Internacional. El caso más evidente es el de los emigrados franceses luego de los acontecimientos de la Comuna. Los militantes internacionalistas no se transplantaban a un medio totalmente desconocido, sino que arribaban en medio de la masa de inmigrantes.

Una situación intermedia parece haber sido la de México. Allí, la Reforma creó ciertas condiciones para que se iniciara alguna agitación de obreros y artesanos desde fines de los años sesenta. Tanto militantes bakuninistas como de filiación marxista participaron en círculos de propaganda y editaron numerosos folletos y periódicos.

En el resto de los países latinoamericanos, a pesar de la existencia de contactos, como en el caso de Brasil y Chile, la ausencia de relaciones directas con Europa o de un proceso temprano de inmigración, limitaron a tentativas aisladas y escaso éxito la existencia de secciones de la Internacional.

## La Internacional en Buenos Aires

La llegada de un importante contingente de exiliados franceses que habían partido a raíz de los acontecimientos de la Comuna, fue el factor determinante en la constitución de una organización local en Buenos Aires vinculada a la Internacional. Los contactos de la Sociedad Tipográfica Bonaerense con el Consejo Federal español y con el Consejo General de Londres, no parecen haber sido suficientes. A pesar del interés revelado por los dirigentes de la Internacional por desarrollar los lazos con Buenos Aires pocos pasos efectivos se dieron en este sentido, probablemente a causa de las luchas internas que sacudían la AIT en esos momentos.

Según José Ingenieros, en el curso de 1871 se habría constituido ya una primera sección de la Internacional en Buenos Aires<sup>65</sup>. Ningún otro indicio permite confirmar esta información, pero no es imposible que algunos emigrados se hayan organizado efímeramente desde el momento de su llegada.

En todo caso, el más antiguo documento que deja constancia de la formación de una sección de la AIT en Buenos Aires es del 28 de enero de 1872<sup>66</sup>. En esa fecha 26 personas crearon en el curso de una reunión la Sección Française de la Association Internationale de Travailleurs. Pocos días después, dirigían una carta al Consejo General de Londres solicitando su admisión en la AIT y expresando con optimismo que en poco tiempo más tendrían un número mayor de adherentes<sup>67</sup>.

Desde el punto de vista numérico la sección tuvo un crecimiento muy rápido. Además, poco después de haberse constituido recibía la adhesión no solamente de militantes franceses, sino también de italianos y españoles. En abril de 1872 la sección contaba con 80 suscriptos y E. Flaesch —que después firmará su correspondencia bajo el título de "Fundador de la Internacional en Buenos Aires"— notificaba a Londres que en una próxima reunión serían presentados otros nuevos miembros<sup>68</sup>. Una tercera carta enviada el 16 de julio afirmaba que la Internacional en Argentina contaba ya con 273 miembros e informaba de la constitución de una sección italiana a la que se auguraba un futuro promisorio en la medida que los italianos eran ya la más numerosa de las comunidades extranjeras<sup>69</sup>.

Hacia mediados de 1873, los destacamentos de la Internacional en Buenos Aires se hallaban relativamente consolidados. Además de las secciones francesa e italiana ya mencionadas, había también una tercera, española. Cada una de ellas tenía un Comité Central que delegaba dos miembros a un Consejo Federal que ac-

(10)

tuaba como el órgano coordinador de todas las secciones. Se desempeñaba como secretario general del Consejo, A. Aubert<sup>70</sup>. En relación a su composición numérica, Sorge informaba a Engels desde Nueva York en junio de 1837: *Hemos recibido la adhesión de tres secciones numerosas en miembros (franceses 130, italianos 90, españoles 45 miembros) de Buenos Aires...*<sup>71</sup>

En 1874 una cuarta sección fue fundada en la ciudad de Córdoba y habría contado con el apoyo de algunas sociedades obreras y de estudiantes. A diferencia de las secciones de Buenos Aires, esta de Córdoba no se habría estructurado sobre la base de nacionalidades extranjeras<sup>72</sup>.

### La actividad de la Internacional

Considerando las dificultades a las cuales debía hacer frente la actividad de los internacionalistas en Argentina, el ritmo de crecimiento de las secciones puede parecer sorprendente. Es evidente, que en un primer momento, el rápido reclutamiento se explica por el hecho de reagrupar a numerosos exiliados que ya habían tenido una experiencia militante anterior.

Aunque el número de internacionalistas era importante, constituían una minoría frente al conjunto de la masa de inmigrantes. Es indudable que tuvieron serias dificultades para poder insertarse en el seno de las capas de trabajadores. Estas dificultades provenían del hecho de que la instalación de las secciones de la Internacional en Buenos Aires, introduce formas organizativas y niveles ideológicos, que hasta cierto punto implicaban un desfase respecto a la evolución que en sus primeros quince años había tenido el incipiente movimiento obrero argentino.

De alguna manera, el predominio de organizaciones de tipo mutualista —aunque incluyeran algunas pautas reivindicativas de carácter sindical— y de una ideología globalmente socialista, reformista, legalista, parecía corresponderse con las características de la capa de artesanos y asalariados que constituían su base social. En cambio, la aparición de la Internacional introduce un tipo de organización no corporativo sino programático y las postulaciones ideológicas de bakuninistas, marxistas, blanquistas y otros, que significaban un salto respecto a la evolución anterior del movimiento obrero local. En este fenómeno se manifiestan ya lo que podría denominarse las características relativamente aluviales del proceso de conformación de la clase obrera argentina y de su movimiento obrero.

En los dos primeros años de su existencia la actividad de las secciones internacionalistas fue sobre todo la de la propaganda. Ya en los inicios de la correspondencia sostenida con el Consejo General de Londres, E. Flaesch manifestaba que uno de los principales objetivos a concretar sería la salida de un periódico. Este periódico habría comenzado a publicarse en setiembre de 1872, manteniéndose en forma irregular. Los datos que se disponen sobre el contenido y características del periódico son muy escasos e incluso su nombre es objeto de diferentes versiones<sup>73</sup>. Sí, se sabe, que la falta de fondos hacía su aparición irregular. El número de suscriptores era de 250 en mayo de 1873 —cifra que coincidía con el número de adherentes— y que era la mitad de lo que los editores consideraban necesario para superar el déficit<sup>74</sup>.

La aparición de la Internacional en Buenos Aires no dejó de provocar repercusiones en diversos círculos políticos. Así, en su carta a Londres del 14 de abril de 1872, E. Flaesch decía: *La Internacional es el tema de todas las conversaciones. Discursos a favor y en contra nuestra, han sido pronunciados en las logias masónicas*<sup>75</sup>

No obstante, más allá de las actividades propagandísticas, los internacionalistas trataron desde el inicio de establecer relaciones con las sociedades obreras existentes. En la carta ya citada, Flaesch agregaba que *numerosas sociedades obreras están dispuestas a aliarse con nosotros*<sup>76</sup>. Sin embargo, la tarea parece haber sido más difícil de lo que el optimismo de Flaesch hacía suponer, ya que más de un año más tarde esos propósitos no se habían concretado. En 1873, Raymond Wilmart, uno de los dirigentes de la Internacional en Argentina, escribía a Marx: *Una proposición fue votada encargando al Consejo Federal de preparar los medios para crear la federación de gremios*<sup>77</sup>. Wilmart agregaba que existían relaciones con dos sociedades obreras —la de los carpinteros y la de los sastres— pero que esos vínculos eran muy frágiles. Ignoramos si la proyectada federación de gremios llegó a tener una existencia real, pero si así hubiera sido todo indica que su vida fue efímera.

En contradicción con los intentos de algunos dirigentes de la Internacional por establecer lazos estables con las sociedades obreras para una acción reivindicativa de carácter clasista, varios miembros de las secciones presentaban constantemente proyectos mutualistas. Así, sucesivamente, fueron presentados en el seno de la Internacional local proyectos de crédito mutuo, enseñanza mutua e incluso a veces la sede de las sec-

ciones eran utilizadas para reuniones de propietarios de terrenos. No sin amargura y decepción Wilmart escribía a Marx: *Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar de alguna manera* <sup>78</sup>.

Es probable que las afirmaciones de Wilmart contuvieran algún elemento de exageración. Pero de todas maneras, ilustran bien cuál era el ánimo reinante entre los dirigentes internacionalistas después de pasados los primeros momentos de optimismo sobre las reales posibilidades de desarrollo de la actividad internacionalista.

Los juicios críticos hacia las condiciones del país, son particularmente ácidos en la pluma de Wilmart cuando transmite sus impresiones a Marx. Es evidente que a un joven militante que había pasado por la experiencia de los acontecimientos contemporáneos a la Comuna de París, que había participado en el Congreso de La Haya de 1872 de la AIT, que mantenía correspondencia con Marx y Lafargue, reaccionara duramente frente a las condiciones del país y de los trabajadores, que diferían en gran medida de lo que él había conocido en Europa.

Wilmart destacaba la desigualdad entre las clases sociales y los prejuicios existentes contra los extranjeros, a quienes —decía— llaman “gringos” <sup>79</sup>. Haciendo referencias a un levantamiento en Entre Ríos —muy probablemente él protagonizado por López Jordán— que toda la política del país era un asunto de personalidades y que difícilmente se creería en Europa que *no solamente hay rivalidades entre los Estados sino también entre las provincias* <sup>80</sup>.

Wilmart completaba el cuadro que hacía a Marx sobre la situación en Argentina, afirmando que *sin la afluencia de extranjeros no habría ningún progreso posible y que no sabrían hacer otra cosa que montar a caballo* <sup>81</sup>.

### La Internacional y la crisis

En los primeros años de existencia la federación argentina de secciones de la AIT vio limitada en gran medida su actividad a la propaganda; un cambio se producirá en las condiciones sociales a partir de las repercusiones de la crisis iniciada en 1873 que le permitirán dar algunos pasos más firmes hacia su inserción en la masa de trabajadores.

Los acontecimientos sociales, políticos y económicos en

Europa a principios de la década del setenta, hacen que entre 1872 y 1873 aumente casi bruscamente el volumen de entrada anual de inmigrantes. Este incentivo a la inmigración no estaba motivado por una coyuntura favorable en Argentina sino por los sucesos europeos. Por el contrario, en Buenos Aires en esos años las condiciones no son las más óptimas. En 1871 se había producido la epidemia de fiebre amarilla con una importante secuela de muertes en el seno de la población. Además, la crisis económica provocará un brusco aumento de la desocupación y el agolpamiento de los inmigrantes recién desembarcados en la ciudad de Buenos Aires. Por primera vez signos evidentes de inquietud e incluso amenazas de estallido, comenzaron a manifestarse entre la masa de inmigrantes. La prensa comenzó a hablar del peligro social que implicaba una masa de hambrientos y desocupados estacionada en la ciudad.

Al clima de tensión social generado por la situación objetiva y el clima subjetivo que comenzaba a generarse entre los trabajadores e inmigrantes recién llegados, se agregaba como factor agravante la existencia de disturbios políticos internos que se continuarán hasta 1876. En efecto, en 1874 el general Mitre había protagonizado una fracasada sublevación para impedir la asunción del nuevo presidente Avellaneda.

En esa oportunidad la prensa ya se había hecho eco de la presencia de algunos elementos extranjeros entre las filas de los conspiradores <sup>82</sup>. Este tema volverá a cobrar vigencia en 1875. Lo cierto, es que algunos sectores liberales de las comunidades extranjeras, particularmente de la italiana y de la española, simpatizaban con el sector liberal oligárquico de Bartolomé Mitre. La acción liberal y anticlerical de la masonería, de la cual eran adherentes tanto destacadas figuras de la oposición oligárquica como algunas de las cabezas de las colectividades extranjeras, constituía también una instancia de coincidencia de ambos movimientos. Ciertos sectores de la izquierda liberal burguesa —particularmente los mazzinianos en el caso italiano— tenían un relativo ascendiente sobre la porción de sus connacionales que formaba parte de las capas trabajadoras de la población. La inquietud creada entre ellas por la situación social aumentaba la capacidad movilizadora de los líderes de la izquierda liberal de las colectividades extranjeras.

Ambos fenómenos confluyen y el 23 de febrero de 1875 se produce el estallido. Ese día, se celebra un acto para protestar contra la convalidación gubernamental de la decisión del arzobispo de entregar el templo de

San Ignacio a los jesuitas. Una columna de varios miles de personas portando banderolas que decían ¡Abajo los jesuitas! e *Iglesia Libre - Estado Libre*, encabezada entre otros por Romero Jiménez, director de *El Correo Español* y opositor al gobierno argentino, recorre las calles de la ciudad. Posteriormente, el grueso de los manifestantes se dirige hacia el arzobispado y luego hacia el colegio de El Salvador que fue saqueado e incendiado<sup>83</sup>.

Inmediatamente la prensa inició una campaña levantando el fantasma de la Internacional y evocando a la Comuna de París en relación con los hechos del 28 de febrero<sup>84</sup>. Asimismo, los diarios se hacen eco de continuos rumores que anunciaban la existencia de sociedades secretas "carbonarias" y que italianos armados por los mazzinianos marcharían sobre la ciudad de Buenos Aires desde el barrio de la Boca. En medio de un clima de xenofobia generalizada, la policía allana el local donde se reunían legalmente las secciones de la Internacional, secuestra abundante material político y detiene a once militantes, que sufren torturas y permanecen un mes en la cárcel antes de ser absueltos por el juez, al comprobarse su falta de vinculación con el incendio de El Salvador. La detención de los internacionalistas se produjo el 14 de marzo de 1875<sup>85</sup>. El fantasma de la Internacional volverá a ser agitado por la burguesía en el mes de julio cuando se anuncie el descubrimiento de una conspiración de un grupo vinculado al mitrismo y en el cual participaban extranjeros. En esa oportunidad se volverá a hablar de "conspiración comunista" y de la Comuna.

Más allá de las exageraciones de la prensa, es indudable que las secciones de la Internacional en Buenos Aires, tuvieron alguna vinculación con los acontecimientos generados por la crisis. Ya en los primeros momentos de su instalación, la correspondencia con Europa evidenciaba la voluntad de profundizar los contactos con los trabajadores. La represión policial y la intensa campaña periodística contra la Internacional, testimonian que alguna presencia tuvieron los internacionalistas en los acontecimientos.

Más complejo parece determinar el grado de vinculación que tuvieron en los sucesos del 28 de febrero de 1875 y en las luchas interburguesas. Es probable que militantes internacionalistas participaran en la agitación anticlerical y que en consecuencia hayan participado también en la manifestación del 28 de febrero. Es muy probable, que la confluencia entre los liberales y algunos miembros de la Internacional se haya dado a

través de la mutua pertenencia a las logias masónicas, como lo constata Fernando Gonzalo<sup>86</sup>.

De acuerdo a las declaraciones de uno de los inculcados en la conspiración que el gobierno invocara en julio de 1875, *los italianos que iban a tomar parte en la revolución querían llevar por bandera la Asociación Internacional y la Comuna*<sup>87</sup>. Ciertos aspectos confusos que rodean el episodio de la conspiración de julio, hacen que deban tomarse con precaución ciertas declaraciones, ya que la existencia de algún tipo de provocación policial en el "complot" —aunque todo indica que éste realmente existió— no puede descartarse. De todas maneras, es muy probable que hubiera en el seno de la sección italiana, adherentes que simpatizaran con las ideas republicanas y el mazzinismo, en particular. En este sentido, no quedan dudas de la participación de los mazzinistas, agrupados en *Unione e Benevolenza*, en los acontecimientos de 1875, tal como lo constataba, lamentándose, el cónsul italiano en Buenos Aires<sup>88</sup>.

Si bien la presencia de adherentes a la AIT en los acontecimientos de 1875 parece evidente, todo indica que esta participación era la de ciertos grupos o sectores e incluso individuos y no el producto de una decisión de conjunto del Consejo Federal. Esto parece confirmarse por la absolución judicial a los detenidos del 14 de marzo —en su mayoría miembros de la sección francesa— y además por la defensa que de ellos hace Victory y Suárez en un artículo que escribió en la *Revista Masónica Americana* en el número 12 del 31 de julio de 1875. Victory y Suárez no tenía lazos directos con las secciones de la AIT y se dedicaba de lleno a las actividades masónicas, pero quería dar a publicidad las resoluciones judiciales absolutorias de los procesados, para sentar un precedente por si un acto represivo similar llegaba a desencadenarse un día contra las logias masónicas. Victory y Suárez justifica a los internacionalistas por el hecho de no haber pedido autorización especial para reunirse —motivo formal de la detención— porque *no se ocupaban de la política militante, motivo del estado de sitio*<sup>89</sup>. Por lo que se ha visto del pensamiento de Victory y Suárez, la interpretación de sus palabras debe hacerse en el sentido de que los internacionalistas no participaban en la lucha entre las diversas fracciones burguesas.

No se dispone de las informaciones suficientes como para medir en qué medida el cambio de la situación de los trabajadores con la crisis y los acontecimientos que la siguieron permitieron a la Internacional romper su relativo aislamiento y pasar de una actividad preferentemente propagandística a una actividad más vin-

culada a las reivindicaciones de los trabajadores e inmigrantes. De todas maneras, el comienzo de la reactivación económica a partir de 1876, haría que las expectativas de ascenso social volvieran a mitigar el proceso de descontento que se había esbozado entre los trabajadores e inmigrantes durante el período de la crisis. Además las secciones argentinas de la AIT se disolvieron en 1876 siguiendo las resoluciones del Consejo de Nueva York.

### Las tendencias políticas

Existen diversos documentos que prueban que las secciones argentinas de la AIT y su Consejo Federal mantenían vinculaciones con el sector de la Internacional liderado por Marx y Engels. Esto se desprende por un lado de la correspondencia sostenida entre E. Flaesch y A. Aubert con el Consejo General de Londres, de la de Raymond Wilbart con Karl Marx. Se confirma también por la correspondencia entre Sorge y Engels y por la de diversos corresponsales del Consejo General.

Además, es particularmente importante el contenido de los documentos pertenecientes al expediente del proceso judicial contra los once detenidos del 14 de marzo de 1875. Estos documentos permiten conocer el pensamiento de los internacionalistas, en la medida que están confeccionados sobre la base de las declaraciones de los procesados y del material propagandístico sequestrado por la policía.

El dictamen del fiscal describiendo las ideas de la AIT local dice que *es deber de los socios rechazar toda clase de gobierno que no sea emanación de los trabajadores; que siendo el trabajador producto de todo lo que es útil y necesario para la existencia y bienestar de la humanidad debe tener el derecho de dictar las leyes que rijen a la sociedad universal*<sup>90</sup>.

Otros elementos están contenidos en la sentencia del juez: *Que según el reglamento aprobado por los iniciadores de dicha asociación, se requería para ser asociado la calidad de obrero o presentar pruebas de sus virtudes cívicas y sociales, excluyendo a los que viven del agiotaje, a los que pertenecen a una orden religiosa y a los que explotan casas de juego o prostitución*<sup>91</sup>.

La proclamación de la necesidad de un gobierno de los trabajadores es uno de los índices principales para descartar la filiación bakuninista de las secciones argentinas de la AIT. Además, las secciones se disolverán —como ya hemos dicho— en 1876 siguiendo el camino

del Consejo de Nueva York, enrolado en la fracción de Marx.

Sin embargo, el reconocimiento de las vinculaciones políticas y organizativas de los internacionalistas argentinos con Marx y Engels, no nos habilita, con todo, para caracterizarlos ideológicamente como "marxistas", tal como se ha hecho frecuentemente<sup>92</sup>.

Es cierto que había algunos militantes que tenían una identificación más estrecha con las concepciones de Marx. Este es el caso, entre otros probablemente, de Raymond Wilbart, que mantenía una correspondencia directa con Marx y que además cumpliría el papel de distribuidor de algunos de sus trabajos teóricos<sup>93</sup>.

Pero, es cierto también, que existen claras huellas de la presencia de algunos militantes de origen blanquista y además de numerosos adherentes que sostenían concepciones republicanas o genéricamente socialistas.

La existencia de una lucha política y de una relativa desconfianza en el interior de la AIT se manifiesta a través de pedidos de información a Europa sobre los antecedentes políticos de algunos militantes. El primero de estos pedidos fue presentado por E. Flaesch, solicitando al Consejo General, informaciones sobre los militantes Picard, Job, y Bernaton, Auguste —que había sido miembro de la Escuela Normal Superior de París durante la Comuna de París—, antes de confiarles una tarea sustantiva en la sección francesa<sup>94</sup>. Otro pedido de informes fue requerido por Wilbart a Marx, solicitando a Aubert, el secretario del Consejo Federal.

Es interesante saber que uno de los militantes sobre los cuales se pidieron informes es Desiré, Job, militante blanquista que desempeñó un papel importante como agitador y propagandista en la Comuna de Marsella de 1871<sup>96</sup>. Eventualmente, puede deducirse también una cierta influencia blanquista del tipo de organización adoptada con "Comités Centrales" por cada sección e incluso de la caracterización que hacía Wilbart, quien decía que la mayoría de los internacionalistas residentes en Argentina, lejos de ser anarquistas, era por el contrario "disciplinistas" en exceso<sup>97</sup>.

Otro de los juicios emitidos por Wilbart, tiende a ratificar la existencia de luchas políticas o al menos de diversas tendencias en el seno de la AIT en Buenos Aires. Refiriéndose al conjunto de las secciones, decía que, a excepción de la mitad de los franceses y de algunos poquísimos españoles, nada más había que pudiera servir<sup>98</sup>.

Había algunos elementos partidarios de Bakunín, pero no parece que hayan llevado adelante una actividad

fraccional organizada hasta por lo menos 1876, cuando después de la disolución de las secciones, se constituirán en grupo independiente de propaganda. La ausencia de una actividad tendencial reconocida por parte de los simpatizantes bakuninistas tiene dos explicaciones posibles. Es probable que se tratara de un pequeño grupo poco articulado, pero no puede descartarse tampoco que al verse minoritarios, mantuvieran clandestina su actividad siguiendo la táctica preconizada por Bakunin. Cuando Wilmart, poco después de su llegada a Buenos Aires, presenta un informe sobre el Congreso de La Haya de 1872, al que había asistido y que sancionó la escisión definitiva, con la expulsión de Guillaume y Bakunin, no hubo protestas de parte de los anarquistas<sup>99</sup>. Además, Wilmart señalaba a Marx que no había datos de que existiera por parte de los anarquistas que eran miembros de la AIT en Buenos Aires, una correspondencia regular con los "jurasianos"<sup>100</sup>.

AK Sin embargo, es muy probable que los anarquistas residentes en Argentina, recibieran algún tipo de ayuda en sus luchas políticas por parte de los militantes bakuninistas que desde 1872 habían organizado una sección de la AIT en Montevideo. En ese año, A. Juanes, militante de la sección uruguaya, había efectuado un viaje de propaganda a Buenos Aires. Allí había constatado que la mayoría de los que habían llegado en los últimos meses huyendo de la represión en Europa, se inclinaban ante los agentes de Londres<sup>101</sup>. También, F. Calceran, secretario de la sección montevideana, escribía a México que, *estamos preparando un periódico que se denominará "El Obrero Federalista", para combatir a los autoritarios que han sentido reales en Buenos Aires*<sup>102</sup>. Ignoramos si el proyectado periódico llegó a tener vida, ya que no se han encontrado indicios sobre él.

ES Es interesante observar que fueron precisamente los anarquistas uruguayos, quienes contribuyeron a crear el mito del carácter enteramente marxista de las secciones argentinas. Ellos fueron los primeros en calificarlas de "marxistas"<sup>103</sup>, con un sentido peyorativo, reemplazado también a veces por el calificativo de "autoritarios"<sup>104</sup>. Así, por ejemplo, el ya mencionado anarquista de la AIT uruguaya, A. Juanes, hacía referencia a los seguidores de Buenos Aires del "genio de Marx y su patán". Lo de "patán" parece una obvia alusión a Engels.

Se verifica aquí también lo que fue un fenómeno universal, como lo ha señalado Georges Haupt. Las primeras utilidades de los términos "marxista" y "marxismo" no eran formuladas con sentido positivo sino que provenían de sus adversarios, de igual manera como el término "bakuninista". Será recién a principios

de la década del ochenta y gracias a Kautsky que estas acepciones adquirirán una connotación positiva<sup>105</sup>. Las afirmaciones de los anarquistas uruguayos han sido retomadas después por diversos autores, generalizándolas y dándoles un alcance que ignora la presencia de elementos blanquistas y de otras tendencias dentro del bloque mayoritario.

No obstante, es innegable que había en Buenos Aires una actividad de propaganda de las concepciones teóricas de Marx, más allá de los documentos oficiales de la AIT por él redactados. Se sabe que Engels había hecho envíos de materiales de propaganda a Argentina<sup>106</sup>. También Wilmart pedía a Marx el envío de algunos de sus trabajos teóricos e incluso hacía referencias a *El Capital*, aunque decía que de todas maneras era poco probable que nadie acabara de leerlo porque no había un gran esfuerzo "por pensar"<sup>107</sup>.

Es probable que, como lo señala Max Nettlau, las filas anarquistas, se hayan visto reforzadas a partir de 1875 con la llegada de exiliados provenientes de España y de Italia<sup>108</sup>. Poco es lo que se sabe de la sección española, a excepción de algunos datos recogidos por Max Nettlau. El 13 de setiembre de 1872, *La Federación* de Barcelona hacía referencias a un pedido para enviar gratis todos los periódicos socialistas a Buenos Aires, donde el compañero Gratacos está fomentando la Internacional...<sup>109</sup>. Pocos días después, otro militante, Benito Prieto, solicitaba y obtenía del Consejo local de la AIT, la dirección de Gratacos en Buenos Aires<sup>110</sup>. Asimismo, un francés, Pommier, que mantenía contactos con militantes de tendencia anarquista en España, recibía materiales desde ese país, para apoyar cierta actividad que se proponía realizar en Buenos Aires, donde se encontraba en 1872<sup>111</sup>.

En 1872 en las secciones de Buenos Aires se desarrolló un debate sobre las resoluciones de la AIT concernientes a la propiedad de la tierra. Una de estas resoluciones afirmaba la necesidad de incorporar la tierra a la propiedad colectiva y la segunda afirmaba la actualidad de la incorporación a la colectividad de la propiedad privada del suelo<sup>112</sup>. Ignoramos cuáles fueron los ejes del debate ni quiénes sus protagonistas, pero en todo caso la discusión le parecía importante a E. Flaesch, quien solicitaba a Londres una explicación de esos párrafos, ya que nadie había sabido explicarlos en Buenos Aires y además, *detienen a mucha gente que podría sernos útiles*<sup>113</sup>. Es posible que las objeciones tuvieran un origen doctrinario, sustentadas por militantes de algunas tendencias republicanas, pero no puede descartarse que más simplemente fueran motiva-

das por las preocupaciones más concretas de algunos adherentes que poseían o aspiraban a la posesión de pequeños terrenos suburbanos.

Para comprender la precariedad de algunos de estos debates, es necesario tener en cuenta, como lo hace Marcelo Segall, que salvo excepciones, los "communards" exiliados en América Latina, no eran en general dirigentes experimentados.

Además, las comunicaciones con el Consejo General y con las cabezas de la AIT en Europa, eran muy débiles y dificultosas. Aubert, el secretario del Consejo Federal, escribía, con cierto patetismo, que durante más de un año "lo que nos ha faltado... son las direcciones de las principales oficinas y sobre todo, la del Consejo Federal; no hemos tenido nunca a nuestra disposición ni periódicos ni boletines de la Asociación" 114. Por su parte, Wilmart, sostenía moverse en las tinieblas, por haber dejado de recibir *La Emancipación*, de Madrid 115. Las comunicaciones con Europa fueron regularizadas con la llegada de Wilmart a principios de 1873, que era portador de nuevas direcciones para la correspondencia, pero sin embargo, todo indica que el aislamiento político continuó e incluso es probable que se haya acentuado en los últimos meses de vida de las secciones.

La AIT argentina resuelve su disolución en 1876. Algunos militantes anarquistas intentarán con escaso éxito algunas tentativas de reconstitución en los años siguientes. Muchos militantes continuarán actuando en las sociedades obreras y estarán detrás de la aparición de periódicos socialistas. La amnistía para los exiliados de la Comuna, en 1881, favorecerá el retorno de muchos de los franceses.

Es evidente que muchos aspectos de la vida de la AIT en Argentina se han perdido para siempre. Sin embargo, los elementos que se disponen nos permiten apreciar globalmente el papel que desempeñó. A pesar de las limitaciones impuestas por las características artesanales de la mayoría de los trabajadores y de las expectativas que generaba el relativo proceso de movilidad social de la época, del cual podían ser parte los inmigrantes más calificados, la AIT significó algunos pasos importantes en la estructuración del incipiente movimiento argentino. Además, sus miembros contribuirán después de 1876 a la estructuración de las primeras organizaciones con carácter sindical más definido y la multiplicación de la propaganda socialista.

13

### III

## LA FORMACION DEL PROLETARIADO

El incremento de la inmigración y las modificaciones que se iban produciendo en la estructura productiva del país durante los años setenta provocaban constantemente una evolución de la composición y de las características de la masa de trabajadores. No obstante esta evolución que podríamos denominar gradual, una transformación más profunda y relativamente brusca se produce alrededor de los años ochenta. Una de las razones fundamentales del carácter acelerado y concentrado de estos cambios es el hecho de que la formación de la clase obrera está condicionada por la circunstancia que la transformación capitalista del país se hace en función de los requerimientos del mercado mundial y de la evolución del capitalismo europeo e internacional.

Se desarrolla entre fines de los años setenta y los primeros años de la década del ochenta una serie de transformaciones decisivas en el plano económico, social y político, que afectan necesariamente la estructura de la incipiente clase obrera. Estas transformaciones se proseguirán durante toda la década y la siguiente.

Así como la producción lanera y su incorporación al volumen total de las exportaciones argentinas había implicado el nacimiento de una capa de artesanos urbanos, ahora serán los cereales y las carnes, que originarán una evolución que contribuirá a la transformación de estos artesanos y primeros obreros en una mayoría de asalariados sometida a la moderna explotación capitalista.

Hay en todo ese período una importante evolución del comercio exterior, en la cual tienen un peso importante, al comienzo, las exportaciones cerealeras. El país, que

importaba trigo y harinas hasta mediados de la década del setenta, se autoabastecía en 1880 y era ya un exportador importante a fines de la década del ochenta. El área sembrada con trigo crece aproximadamente ocho veces entre 1875 y 1888. El volumen general de las exportaciones se duplica entre 1880 y 1889. La ganadería también progresa, aunque más lentamente. Los productos tradicionales, la lana, el tasajo y el cuero, siguen ocupando un lugar importante en las exportaciones. Pero, paralelamente las existencias de ganado bovino se van acrecentando, preparando así la ulterior expansión de las exportaciones pecuarias, mientras que se va desarrollando también la industria frigorífica.

El incremento de las exportaciones agrícolas implicó la realización en pocos años de transformaciones fundamentales. Uno de los sectores claves de esa expansión fue el de los transportes y comunicaciones en general. En 1879 el trazado de los ferrocarriles cubría 2.516 kilómetros y en 1892 era ya de 13.682. Paralelamente se desarrolla el transporte fluvial; se acelera la remodelación de los puertos y la organización de una infraestructura para el comercio exterior. En poco tiempo se crea en Argentina una importante red bancaria y financiera y afluyen los capitales extranjeros, particularmente ingleses.

Las transformaciones en curso favorecerán, aunque indirectamente, un cierto desarrollo de la industria. Por un lado la expansión del ferrocarril permitirá la evolución de algunas industrias de transformación de materias primas del interior. Por otro lado, surgirán o se fortalecerán ciertas industrias subsidiarias de la exportación agro-pecuaria y se multiplicarán los talleres que producían para el consumo local. No obstante el crecimiento industrial quedará subordinado a las características de un capitalismo de base fundamentalmente agraria y exportadora.

Estrechamente vinculado a todas estas transformaciones, aparece también el proceso de centralización del Estado nacional y de un conjunto de reformas políticas. Bajo la hegemonía de la burguesía agraria y comercial de Buenos Aires se concreta una alianza con algunas de las oligarquías provinciales que permite constituir un Estado centralizado y centralizador. La federalización de Buenos Aires es el último acto político que da por concretado este proceso.

La consolidación del Ejército nacional en detrimento de las guardias provinciales, las llamadas campañas del desierto contra el indio que permiten incorporar cuantiosas tierras a la producción y la laicización del Estado, son algunas de las más importantes tareas polí-

ticas del período. No obstante, la élite gobernante mantendrá un régimen sólo formalmente parlamentario y democrático, basado en la exclusión política y en la ausencia efectiva del sufragio universal.

Una de las tareas más importantes que el Estado debía enfrentar era la intensificación del proceso inmigratorio ya iniciado desde la mitad de los años cincuenta. La prioridad fundamental era la de la agricultura y en torno a ella se centraba la propaganda argentina en el exterior. Pero, no obstante el fomento de la colonización agrícola que se continúa en los años ochenta, progresivamente el acceso a la propiedad de la tierra se irá cerrando para los inmigrantes. En muchos casos se desempeñarán como arrendatarios y en otros se dirigirán hacia las ciudades para engrosar las filas del proletariado urbano en formación. El limitado, pero efectivo, desarrollo de la industria, las obras que se desprenden del acelerado proceso de urbanización en el Litoral y el conjunto de transformaciones en las comunicaciones, absorberán una cuota importante de la mano de obra extranjera. Si los extranjeros serán mayoritarios en los sectores de la producción más vinculados con el proceso de modernización, los trabajadores nativos ocuparán un lugar importante particularmente en el interior.

#### La inmigración masiva

Entre 1880 y 1899 entraron al país 1.949.593 inmigrantes, salieron 727.210, quedando un saldo para todo el período de 1.222.383<sup>116</sup>.

#### *Inmigración y Emigración (1880-1899)*

Años	Inmigrantes	Emigrantes	Saldo
1880	41.651	20.377	+ 21.274
1881	47.484	22.374	+ 25.110
1882	51.503	8.720	+ 42.783
1883	63.243	9.150	+ 53.733
1884	77.805	14.444	+ 63.361
1885	108.722	14.585	+ 94.137
1886	93.116	13.907	+ 79.209
1887	120.842	13.630	+ 107.212
1888	155.632	16.842	+ 138.790
1889	260.909	40.649	+ 220.260
1890	110.594	80.219	+ 30.375
1891	52.097	81.932	- 29.835

(Continúa)

Años	Inmigrantes	Emigrantes	-Saldo
1892	73.294	43.853	+ 29.441
1893	84.420	48.794	+ 35.626
1894	80.671	41.399	+ 39.272
1895	80.989	36.820	+ 44.169
1896	135.205	45.921	+ 89.284
1897	105.143	57.457	+ 47.686
1898	95.190	53.536	+ 41.654
1899	111.083	62.241	+ 48.842

Fuente: 117.

Hasta 1884, el ritmo de llegadas se mantiene en niveles ligeramente superiores a los de los últimos años del segundo quinquenio de los años setenta; pero desde 1881 los saldos son más altos porque disminuye el volumen de la emigración anual. Desde 1885 hasta 1889 el ritmo se eleva bruscamente, registrándose saldos anuales cuyo promedio anual es de aproximadamente 120.000 inmigrantes. Los 260.909 extranjeros arribados en 1889 constituyen una cifra record que no será igualada sino muchos años después. La subvención estatal de los pasajes de ultramar, la incesante demanda de mano de obra, la expansión de la agricultura, la propaganda del gobierno argentino en el exterior y las condiciones económicas en Europa; explican el salto de fines de la década del ochenta.

Pero, los acontecimientos políticos de 1890 y la crisis económica frenarán momentáneamente el ritmo creciente del flujo inmigratorio. En 1891, el saldo será por primera vez negativo, fenómeno que no se repetirá hasta 1914 con el estallido de la guerra.

Entre 1892 y 1895 los saldos inmigratorios se estabilizan, con un promedio anual de aproximadamente 37.000 inmigrantes. En 1896, al calor de la reactivación económica, se registra un nuevo aumento, con 135.205 llegadas, 45.921 salidas y un saldo de 89.284. En los tres años siguientes los saldos se estabilizarán en un promedio anual de 46.000 extranjeros.

Entre 1880 y 1889 el porcentaje de regresos es del 17 % y entre 1890 y 1899 del 57 %. El importante aumento de los regresos se explica no solamente por las causas ya señaladas, sino también porque en los años noventa comienza a generalizarse la llamada inmigración golondrina, es decir, trabajadores italianos y españoles que inmigran temporariamente para trabajar en las faenas agrícolas.

Probablemente los esfuerzos más intensos para atraer la mano de obra extranjera se hicieron en los años

ochenta. En 1886 fue creada nuevamente una comisión central de la inmigración con atribuciones similares a los organismos anteriormente existentes. En esa misma época se instalaron edificios de alojamiento de los inmigrantes en algunas ciudades del interior, con el propósito de llevar al interior a una parte de la corriente inmigratoria que se centraba en alta proporción en Buenos Aires.

En 1889 por ley se autorizaba al gobierno a pagar los pasajes de los inmigrantes hasta 6 millones de pesos oro. Un antecedente en este sentido, había sido otra ley de 1877 que disponía un millón de pesos para adelantar los pasajes que serían luego reembolsados por los inmigrantes. En Europa y en el país, se concedieron en 1888, 1889 y 1890, 134.081 pasajes, por un valor de 5.307.704 pesos oro <sup>118</sup>.

A partir de 1895, se dejará la inmigración librada al flujo espontáneo. No habrá más agentes especiales en Europa, ni se hará tampoco propaganda especial para atraer inmigrantes.

El alud inmigratorio que se registra entre 1885 y 1890, no deja de crear numerosos problemas y abusos en la recepción de los inmigrantes. En diversas oportunidades la prensa registraba denuncias sobre irregularidades que se cometían. Así, por ejemplo, *La Nación*, en un artículo del 5 de agosto de 1887 titulado "Lo de siempre sobre inmigración", denunciaba la venta a los inmigrantes de pasajes que el gobierno les concedía gratuitamente, la falsificación de documentos para conceder pasajes a personas que por ley no podían obtenerlos y otros abusos. Señalaba también, *el estado de completo desaseo en que se halla el Hotel de inmigrantes, repartición donde prosperan con excepcional vigor las malas prácticas denunciadas* <sup>119</sup>.

El Hotel de Inmigrantes, que llegó a tener capacidad para alojar provisoriamente a varios miles de personas, fue frecuentemente motivo de denuncias por el mal trato a los inmigrantes. El mismo diario, algunos días después hacía referencia a la apertura de 3 sumarios por irregularidades, uno de los cuales se debía a la mala calidad de las carnes <sup>120</sup>. Un testimonio directo proviene de una carta enviada a su familia por un inmigrante belga. Luego de relatar los avatares de la travesía del Atlántico como pasajero de tercera clase, muestra su desilusión al llegar al Hotel de Inmigrantes: *Un edificio de madera con camas con tirantes atravesados que nos lastimaban las costillas sin que nos dieran nada para poner encima. En cuanto a la comida, es un horrible guiso de arroz, cordero y papas en mal estado, que*

nos lo tiran como a los chanchos. Además, los naturales nos tratan como a verdaderos parias<sup>121</sup>.

Entre 1857 y 1897, 897.805 personas fueron desembarcadas oficialmente por los organismos encargados de la inmigración, de los cuales 697.398 fueron alojadas provisoriamente y 576.396 colocadas en un trabajo o internadas en el interior<sup>122</sup>.

El importante incremento de la inmigración en la década del ochenta y en los primeros años de la del noventa, desempeñó un papel de primer orden en el aumento global de la población. Esos 1.830.000 habitantes que había revelado el censo de 1869, se transformaron en 4.044.911 en ocasión del Segundo Censo Nacional de 1895<sup>123</sup>.

Este vertiginoso crecimiento demográfico, no se hizo uniformemente en todo el país, sino que las provincias litorales fueron las más beneficiadas. En efecto, el aumento de la población en la Capital y las cuatro provincias del Litoral fue del 197 % respecto a 1869, en cambio las regiones Norte, Centro y Oeste crecieron en el 61 %, 50 % y 42 %, respectivamente<sup>124</sup>.

Además se acrecienta la tendencia de la población a concentrarse en los centros urbanos. En 1869 la población urbana representaba sólo el 34,6 % del total; en 1895 era ya el 42,8 %<sup>125</sup>.

En 1895, los extranjeros eran 1.104.500, es decir el 25,4 % de la población del país, porcentaje que significaba un aumento importante respecto al 12,1 % de 1869. Pero el peso específico de los extranjeros era mayor en algunas regiones en particular. El 34,3 % de los extranjeros residía en la Capital, donde representaban el 52,2 % del total de la población. En la provincia de Santa Fe, los extranjeros constituían el 41,9 % de la población —en 1869 habían sido solamente el 15,6 %— en la de Buenos Aires el 30,9 %; en la de Entre Ríos el 21,8 % y en la de Corrientes el 9,2 %. Los extranjeros residentes en el Litoral representaban el 22,6 % del total de la población del país y el 87,8 % del total de extranjeros existente en Argentina<sup>126</sup>.

Sin dudas, que la importancia demográfica adquirida por los inmigrantes en Argentina, hace que el fenómeno migratorio en este país figure entre los más desarrollados de la época. En 1890 los extranjeros constituían casi el 15 % de la población de los Estados Unidos, cifra inferior a la de la Argentina, aunque en algunas ciudades como Chicago, el porcentaje de extranjeros había igualado o superado ligeramente al de Buenos Aires.

Pero, mayor que su peso demográfico era el peso social y económico que detentaban los extranjeros. En

1895, constituían el 90 % de los propietarios de bienes raíces, el 84,2 % de los propietarios de industrias, el 74 % de los propietarios de comercios, el 64 % del personal empleado en industrias y el 42,6 % del personal de comercio<sup>127</sup>. Las diferencias en la presencia de extranjeros entre propietarios y empleados se explica parcialmente por el hecho de que muchos pequeños comercios en manos de inmigrantes empleaban a sus hijos que detentaban la nacionalidad argentina. Además, las proporciones eran más elevadas a favor de los extranjeros en la Capital y en el Litoral.

En 1895, los italianos, los españoles y los franceses continuaban siendo las tres nacionalidades más numerosas en la población extranjera.

#### Población por nacionalidades (1895)

Nacionalidad	Población	% en la población extranjera	% en la población total
Argentinos	2.950.384		
Italianos	492.636	49,0	12,5
Espanoles	198.685	19,8	5,0
Franceses	94.098	9,4	2,4
Ingleses	21.788	2,2	0,6
Alemanes	17.143	1,7	0,5
Rusos	15.047	1,5	0,4
Suizos	14.789	1,5	0,4
Austriacos	12.803	1,5	0,4
Belgas	5.446	0,5	0,1
Otras nacionalidades	132.092	12,9	3,1
Total	3.954.911	100	100

Fuente: 128

La denominación "Otras nacionalidades" comprende un alto porcentaje de habitantes provenientes de países vecinos y en muchos casos situados en zonas limítrofes. La variante más importante respecto al Censo de 1869 es la aparición de 1,5 % de rusos, nacionalidad que irá aumentando progresivamente su participación en el total en los años siguientes.

Los italianos siguen siendo mayoritarios, pero se verifica un aumento del peso relativo de los inmigrantes españoles y una disminución de los franceses.

Entre 1880 y 1899 los italianos entrados por vía de

ultramár fueron 886.793<sup>129</sup>. Del total de italianos entrados entre 1857 y 1897, última fecha contenida en el censo de 1895, el 85,85 % eran adultos, de los cuales el 61,32 % lo representaban los varones y el 24,53 % las mujeres<sup>130</sup>. Entre 1876 y 1897 el 67 % de los italianos declaran ser agricultores y 3,5 % colonos, 11 % jornaleros, 3 % artesanos, 1,5 % albañiles, 1 % comerciantes, 9 % sin profesión y el resto oficios varios<sup>131</sup>. El porcentaje de agricultores italianos es el más alto en el conjunto de la inmigración. En el comercio, los italianos se distribuyen en las distintas ramas, pero con una preferencia por la alimentación. La distribución de los italianos por provincias, conserva la misma relación en términos generales que el conjunto de los extranjeros. En Buenos Aires, los italianos constituían en 1887, el 31,8 % de la población total y el 60,4 % de la extranjera, proporciones que en 1895 eran del 53,4 % y 47,8 % respectivamente<sup>132</sup>. En cuanto a las regiones de origen, a partir de 1890 aumenta el porcentaje de italianos provenientes de las zonas del sur de la península, aunque continúan llegando trabajadores del norte.

Como lo revela el Censo de 1895, la presencia de los españoles se incrementa a partir de los años setenta y continúa aumentando en las dos décadas siguientes: En cuarenta años, entre 1857 y 1897, el 85,17 % de los españoles entrados por ultramar eran adultos, siendo el porcentaje de varones de 66,92 %, es decir, el más alto en el conjunto de las nacionalidades extranjeras<sup>133</sup>. Este dato está probablemente en relación con el hecho de que los españoles presentan entre 1876 y 1897, el porcentaje más bajo de agricultores, 16 % y el más alto de jornaleros, 41,35 % y una proporción relativamente alta de artesanos y albañiles, 3,50 % y 3,25 % respectivamente. Registra, sin embargo, nominalmente un 8 % de colonos<sup>134</sup>. Los gallegos constituían un alto porcentaje de los españoles entrados a partir de 1880. En el comercio, los españoles revelan una preferencia por el sector Vestido.

La inmigración francesa continúa conservando durante todo el siglo XIX el tercer lugar, aunque su peso relativo disminuye, en particular si se lo compara con el de los españoles, a los cuales se equiparaba durante los años sesenta y setenta. El porcentaje de adultos, 79,89 % y el de varones, 59,91 % es más bajo que el de los italianos y el de los españoles, revelando una mayor inmigración de mujeres y niños<sup>135</sup>. Cincuenta y tres por ciento de los franceses declara ser agricultores y 6,25 % colonos. Los franceses presentan un grado relativamente alto de calificación: 7,5 % son artesanos,

3,25 % comerciantes y sólo 8 % jornaleros<sup>136</sup>. Los franceses se radican en la región litoral como los otros extranjeros, pero también en alguna medida en la provincia de Mendoza, donde se dedican a la vitivinicultura.

### Los trabajadores

La mano de obra asalariada, desde la segunda mitad de la década del ochenta y durante la del noventa, se concentra en cuatro o cinco sectores. Una parte es absorbida por las actividades agrícolas; otra por las industrias de transformación de materias primas agrícolas y extractivas del interior, las industrias aún semi-artesanales que producirían para el mercado local nucleaban también una cuota importante, igual que los establecimientos comerciales. El resto se encontraba en los transportes y servicios que comienzan a desarrollarse en esa época y en las actividades relacionadas con el importante proceso de urbanización que se verifica particularmente en la Capital.

El censo de 1895, registra sobre un total de población activa de 2.451.761 personas, 1.645.830 como ejerciendo una profesión y 805.931 sin profesión. Este último sector está integrado principalmente por mujeres, y había aumentado desde 1869, pasando del 15,5 % al 32,9 %<sup>137</sup>.

### Profesiones Manuales en 1895

Profesiones	Número	% en la población activa
Producción de la materia prima	393.948	16,2
Producciones industriales	366.087	14,9
Transportes	63.006	2,6
Personal de Servicio	222.774	9,1
Personal de fatiga que no tiene trabajo fijo	342.493	14,0
Total de profesiones manuales	1.388.308	56,8
Profesiones no manuales	257.522	43,2
<b>Total de personas con profesión</b>	<b>1.645.830</b>	<b>67,1</b>

Fuente: 138

Estas cifras tienen un valor sobre todo indicativo. Es muy probable que los rubros de las profesiones que hemos agrupado como manuales, incluyan una propor-

ción de personal de dirección y de empleados. Asimismo, las profesiones no manuales, contienen también una cierta proporción de trabajadores manuales, como es el caso por ejemplo de las 143.363 personas censadas en la profesión de comerciantes. Además, las categorías censales utilizadas en la época no facilitan la determinación de algunos rubros de profesiones. Pero, a pesar de estas imprecisiones, los datos del Censo de 1895, nos permiten tener una visión global de la composición de la mano de obra de la época.

El sector denominado "Producción de la materia prima" en el Censo, estaba integrado en gran medida por actividades vinculadas a la agricultura y la ganadería. Este sector se había duplicado desde 1869, registrando en esos veintiseis años un aumento absoluto de 206.025 personas. Las profesiones agrícolas y rurales registradas en 1895, incluían 261.453 agricultores, 28.724 pastores y vaqueros y 81.074 estancieros y hacendados, de estos últimos una parte era de propietarios<sup>139</sup>. Por otra parte, el 58 % de los inmigrantes entrados por ultramar entre 1876 y 1897, había declarado poseer la profesión de agricultor<sup>140</sup>. En 1895, existían en el país 709 colonias agrícolas, que ocupaban una extensión de 6.188.013 hectáreas. Más del 50 % en número y extensión, representaban las 363 colonias de la provincia de Santa Fe. El resto lo formaban 191 colonias en Entre Ríos, 146 en Córdoba y 9 en los entonces llamados Territorios Nacionales<sup>141</sup>. La expansión del sector agrícola se explica por el auge de las exportaciones cereales y por el aumento de la población y del consumo desde los años ochenta.

Es difícil determinar la ubicación de los 342.493 trabajadores que la terminología censal de la época denominaba "Personal de fatiga que no tiene trabajo fijo". Como dice Gabriel Carrasco, redactor del capítulo de Población en el Censo de 1895, incluye *las muchas personas que en los boletines del censo aparecían sin clasificación determinada o con algunas tales como las de trabajador, obrero, jornalero, etc.*<sup>142</sup> Este sector sin calificación, debía formar parte del personal de peones tanto en faenas rurales como urbanas, cambiando a veces de trabajo e incluso de área geográfica.

Ya en la década del noventa, la llamada "inmigración golondrina", había comenzado a hacerse un fenómeno regular. Numerosos trabajadores europeos venían solamente para trabajar en la cosecha para retornar luego a sus países de origen. Después de los agricultores, el porcentaje más alto entre las profesiones declaradas por los inmigrantes entre 1876 y 1897 es el 11 % registrado por los Jornaleros. No es imposible que una

parte de los jornaleros establecidos-permanentemente en el país también emigrara periódicamente al campo. Otra de las fuentes de reclutamiento de esta masa de mano de obra no calificada eran las grandes construcciones ferroviarias, edilicias, portuarias y otras que se desarrollaban en esos años.

En 1895 había en el país 22.204 establecimientos industriales, que empleaban 145.650 personas, reunían un capital total de 284.101.367 pesos moneda nacional y detentaban 2.242 máquinas de vapor, 27.227 máquinas H.P. y 31.700 de otros tipos<sup>143</sup>.

El mayor número y los más importantes establecimientos estaban radicados en la región Litoral. Solamente la Capital y provincia de Buenos Aires reunían más del 50 % del total del capital invertido. El 84 % de las industrias se encontraban en el Litoral, correspondiendo el 38 % a la Capital. También el 84 % del personal empleado correspondía a las provincias litorales, cuyo 57 % estaba en la ciudad de Buenos Aires<sup>144</sup>.

En cuanto a la distribución por ramos de producción, las mayores cifras en número de establecimientos y personal empleado correspondían a Vestido y Tocador, Alimentación, Construcción y Metalurgia.

*Personal empleado en industria por ramos (1895)*

Ramos	Establecimientos	Personal empleado
Alimentación	4.082	27.071
Vestido y Tocador	5.713	32.599
Construcciones	3.955	30.519
Muebles	2.259	12.721
Artístico y de Ornato	949	B.EFJ 7500
Metalurgia y Anexos	3.163	14.631
Productos Químicos	317	4.712
Gráficas y Anexos	427	5.080
Mixtas y Diversas	1.339	15.757
Totales	22.204	145.650

Fuente<sup>145</sup>.

No obstante la evolución operada en esos años todavía gran parte de los establecimientos censados mantienen características semi-artesanales. Esto es confirmado por el bajo índice de concentración de la mano de obra, que para el total es de aproximadamente 6 trabajadores por establecimiento. El promedio es más elevado en las industrias químicas, con 15 por establecimiento, en las gráficas, con casi 12, cifra también alcanzada por las denominadas Mixtas y Diversas.

Un análisis de los diversos tipos de industrias contenidos en los diferentes rubros utilizados por el Censo, muestra que la mayor cantidad de mano de obra corresponde a 1.823 panaderías con un personal total de 10.906 personas; 1.687 sastrerías con 7.367; 2.739 zapaterías con 13.374; 2.187 carpinterías con 9.172; 2.111 herrerías con 8.229; 152 jabonerías, graserías y fábricas de velas con 2.088; 427 casas de artes gráficas con 5.080 y 584 fábricas de cigarros con 5.751<sup>146</sup>. Como veremos más adelante, en general estas industrias coinciden con los gremios más activos sindicalmente en este período.

Además de estas industrias, los Boletines Especiales del Censo de 1895 permiten conocer la composición de la mano de obra de los establecimientos dedicados a la transformación de materias primas, que son en general los que detentaban una cantidad más alta de capital invertido. En 39 saladeros trabajaban 5.574 personas, de las cuales 160 eran administrativos y el resto obreros, incluidos los capataces. De estos saladeros, 21 estaban situados en la provincia de Buenos Aires, 14 en la de Entre Ríos y 4 en el resto del país. De 659 molinos harineros existentes en el país, sólo 586 suministraron datos sobre su personal que estaba integrado por 3.919 trabajadores. Cincuenta y un ingenios azucareros empleaban 293 técnicos y administrativos, 998 artesanos y 9.577 peones. Estos establecimientos empleaban en forma permanente 7.509 obreros cultivadores y en el período de la cosecha 17.440. Los establecimientos vitivinícolas, radicados fundamentalmente en las provincias cuyanas, eran 949 y empleaban en la época de la vendimia 18.630 personas. De éstas, 1.196 eran empleados de dirección, 11.042 peones varones, 4.420 mujeres y 1.792 niños. El personal permanente en la elaboración de vinos era de 4.568 personas, de las cuales 865 eran empleados y el resto obreros. Además 131 destilerías de alcohol concentraban 2.530 trabajadores y 61 fábricas de cerveza 957<sup>147</sup>.

En su conjunto estas industrias de transformación de materias primas agrícolas, presentan características diferentes, a los de la mayoría de los pequeños talleres artesanales. La concentración de mano de obra promedio es en general mayor, así como la proporción de argentinos respecto a la de extranjeros. Hay una cuota importante, por lo menos en los ingenios y en los viñedos, de mano de obra temporaria y en algunos casos una notoria presencia de mujeres y niños. Estos sectores se incorporarán más tardíamente a la vida sindical, hacia fines del siglo y generalmente en vinculación

a la actividad propagandística de enviados de los sindicatos de Buenos Aires.

La construcción es otro de los sectores que absorbe mano de obra calificada y también peones. Una proporción no mensurable, pero seguramente importante de los trabajadores censados como "Jornaleros" o "Sin Trabajo Fijo", trabajaba temporariamente en esas actividades. Los 9.467 albañiles existentes en 1869 son ya 28.067 en 1895, lo que supone un crecimiento del 290 %, uno de los más altos del período en el conjunto de profesiones<sup>148</sup>. También los carpinteros y otros oficios vinculados con la construcción registran crecimientos importantes. Se trata de un tipo de mano de obra que se insertaba fácilmente. *La demanda de carpinteros; herreros y albañiles, crece aumentando siempre el salario, lo mismo sucede con los peones*, decía en 1884 el diario *La Prensa*<sup>149</sup>. Como lo señala Dorfman, un albañil, ganaba más que un litógrafo, oficio que sin embargo, requería una cierta calificación<sup>150</sup>.

La demanda de los oficios vinculados con la construcción está en directa relación con el proceso de urbanización que vivía el país, al menos en el Litoral, y con las grandes obras de infraestructura vinculadas con los transportes y las comunicaciones en general.

Son particularmente las ciudades portuarias las que registran un importante crecimiento y acelerado proceso de urbanización. Más allá de Buenos Aires, cuyo desarrollo analizaremos en particular, Rosario y Bahía Blanca viven en esos años un proceso de acelerado crecimiento. Rosario era en 1851 todavía un poblado de 3.000 habitantes según las estimaciones de Du Graty. Siete años después, el Censo Confederal registraba 9.785 habitantes y en consecuencia un crecimiento anual del 32,3 % para el período. En 1869, había ya en esa ciudad 23.169 personas y en 1887 el Censo Provincial de Santa Fe, constataba una población rosarina de 50.914. En 1895, Rosario tenía ya 91.669 habitantes y el promedio de crecimiento anual en sus últimos cinco años había sido del 10,1 %<sup>151</sup>. Por su parte Bahía Blanca había pasado de 1.057 habitantes en 1869 a 7.088 en 1895<sup>152</sup>.

En 1869 había en el país 54.760 casas de ladrillos, de las cuales, 47.023 tenían azotea y 7.737 techos de metal, tejas o zinc. En 1895 el total de casas de material era de 236.237, lo que implicaba un aumento del 431 %. De ellas 111.908 eran de azotea y 124.329 con techados de otro tipo. Además había 3.312 edificios de más de un piso, construidos en su mayoría en la Capital y en las provincias de Buenos Aires y de Santz Fe<sup>153</sup>.

La construcción no sólo empleaba trabajadores para

esas obras, sino que había también una serie de establecimientos que fabricaban elementos para esa actividad. Los hornos ladrilleros empleaban 7.019 personas; las carpinterías 9.172; los aserraderos 6.940 y las fábricas de cal y cemento 1.551, entre los principales <sup>154</sup>.

Otro sector importante de concentración de la mano de obra, en la época es el de los Transportes y los Servicios en general, que se desarrolla precisamente en las dos últimas décadas del siglo XIX. La evolución más importante corresponde a los ferrocarriles.

#### Desarrollo de los ferrocarriles (1857-1900)

Años	Extensión en kms.
1857	VJ
1860	39
1865	213
1870	732
1875	1.384
1880	2.313
1885	4.541
1890	9.254
1895	14.222
1900	16.767

Fuente <sup>155</sup>.

En 1896, los ferrocarriles empleaban 34.056 personas, según el detalle siguiente: personal de dirección 1.374; en Vías, Obras y Telégrafos 12.807; en Tráfico y Movimiento 9.639 y en Tracción y Talleres 10.236 <sup>156</sup>.

En esa misma época, había en Argentina 39 empresas de tranvías, situadas en 19 ciudades que correspondían a 11 provincias y empleaban 4.266 Mayoriales y Cocheros. El Censo de 1895 había constatado también la existencia de 20.851 carreros y 4.619 arrieros y troperos. El desarrollo del transporte fluvial y marítimo se revelaba también por la presencia de 16.988 marineros y barqueros <sup>157</sup>.

Los servicios públicos conocieron también un desarrollo importante en los últimos años del siglo. Trece usinas de gas empleaban 1.645 personas, de las cuales 1.386 eran operarios de fabricación. Las usinas eléctricas congregaban 218 operarios y 49 empleados administrativos y las telefónicas un total de 639 personas. Las Mensajerías tenían aún un personal de 1.289 trabajadores, siendo los peones 748 <sup>158</sup>.

Los extranjeros representaban en 1895 el 36 % de la población activa y el 38 % de los titulares de una

profesión. Constituían también el 64 % del conjunto del personal empleado en la industria. En las industrias Alimenticias eran el 69 %, en las del Vestido el 68 %, en las de Construcciones el 58 %, en las de Muebles el 67 %, en las Artísticas y de ornato el 68 %, en las de productos Químicos el 53 %, en las Artes Gráficas el 49 % y en las Mixtas y Diversas el 54 %. En cambio los extranjeros son minoritarios respecto a los argentinos en las industrias subsidiarias de la agricultura y extractivas del interior. En los saladeros, los inmigrantes representan sólo el 33 % de los Capataces y Peones y en las industrias vitivinícolas el 22 % del personal permanente <sup>159</sup>.

La gran mayoría de los inmigrantes entrados en la última década del siglo XIX declaran ser agricultores.

#### Inmigrantes por profesiones (1876-1897)

Profesiones	Inmigrantes	%
Agricultores	792.187	58
Albañiles	26.671	2
Artesanos	54.616	4
Artistas	24.687	2
Colonos	68.713	5
Comerciantes	26.772	2
Jornaleros	152.028	11
Varias	68.826	5
Sin profesión	150.885	11
Total	1.370.662	100

Fuente <sup>160</sup>.

Parece sumamente probable que la proporción de agricultores aparezca aumentada por el hecho de que muchos inmigrantes falsearan su declaración en función de las expectativas que existían en torno a las posibilidades de la agricultura argentina. Además, las dificultades crecientes para acceder a la propiedad de la tierra, hacía que muchos extranjeros desembocaran finalmente en las ciudades empleándose como mano de obra urbana.

En el conjunto de la población mayor de 14 años, reputada como laboralmente activa, las mujeres son 1.133.430, es decir el 46,22 %. De ellas el 44,5 % posee una profesión, mientras que el 86 % de los hombres la poseían. El 34,4 % de las extranjeras declara en 1895 poseer una profesión, mientras que las argentinas lo hacen en un 48,4 % <sup>161</sup>.

Las mujeres componen solamente el 15 % del total de trabajadores empleados en la industria. La presencia de la mano de obra femenina es más alta en las fábricas de productos químicos, fábricas de cigarros y curtientes, que coinciden en general con una proporción también elevada de nativos.

Además, la lista de oficios del Censo de 1895 incluye 119.180 costureras, 75.539 lavanderas, 8.536 modistas, 25.492 planchadoras. Como ya hemos dicho, son mujeres la mayoría de los 39.380 tejedores de las industrias artesanales del interior y que habían disminuido en más del 50 % respecto a 1869<sup>162</sup>.

En términos generales la presencia de la mano de obra femenina aparece en mayor vinculación con los sectores menos ligados al proceso de modernización con los del interior del país y con los que tienen una mayor cuota de trabajadores de origen argentino.

### Los trabajadores en Buenos Aires

La composición de la masa de trabajadores en la ciudad de Buenos Aires merece una consideración particular. Se trata del mayor punto de concentración de la mano de obra de todo el país. Es allí donde aparecen con mayor presencia los ramos de actividad más vinculados al proceso de modernización capitalista. Finalmente, será en Buenos Aires donde nacerá virtualmente el movimiento obrero argentino.

Buenos Aires registra en la segunda mitad del siglo XIX uno de los crecimientos más importantes a nivel internacional. En 1855 la ciudad tenía 90.076 habitantes, en 1869 eran ya 177.787, que habían pasado a 433.375 en 1887 y a 663.854 en 1895<sup>163</sup>.

La ciudad tiene entre 1869 y 1887 un crecimiento anual del 7,3 % que es el más alto comparado en períodos similares con otras ciudades que se encontraban también en proceso de modernización. Entre 1870 y 1880 Chicago registró un crecimiento del 6,8; Rosario, entre 1869 y 1887, el 6,7 %; San Francisco en California, entre 1870 y 1880, el 5,6 %; Boston, entre 1860 y 1880, el 5,2 %<sup>164</sup>.

También en el orden interno el crecimiento de Buenos Aires es comparativamente superior. La tasa de crecimiento anual de la Capital es de casi un 150 % más que el resto del país, excluidas las provincias de Santa Fe y Buenos Aires, que también verifican un aumento importante.

La inmigración desempeña un papel importante en el aumento de la población porteña. En 1869 los extranjeros constituyen el 49,3 % del total de habitantes, en

1887 el 52,7 % y en 1895 el 47,9 %<sup>165</sup>. La proporción de extranjeros en relación a la población nativa es también una de las más altas del mundo. La disminución del porcentaje de extranjeros en 1895 respecto a 1887, se explica parcialmente por el hecho de que los hijos de inmigrantes nacidos en el país detentaban la ciudadanía argentina.

En Buenos Aires como en el país en su conjunto, los italianos son la nacionalidad extranjera mayoritaria. En 1869 representaban el 47,9 % de la población extranjera, en 1887 el 60,4 % y en 1895, el 53,4 %. Los españoles tienen un crecimiento más lineal; pasan del 15,8 % en 1869 al 17,3 % en 1887 y al 32,2 % en 1895. El aumento de los españoles parece explicar la disminución relativa de los italianos. En cambio las otras nacionalidades europeas disminuyen o se mantienen estables. Los franceses que eran el 15,3 % del total de extranjeros, serán el 17,3 % en 1887 y el 9,6 % en 1895<sup>166</sup>.

También en Buenos Aires, el peso económico y social de los extranjeros es superior a su peso demográfico. En 1895 representan el 91 % de los propietarios de industrias y el 75 % de los propietarios de comercios<sup>167</sup>.

Una de las fuentes más importantes de reclutamiento de la mano de obra en la Capital estará vinculada al proceso de urbanización global que siguió al aumento demográfico. El espacio urbano que era en 1867 sólo de 3.936 hectáreas, que estaban edificadas solamente en una tercera parte, pasará en 1888, luego de la incorporación en el año anterior de los municipios de Flores y Belgrano, a 18.141 hectáreas<sup>168</sup>.

La edificación aumenta también rápidamente, particularmente desde 1880. En 1869 había un total de 20.858 casas que en 1887 se habían transformado en 33.804. Desde 1885 el número de casas se duplica de año en año. Además, en 1887 han desaparecido los 13.000 ranchos con techo de paja que registrara el Censo de 1869. Es decir, que en 1887 la gran mayoría de las viviendas existentes en la Capital son construidas de material. En ese año, 28.353 casas eran de un piso, 4.979 de dos pisos, 436 de tres pisos y 36 de cuatro pisos<sup>169</sup>. En 1895 el total de casas había pasado a más de 50.000<sup>170</sup>.

En 1887 hay en Buenos Aires 10.410 albañiles, 10.074 Carpinteros —de los cuales una parte trabajaba en la construcción y otra en el consumo local—, 3.176 herreros, 540 marmolistas, 3.123 pintores y 442 yeseros<sup>171</sup>. En 1895, los talleres industriales que producen para la construcción, nucleaban 10.679 trabajadores, la mayor parte de ellos concentrados en las carpinterías, aserra-

(17)

deros, hornos ladrilleros, marmolerías, fábricas de tejas y mosaicos y yeserías<sup>172</sup>.

Pero, esta mano de obra especializada así como los jornaleros y peones no eran absorbidos únicamente por la demanda proveniente del progreso edilicio sino también de un conjunto de obras de construcción que se desarrollaban en la ciudad. Una de ellas, son los trabajos de remodelación y construcción portuarios. Las primeras obras se habían iniciado a comienzos de la década del setenta, pero fueron suspendidas poco después como consecuencia de la crisis económica. Entre 1857 y 1886 se procedió a la canalización del Riachuelo. Al año siguiente comienzan los trabajos del Puerto Madero que serán definitivamente terminados en 1898.

Otros trabajos públicos que emplean abundante mano de obra son la instalación del sistema cloacal y aguas corrientes, cuya urgente necesidad se había verificado en ocasión de la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Una serie de obras en este sentido se realiza entre 1885 y 1895. En esos mismos años se ejecutan algunos trabajos de remodelamiento urbano, principalmente la apertura de ocho grandes avenidas. A partir de 1870 comienza la instalación del alumbrado a gas en la vía pública y a domicilio, que se encuentra ya bastante desarrollado hacia fines de siglo.

En 1899 se instala el alumbrado eléctrico en algunas zonas céntricas. El adoquinado de granito aparece desde 1870 y a fines del ochenta estaba extendido a toda la ciudad. El asfalto comienza a ser instalado a partir de la segunda mitad de la década del noventa.

Las líneas tranviarias surgen desde principios de los años setenta y continúan multiplicándose con ritmo lento hasta 1887. Diez años después, el crecimiento se había acelerado contando la ciudad con 384 kilómetros. También, en ese mismo lapso el personal de Mayorales y Cocheros tranviarios había aumentado tres veces. En los últimos años del siglo hicieron su aparición los primeros tranvías eléctricos. Además, en 1887 había alrededor de 4.600 carreros y 2.600 cocheros.

Por otra parte, existían en la ciudad numerosos pequeños y medianos talleres y algunas fábricas, que producían en su mayoría para el mercado local. Una estadística realizada por encargo de la Unión Industrial en 1887, reveló la existencia de 400 establecimientos que empleaban 11.000 personas. De ellos, 114 habían sido fundados con anterioridad a 1880 y el resto en los siete años siguientes. El 7 % de esas industrias poseía el 70 % del capital y cerca del 30 % del personal obrero ocupado. La mayor cantidad de obreros por establecimiento pertenecía a la fábrica de bolsas de J. Serret.

que reunía 700; la fábrica de cigarrillos La Proveedora tenía 434 trabajadores; y la de calzado Sánchez Hermanos 400. Había además varios establecimientos que agrupaban entre 100 y 200 obreros y en el resto el personal empleado era inferior a 100<sup>173</sup>.

El Censo de 1895, muestra la existencia de un conjunto de 8.439 talleres industriales que empleaban a 70.469 personas. La diferencia respecto a 1887, se explica por el crecimiento habido, pero también por la adopción en 1895 de un criterio censal más amplio. El promedio de concentración de la mano de obra por establecimiento sigue siendo relativamente bajo: 8 trabajadores por taller<sup>174</sup>.

En el rubro Alimentación, 1.253 establecimientos empleaban 10.149 personas. La mayor cantidad de trabajadores correspondía a las panaderías y confiterías que reunían 3.473 y 1.789, respectivamente, y a las fábricas de licor con 1.789. En la confección 2.703 casas contaban con una mano de obra de 21.435 personas. El gremio más numeroso era el de los zapateros con 7.580 trabajadores, seguido por los sastres con 3.790 y luego los camiseros, modistas, sombrereros y tejedores que tenían entre 1.500 y 2.500 personas. En las construcciones 1.098 establecimientos empleaban 10.679 obreros, en las mueblerías 1.193 empleaban 8.055; en la metalurgia 944 empleaban 6.332, las químicas en número de 132 congregaban 2.234; las 233 gráficas tenían 3.609 trabajadores, 462 de diversos tipos 6.722 y 421 talleres de escultura, grabados y joyería empleaban 1.007<sup>175</sup>.

### La vida obrera

El análisis de las condiciones del trabajo y del conjunto de la vida obrera en Argentina en las dos últimas décadas del siglo XIX, implica introducir ciertas diferenciaciones según los períodos y los sectores de la mano de obra. Aunque episódicamente habrá alteraciones en el nivel de vida de los trabajadores según la situación económica global del país, es evidente que un cambio fundamental se produce a partir de 1887. Por otra parte, las condiciones de explotación de la mano de obra y del conjunto de la vida del trabajador varían según los ramos de producción, según las zonas geográficas e incluso según el grado de calificación.

Hasta 1887, particularmente para los trabajadores inmigrantes, la situación se caracteriza por una expectativa relativamente justificada de gran movilidad social. De alguna manera, aunque ya se operan cambios importantes en la situación estructural de la clase tra-

bajadora, todavía se viven las condiciones de las décadas anteriores. La incesante demanda de mano de obra, permite la rápida colocación de los recién llegados y en muchas ocasiones los favorece también en la obtención de salarios ventajosos. Además, como ya hemos visto, la ausencia de una verdadera industria, la posesión de sus propias herramientas y a veces de un pequeño capital permite a algunos de los inmigrantes de la primera época convertirse en propietario. El comercio es también otra forma de ascenso social.

Esto es particularmente cierto para un tipo de inmigrantes. Sobre todo el que hemos descrito como proveniente del Noroeste Europeo, alemanes, ingleses, algunos franceses, italianos del Norte más modernizado, vascos-españoles y catalanes. Es lo que el historiador francés Guy Bourdó ha denominado una inmigración de "cadres" <sup>176</sup>. Pero la situación era también favorable para los obreros menos calificados que aunque con menos ventajas encontraban también trabajo rápidamente. Hay una coincidencia general entre todos los observadores contemporáneos y los historiadores del período que los salarios aumentaban incesantemente hasta 1886. Sin embargo, la movilidad espacial y por sectores de este tipo de mano de obra menos calificada era mayor. Los peones y jornaleros iban muchas veces desde su llegada al campo, para regresar luego a las ciudades. Otras veces se empleaban en las grandes obras de construcción, para emigrar hacia otros trabajos cuando éstas terminaban.

Las transformaciones de la década del ochenta aceleran la proletarización de la masa de trabajadores. La llegada de grandes volúmenes de inmigrantes hacia fines de los años ochenta va a provocar un vuelco en la situación, que se verá agravado por la crisis económica. El aumento de la oferta de mano de obra favorece la situación de los patrones en la imposición de las condiciones de empleo. Aunque para muchos inmigrantes la situación y las expectativas que tienen en la Argentina son mejores que las que tenían en Europa, las condiciones globales ya no son las mismas que las que existían anteriormente.

Además, el surgimiento de las primeras grandes fábricas, implicó un comienzo de cambio en las condiciones de trabajo. La familiaridad característica en un pequeño taller artesanal, en el cual el patrón era generalmente un trabajador más, desaparece dejando lugar a la disciplina de la fábrica. Como lo sostiene Dorfman, pasadas las primeras épocas semi-artesanales, ya en la década del noventa, los industriales argentinos comenzaron a aplicar cuando tenían las condiciones para ha-

cerlo, técnicas modernas de explotación; el trabajo en cadena, sistemas de incentivo de la producción, etc. <sup>177</sup>.

El surgimiento del movimiento obrero es a la vez expresión de estas transformaciones y factor de cambio de las relaciones internas en el taller. La presencia de activistas sindicales cambia las relaciones tradicionales y en algunos casos casi patriarcales entre obreros y patrones.

Tomemos como ejemplo el reglamento de trabajo de los talleres de Rufino Varela (h), reproducido por el periódico sindicalista *La Unión Gremial* en 1895. Se fijaban rigurosos horarios de trabajo de verano e invierno de diez horas diarias. Se establecía que el personal no podría negarse a trabajar de noche en casos de necesidad patronal, al igual que los domingos, día en que las horas extras sólo serían pagadas doble a partir del mediodía. Toda tardanza superior a cinco minutos sería penalizada. Los obreros no podían fumar, ausentarse sin autorización, recibir visitas, o entrar o salir con bultos del taller. Todo empleado que fuera despedido recibiría un certificado en el cual constarían las causas del despido <sup>178</sup>.

Las condiciones draconianas de disciplina de trabajo impuestas por los reglamentos internos de las fábricas, fueron una de las primeras preocupaciones del movimiento obrero. En la petición dirigida por la Federación Obrera en 1891 al Presidente Carlos Pellegrini se puede leer: *Patrones hay aquí, que hacen pingües ganancias de las multas que, según el tenor de los reglamentos, imponen a sus obreros* <sup>179</sup>.

Aun en Buenos Aires las condiciones de trabajo no dejaban tampoco de provocar la protesta del movimiento obrero. Refiriéndose a los primeros talleres y fábricas dice Dorfman: *Rústicos, inadecuados y peligrosos eran, por lo general, los galpones que pobló el ruido de las primeras máquinas industriales* <sup>180</sup>.

También en la construcción las condiciones de trabajo y de seguridad provocaban voces de alarma. Refiriéndose a la repetición de derrumbes en obras en construcción decía *La Nación* en 1887: *los albañiles mueren aplastados o se inutilizan para el resto de sus días y nadie les alcanza una compensación, nadie castiga a los que culpablemente les prepararon su desgracia* <sup>181</sup>.

La jornada de trabajo era de diez o más horas para la mayoría de los trabajadores. Según los cálculos de Adrián Patroni, sobre un total de 134.772 obreros, el 65 % hacía jornadas de 10 horas. Del resto, el 22,5 % trabajaba entre 11 y 14 horas diarias; el 8,5 % tenía jornadas de 9 horas y sólo un 4 % había logrado las 8 horas <sup>182</sup>. La preocupación del movimiento obrero por

la duración de la jornada de trabajo comienza realmente a partir de los años noventa. En 1896 un poco menos de la mitad de las huelgas incluyen en sus reivindicaciones la reducción de la jornada de trabajo. La duración del trabajo diario comenzará a disminuir hacia fines del siglo. Además, el descanso dominical obligatorio aparece también en los años noventa como una preocupación de las organizaciones sindicales.

Todos los testimonios de la época, en su mayoría simpatizantes de la causa obrera, han sostenido que los salarios siguieron una curva descendente ininterrumpida desde 1886. El análisis más importante de ese período y que sirvió de base a muchos otros posteriormente fue establecido por el cónsul norteamericano en Buenos Aires, Buchanan<sup>183</sup>. Esta tesis del deterioro constante del salario real fue retomada luego por la mayoría de los historiadores que seguían los análisis de Buchanan<sup>184</sup>.

Recientes investigaciones efectuadas por Roberto Cortés Conde, sobre la base de salarios rurales y de las fábricas Bagley, tienden a cuestionar la idea de una disminución constante del salario real. Cortés Conde establece una periodización según la cual los salarios subieron desde 1882 hasta 1886, para descender luego desde 1887 hasta 1890. Un nuevo período de ascenso se establecería entre 1891 y 1893. Luego, disminuyen nuevamente hasta 1896 y en seguida hay otro período ascendente hasta 1899<sup>185</sup>.

Los períodos establecidos por Cortés Conde hacen coincidir los momentos de mantenimiento de los niveles del salario real con los picos más altos de desocupación. Por el contrario, las etapas de descenso del salario, coinciden con los años de mayor desarrollo del movimiento huelguístico.

Las características aluviales del proceso inmigratorio en Argentina, en ciertos períodos, provocaban bruscas oscilaciones en la disponibilidad de la mano de obra. Los salarios parecen mantenerse o subir en períodos de gran desocupación, es decir que en ciertos momentos el nivel de vida se mantiene, pero sólo para una parte de los trabajadores.

Además, existían diferencias importantes en los montos salariales según los oficios. A fines de 1887, los ajustadores ganaban salarios que iban de 2 a 5 pesos diarios; los carpinteros, herreros y ebanistas de 2 a 4, y los pintores y decoradores de 2 a 6. En cambio, un peón albañil ganaba de 1 a 3 pesos por día, un alfarero de 1 a 2,50 y los cigarreros y cocineros de 1 a 1,50. También entre los que recibían pagos mensuales había una escala de diferencias. Los mejores pagados eran

los jardineros que podían recibir entre 50 y 100 mensuales y los maquinistas que oscilaban entre 50 y 80. En el peldaño más bajo, los jornaleros ganaban entre 30 y 40 pesos por mes, los domésticos de 16 a 25 y los pastores y vaqueros de 12 a 15<sup>186</sup>.

Otra preocupación de los trabajadores, que se revela en distintos períodos, fueron los aumentos del precio del oro más rápidos que los de los salarios. Este fenómeno ya había preocupado a los obreros ferroviarios del taller Solá que en 1889 reclamaban el pago de sus salarios a oro<sup>187</sup>. Con mayor profundidad se repite este fenómeno entre 1896 y 1900. En los últimos años del siglo los socialistas harán una campaña especial sobre el problema<sup>188</sup>.

Aunque las estadísticas no lo reflejan, porque los censos, púdicamente, sólo contaban la fuerza laboral a partir de 14 años, varios testimonios atestiguan la explotación del trabajo de los niños. Si esto era moneda corriente en las industrias agrícolas del interior, como los ingenios, los viñedos y los obrajes, también los centros urbanos eran escenario de este tipo de prácticas. Según Germán Ave Lallemand, *se explota en forma general el trabajo infantil por 0,06 a 0,15 pesos oro*<sup>189</sup>. La prohibición del trabajo de los niños es una reivindicación que figura en casi todas las peticiones y programas obreros de la década del noventa.

El trabajo femenino es menos pagado que el masculino y a veces se hace en condiciones mucho más riesgosas o insalubres. Decía Lallemand: *En la fabricación de fósforos de cera, las mujeres ganan 0,25 pesos oro por un trabajo de 12 horas diarias. En la sastrería militar (industria casera), un trabajo de 15 horas le rinde a una costurera 0,23 pesos oro y a una costurera de camisas 0,12 pesos oro*<sup>190</sup>.

En las ciudades, particularmente en Buenos Aires, la vivienda obrera por excelencia es el conventillo, que se había originado en torno a la inmigración desde mediados de los años setenta. En 1880 existían en la Capital 1.770 conventillos que contenían 24.023 habitaciones y eran habitados por 51.915 personas. Diez años después eran ya el doble: 2.249 poseyendo 37.063 habitaciones pobladas por 94.743 personas, de las cuales 67.720 eran extranjeros y 27.003 argentinos. En ese año de 1890, en 399 conventillos el promedio de personas por habitación era de 1; en 777 era de 2; en 886 era de 3, más adelante 5 y 8<sup>191</sup>.

En muchos casos a las condiciones de promiscuidad en los conventillos se agregaba la mala calidad de la vivienda. En 1887, la mortalidad infantil en los con-

ventillos era del 67 por mil, mientras que la mortalidad general sólo alcanzaba el 27,4 por mil <sup>192</sup>.

La vivienda significaba casi la cuarta parte del gasto de una familia obrera. Durante la primera década del siglo la situación y los alquileres en los conventillos darán lugar a importantes movimientos de protesta. Pero, ya tempranamente a comienzos del noventa, hubo reuniones e iniciativas tendientes a luchar contra el aumento de los alquileres <sup>193</sup>. Sin embargo, en el interior las condiciones de la vivienda no eran mejores a Buenos Aires. En las provincias subsistían todavía los ranchos de paja, construidos precariamente en madera u otros materiales e incluso de barro cocido.

La pertenencia a una comunidad constituida en torno a la nacionalidad de origen tenía para el inmigrante un gran valor. Desde su llegada el inmigrante encontraba en sus connacionales un punto de apoyo importante. Este fenómeno contribuyó en Buenos Aires y Rosario, sobre todo, a la concentración de los inmigrantes en barrios por nacionalidades e incluso a veces por regiones de un mismo país. También, muchas veces, se verifica una cierta correspondencia entre los oficios y la nacionalidad de origen. Se establece una especie de especialización en algunos rubros de la producción y el comercio. Un inmigrante ya instalado llevaba a sus paisanos a su trabajo o a su barrio. No obstante como ha señalado Guy Bourdé, la existencia de una cierta movilidad social, y la frecuencia de los cambios de empleo, tendían a romper relativamente esta tendencia <sup>194</sup>.

Las asociaciones por comunidades extranjeras tienen esa época una gran importancia en la vida del inmigrante. Ellas desempeñan un papel destacado en la vida asociativa. Muchas veces son ellas las que organizan los primeros sistemas de socorros mutuos, que auxilian al trabajador en caso de enfermedad o accidente. Entre 1881 y 1900 fueron creadas 168 sociedades de socorros mutuos, muchas de ellas vinculadas a las comunidades extranjeras. A las comunidades extranjeras pertenecía también una parte importante de los periódicos y publicaciones que se editaban en la época. Otras actividades organizadas por las asociaciones de extranjeros eran fiestas, veladas musicales y representaciones teatrales. Este tipo de actividades será efectuada también desde la década del noventa por los socialistas y los anarquistas.

El nivel cultural de la masa de trabajadores era bajo en su conjunto. La presencia de campesinos de las regiones más pobres de Italia y España en proporción importante dentro de los volúmenes inmigratorios aumentaba los índices de analfabetismo. Estos habían

aumentado entre 1869 y 1895. En ese último año, el Censo Nacional revelaba aproximadamente un 50 % de analfabetismo entre los hombres y una cifra mayor entre las mujeres.

Si los trabajadores extranjeros encontraban un relativo auxilio entre sus connacionales, en Buenos Aires, la situación no era la misma cuando iban al interior <sup>195</sup>. Las condiciones de trabajo en las provincias eran en general más duras que las existentes en los centros urbanos del Litoral. En algunas actividades vinculadas con la transformación de materias primas agrarias, subsistirán durante mucho tiempo prácticas pre-capitalistas de explotación. No obstante la existencia de salarios nominales, éstos incluían frecuentemente parcialmente la manutención del obrero o eran absorbidos por el llamado sistema de "vales de pulpería".

En los ingenios azucareros, viñedos, obrajes y yerbatales, se emplean familias enteras durante los períodos de cosechas o de trabajo intenso. En algunos casos se utiliza la mano de obra indígena en condiciones muy próximas a lo que se ha denominado formas de explotación tribales <sup>196</sup>.

No será sino hasta fines del siglo XIX y primeras décadas del siguiente que las primeras formas de organización sindical comenzarán a modificar relativamente las condiciones de trabajo en algunos sectores del interior. Un papel importante en esta tarea lo desempeñarán las giras que harán, particularmente por el Norte, los agitadores socialistas y anarquistas enviados desde las ciudades.

(19)

#### IV

### EL MOVIMIENTO OBRERO (1878-1899)

Los cambios que se producen en la estructura del país y consecuentemente en la capa de trabajadores manuales que existía durante los años sesenta y setenta y en sus condiciones de vida, repercuten en la organización obrera y en sus manifestaciones políticas.

Entre 1878 y 1887 se desarrolla lo que podríamos denominar un período de acumulación del movimiento obrero, cuyas fuerzas explotarán abiertamente hacia 1888 cuando la confluencia de la crisis coyuntural con la nueva situación de los trabajadores, hagan permanentes en Argentina las expresiones de la lucha de clases.

En esos años surgen las primeras Sociedades de Resistencia, en las cuales las reivindicaciones corporativas van reemplazando al mutualismo de las primeras asociaciones obreras. Simultáneamente, se desencadenan, aunque todavía episódicamente, las primeras huelgas y conflictos obrero-patronales. Paralelamente a esos dos fenómenos se va multiplicando la actividad de los grupos socialistas y anarquistas.

En 1878 se produce la primera huelga sostenida por una organización sindical, la de los tipógrafos. Sin embargo, no se trata de la primera que registra la crónica. Ya en 1877, los aguateros de Rosario, se habían declarado en huelga, dejando sin agua durante varios días a la ciudad y obteniendo una gran repercusión en el conjunto de la población<sup>197</sup>. Si la de los aguateros parece haber sido la primera huelga del período, otros conflictos habían estallado ya anteriormente, mencionándose entre otros uno protagonizado por los lancheros del Riachuelo y otro por las costureras<sup>198</sup>.

La importancia de la huelga tipográfica de 1878 es

la presencia de la Unión Tipográfica, que aparece como la primera organización con fines sindicales específicos. Desde fines de 1877 un núcleo de militantes de la Sociedad Tipográfica Bonaerense se había propuesto crear una nueva asociación que superara los límites mutualistas que ésta tenía. La constitución definitiva de la Unión Tipográfica tuvo lugar el 30 de agosto de 1878 en el transcurso de una asamblea a la que asistieron más de mil personas. La reunión fue presidida por el francés M. Gauthier, probablemente uno de los exiliados de la Comuna de París y por el secretario de la nueva asociación, Ginés E. Alvarez. En una asamblea preliminar había sido elegida la Comisión de la Unión, que quedó integrada por Vicente Daroque, presidente; Ginés E. Alvarez, secretario general; y vocales Domingo Ferrol, Pablo Della Costa y Edelmiro Goyeneche<sup>199</sup>.

Acatando las resoluciones de la asamblea del 30 de agosto, fueron formadas dos comisiones obreras con el fin de presentar a las empresas un pliego de reivindicaciones salariales. Allí donde los patronos no aceptaran las demandas, las huelgas comenzarían. Así, el 2 de setiembre empieza la huelga, que pocos días después sería coronada por el éxito. Los tipógrafos obtuvieron importantes concesiones: aumentos de salarios; reglamentación de los horarios de trabajo; supresión del trabajo de los niños y su reemplazo por adultos<sup>200</sup>. Estamos aquí, frente a reivindicaciones que figurarán entre las principales en el decenio siguiente.

Sin embargo el triunfo fue efímero. La introducción del trabajo a destajo dará lugar a la competencia entre los obreros y los horarios serán superados nuevamente. La Unión Tipográfica será disuelta en 1879 por decisión de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, considerando que en la medida que ya existía una sociedad obrera en el gremio no valía la pena tener dos. Detrás de ese simple argumento, se escondía el hecho de que las tendencias mutualistas eran aún muy fuertes entre los trabajadores.

En 1879 se produjo otra huelga, esta vez de obreros cigarreros que habría contado con la participación de militantes anarquistas<sup>201</sup>. A partir de 1881 se multiplican las huelgas y conflictos, aunque todavía con ritmo lento.

En 1881 se produce un movimiento de los empleados de comercio, que reclamaban la reglamentación del descanso dominical. En ese mismo año los Oficiales Albañiles luchan exigiendo la reglamentación de los horarios de trabajo. Al año siguiente hay una huelga de los Oficiales Yeseros que reclaman aumentos de salarios. En 1883 se producen tres conflictos: dos huelgas por

atraso en el pago de los salarios, una de obreros de la ciudad de La Plata y otra de los carteros de Buenos Aires y una tercera de los obreros de una usina telefónica por aumentos de salarios. En 1884 van a la huelga los peones de la aduana de Lanús, también exigiendo mejores salarios. En 1885 los panaderos de Rosario realizan una huelga por salarios y otra los cocheros de Tandil por condiciones de trabajo. En 1887 los obreros y empleados telefónicos realizan varias huelgas parciales y una huelga general, reclamando mayores salarios y regularidad en los pagos. En ese mismo año huelgan los obreros de la fábrica de sombreros de D'Acquila<sup>202</sup>.

La consideración de los conflictos y huelgas desarrollados entre 1877 y 1887 revela que las reivindicaciones más frecuentes fueron los aumentos salariales, el atraso en los pagos, la reglamentación de la jornada de trabajo y diversas cuestiones vinculadas con las condiciones de trabajo<sup>203</sup>. Además, los conflictos se reparten equitativamente en diversos sectores del proletariado. Así, algunos se dieron en los sectores más calificados de la época como los Oficiales Albañiles y los Yeseros, otras en los talleres vinculados con el consumo local como los panaderos y los sombrereros y también un sector nuevo como el de los servicios representados por los telefónicos, aparece en el movimiento huelguístico. Pareciera que las reivindicaciones salariales y referidas a modalidades del pago son más frecuentes en los sectores menos calificados y las vinculadas con horarios y condiciones de trabajo en los más calificados.

Aproximadamente en un 60 por ciento de los casos, los obreros obtienen la satisfacción total o parcial de sus demandas. Todavía hasta 1888 en casi todos los conflictos es notoria la prescindibilidad del Estado en los enfrentamientos entre trabajadores y capitalistas.

Paralelamente, se desarrolla un proceso de formación de sociedades de resistencia, preferentemente en los sectores de mayor calificación. Tres de ellas pertenecen al sector del comercio, dos a los oficios calificados de la construcción, tres al ramo transportes y el resto a los gremios de la alimentación y el vestido o actividades del consumo local<sup>204</sup>.

En muchos casos la vida de estas asociaciones fue efímera. La primera de estas sociedades que logró mantener una continuidad ininterrumpida fue la de los Panaderos y la segunda probablemente fue "La Fraternidad", la organización de los ferroviarios. Frecuentemente los primeros sindicatos surgían en torno a una lucha concreta para desaparecer una vez ésta terminada. Además, es difícil determinar el carácter exacto de algunas de estas asociaciones, que a pesar de su

intervención en las luchas reivindicativas, mantenían a veces fuertes tendencias mutualistas.

Las iniciativas de formación de Sociedades de Resistencia, corresponden en casi todos los casos a los oficios más calificados. Son gremios de los sectores de la vida económica que ya hemos señalado como los más activos sindicalmente en el período: construcción, transportes, algunos sectores del comercio y las producciones semi-artesanales locales. En casi todos los casos se trata de sindicatos de Buenos Aires o locales, a excepción de los maquinistas ferroviarios agrupados en "La Fraternidad", que por la índole del oficio aparecen como el primer sindicato de alcance nacional. Son casi siempre sectores compuestos en su mayoría por trabajadores de origen inmigrante.

Hasta 1886, los salarios suben y la demanda de mano de obra supera a la oferta en la mayoría de los sectores del trabajo. Pero, en 1887 la situación comienza a cambiar y no dejan de oírse voces de alarma. En un artículo de *La Nación* del 9 de noviembre, se advertía contra el peligro de estallidos huelguísticos y se llamaba a tomar medidas que lo evitaran, diciendo: *La vida encarece extraordinariamente, dicen las clases menesterosas, los alquileres están por las nubes; la carne se va convirtiendo en un manjar de lujo. La remuneración del trabajo manual no ha variado en los dos últimos años; pero las condiciones materiales de la vida han empeorado constantemente y el precio de todos los artículos se ha duplicado y triplicado en el mismo período*<sup>205</sup>.

El pronóstico de *La Nación* se confirmó. En 1888, 1889 y principios de 1890 se desata un reguero de huelgas. En esos dos primeros años, se producen casi treinta conflictos. De ellos más del 30 % fueron protagonizados por los ferroviarios, que pasan a ser el sector de vanguardia, particularmente en 1888. El resto de las luchas obreras corresponde a gremios vinculados a los servicios y a los oficios de talleres. La gran mayoría de las huelgas se produjeron en la Capital<sup>206</sup>.

Una novedad, es la más abierta participación de militantes anarquistas y socialistas en los conflictos obrero-patronales. Las huelgas tienen ya una gran repercusión social y la prensa en su conjunto no deja de ocuparse de ellas. Además, aunque todavía el Estado no modifica su conducta de "dejar hacer", aparece una represión selectiva más sistemática contra los activistas, particularmente contra los anarquistas y también en algunos casos se verifica una represión abierta contra los huelguistas.

La gran mayoría de las huelgas tiene por objetivos la obtención de aumentos salariales. El porcentaje de

20

reivindicaciones es relativamente alto. Parece plausible la hipótesis de Julio Godio, quien explica este fenómeno, al menos parcialmente, por la existencia de un alto margen de beneficios en algunos sectores que hacía que una parte de los propietarios aceptara las reivindicaciones obreras rompiendo la unidad patronal, como ocurrió en la huelga de los zapateros en 1888 y en la de los panaderos en enero de 1890<sup>207</sup>.

En esta época hace su irrupción pública la Unión Industrial. Esta organización se constituyó el 7 de enero de 1887, como resultado de la fusión del Club Industrial y del Centro Industrial Argentino, instituciones que a su vez habían surgido en 1878 de la división del Club Industrial Argentino fundado el 29 de agosto de 1875 y que fuera la organización pionera de los patrones de industria<sup>208</sup>.

En la década del noventa la Unión Industrial tendrá una clara conducta de no reconocer, al menos oficialmente, a las organizaciones obreras. En 1896 por ejemplo solicitaba al Poder Ejecutivo que no se aceptaran *las exigencias pedidas colectivamente por los obreros de uno o más talleres*<sup>209</sup>. Sin embargo, frente a las primeras manifestaciones de lucha obrera la actitud de los industriales no fue la misma, por lo menos en algunas ocasiones. Así, en el transcurso de una asamblea, durante la huelga de los obreros zapateros en 1888, un miembro de la Unión Industrial polemiza públicamente con Enrico Malatesta y otros militantes anarquistas y socialistas y propone la formación de una comisión obrera que tome contacto con una delegación de los patrones. Eduardo Lluch, el industrial, sugiere la formación de comisiones mixtas obrero-patronales para dirimir las diferencias evitando así el estallido de las huelgas. Esta proposición fue rechazada por los huelguistas<sup>210</sup>.

Cuando el movimiento obrero evidencie una mayor consistencia a mediados de los años noventa, la actitud de los industriales se endurecerá crecientemente. En 1896, frente al auge de las huelgas, la Unión Industrial convocará un congreso de industriales para fortalecer el frente patronal y adoptar medidas para enfrentar unitariamente al movimiento obrero.

Aparte de los enfrentamientos directos que provenían de la posición de cada uno de ellos en la producción, otro antagonismo opondrá a los propietarios industriales con los obreros. Los industriales reclamaban medidas proteccionistas para la industria, lo que no era compartido por los socialistas e incluso por los anarquistas y las organizaciones sindicales independientes. El 26 de julio de 1899 los industriales organizan

una manifestación pública que reúne 40.000 personas. Anarquistas y socialistas no dejan de pronunciarse sobre la cuestión, preocupados en particular por explicar la presencia de obreros en la manifestación de los industriales. *La Protesta Humana*, afirma que los trabajadores presentes fueron *llevados por la amenaza de ser despedidos... por eso se explica que haya habido tan poco entusiasmo*. El periódico anarquista critica duramente "el fomento industrial" considerando que en nada cambia la explotación de los trabajadores<sup>211</sup>. Por su parte los socialistas son más explícitos. No sólo condenan el movimiento de los industriales sino que en *La Vanguardia*, en un artículo titulado "Proteccionismo y Librecomercio", Enrique Dickman, uno de los principales dirigentes del partido, toma abiertamente posición por una política librecomercista. Dickman considera que la libre entrada de productos extranjeros sin impuestos de importación abaratará el consumo de los obreros y obligará a los industriales a perfeccionar sus técnicas de producción<sup>212</sup>.

Las filas de la Unión Industrial contenían una proporción importante de extranjeros, incluso muchos de los cuales habían sido de esos artesanos y obreros de los años sesenta y setenta que se convirtieron en propietarios. Además, los industriales no formaban parte de la élite que en representación de la burguesía agraria detentaba el poder del Estado. Sin embargo, algunos de los dirigentes de la Unión Industrial eran o habían sido diputados, ministros, gobernadores provinciales o figuras políticas<sup>213</sup>. Los industriales no dejaban de presionar sobre el poder estatal para tratar de obtener mejores condiciones en sus pujas con los trabajadores.

El estallido revolucionario de julio de 1890, implicó una detención momentánea del movimiento obrero. Pero al retomar los militantes sindicales sus actividades, ya se hizo visible un profundo cambio en la situación. Las consecuencias de la crisis económica marcarán el fin momentáneo del movimiento ascendente de la lucha obrera que se había iniciado en 1888. Desde fines de 1890 a 1893, el movimiento huelguístico inicia un curso depresivo.

En esos años, las huelgas y conflictos no llegan a veinte, cifra sensiblemente inferior a la del período anterior. Aunque las reivindicaciones salariales se mantienen, aumenta el número de huelgas motivadas por otras cuestiones. Entre ellas, aparecen las primeras luchas por la disminución de la jornada de trabajo.

Se trata de un período defensivo para los trabajadores. El aumento de la desocupación no creaba las mejores condiciones para la realización de las huelgas.

Aunque los saldos inmigratorios disminuyen e incluso son negativos por la primera vez en 1891, el abrupto aumento de ingresos entre 1887 y 1889 había creado un aumento de la mano de obra disponible. La crisis agravará las condiciones para los trabajadores. Aunque los salarios parecen haberse mantenido en algunos sectores, la desocupación pasa a ser una de las preocupaciones dominantes de los trabajadores. En la petición elevada por la Federación Obrera al presidente Pellegrini en 1891, se insistía *en la inmensa multitud de proletarios que hoy viven aquí en Buenos Aires sin poder hallar trabajo*. Calculaban los desocupados en aproximadamente diez mil <sup>214</sup>.

También el proceso de constitución de organizaciones sindicales señala un ritmo más lento. En 1889 se había formado la Sociedad Internacional de Obreros Carpinteros, Lustradores, Tallistas y Torneros y en 1890 la Sociedad Cigarreros Unidos. En 1891 y 1892 se organizan solamente algunas pocas sociedades en el interior y la Sociedad Oficios Varios y la sección de habla alemana de los tipógrafos en la Capital.

Paradójicamente, en el mismo momento en que desciende el ritmo del movimiento huelguístico y del proceso de surgimiento de organizaciones sindicales, es cuando entran en escena las primeras federaciones obreras y el movimiento obrero hace sus primeras armas en el terreno de la acción política. En realidad, estas iniciativas habían surgido a principios de 1890 cuando todavía se mantenía el ascenso.

En 1888 y 1889 socialistas y anarquistas participan con la misma intensidad en las luchas obreras y en las sociedades de resistencia. Pero, a partir de 1890 las principales iniciativas en el terreno sindical corresponden a los socialistas. Los anarquistas habían aceptado limitadamente participar en acciones conjuntas con los socialistas, especialmente en la época en la que Malatesta se encontraba en Buenos Aires. Pero, durante los años de reflujo, la variante anarquista que cobrará fuerza será la llamada "individualista" o anti-organizadora opuesta a la lucha de clases y la intervención en las organizaciones obreras.

Son, en consecuencia, los socialistas quienes protagonizarán principalmente las iniciativas de organización sindical centralizada que se desarrollarán en esos años. Esto, no dejará de marcar al movimiento sindical de la época, en la medida que los socialistas tenían entonces una concepción que aproximaba mucho lo sindical con lo político.

El primer antecedente de las organizaciones sindicales de inspiración socialista que se formarán en los

comienzos de la década del noventa fue el Comité Internacional Obrero. Este organismo surgió por iniciativa de los socialistas alemanes reunidos en el Verein Vorwärts que cumplían así con las resoluciones del congreso socialista de 1889 en París, particularmente la referente a la celebración del 1 de mayo. Nacido de una reunión realizada el 30 de marzo de 1890 con representantes de diversas asociaciones obreras, el C.O.I. se fijó como objetivos: crear una federación obrera; publicar un periódico para la defensa de la clase obrera y enviar una petición al Congreso Nacional <sup>215</sup>.

La lista de las organizaciones que convocaron el acto del 1 de mayo de 1890, revela la presencia de tres Sociedades de Resistencia, de una agrupación socialista —el Vorwärts— y el resto estaba formado por asociaciones de colectividades extranjeras, muchas de ellas de carácter político, en su mayoría italianas. El cosmopolitismo del naciente movimiento obrero argentino se verifica también por el hecho de que los oradores del 1º de mayo se expresaron en castellano, italiano, francés y alemán. El C.O.I. evaluó la concurrencia al acto entre 2.000 y 3.000 personas <sup>216</sup>. Junto a los oradores socialistas participaron algunos anarquistas, que aceptaron sumarse, aunque críticamente <sup>217</sup>.

Sin embargo, los anarquistas ya no seguirán a los socialistas en los otros propósitos que se había fijado el C.O.I. La concepción que los socialistas tenían de la federación obrera que debía formarse y del periódico a publicar no permitían un acuerdo con los anarquistas no "individualistas". Tampoco, estos podían acompañarlos en la petición al Congreso.

La fundación efectiva de la Federación data de 1890, cuando menos de una decena de organizaciones sindicales celebraron reuniones siguiendo una invitación del Comité Obrero Internacional. Los estatutos fueron aprobados provisoriamente en una reunión realizada a principios de enero de 1891 y el primer congreso sólo se concretaría el 14 de agosto de ese año <sup>218</sup>.

El espíritu internacionalista se verifica entre otras cosas por el hecho de que en un primer momento el organismo se denominaba Federación de los Trabajadores de la Región Argentina y en que el congreso hubiera encomendado a una comisión de elaborar un programa de acción similar al de los partidos obreros europeos.

En el programa la Federación se fijaba como objetivos: 1. *La posesión del poder político por la clase obrera.* 2. *La transformación de la propiedad individual o corporativa de los medios de producción en propiedad colectiva, social o común, o sea la socialización de los medios de producción.* 3. *La organización de la sociedad*

(21)

sobre la base de una Federación económica. 4. La regularización internacional de la producción 5. La igualdad de todos ante los medios de desarrollo y de acción. 6. La igualdad de todos en las ventajas <sup>219</sup>.

Este era el "programa máximo". El inmediato contemplaba una parte política y otra económica, que contenían reivindicaciones que son comunes a las que los socialistas impulsaron desde el Comité Obrero Internacional hasta mediados de la década del noventa. Las propuestas políticas apuntaban a una democracia radical. Entre ellas: derecho de asociación, libertad de prensa, naturalización amplia de los extranjeros, justicia gratuita y por jurados, supresión del ejército permanente y armamento general del pueblo, abolición de la deuda pública, separación de la iglesia y el estado, sufragio universal simple y "self government" de las comunas <sup>220</sup>.

Las reivindicaciones económicas insisten también en los mismos temas comunes a todo el movimiento sindical del período: salarios, jornada de ocho horas, reglamentación del trabajo de mujeres y niños, higiene y condiciones de trabajo, inspección regular de los talleres <sup>221</sup>.

Los estatutos de la Federación le fijaban como propósitos realizar la unión de los obreros para la defensa de sus intereses morales y materiales, para la solidaridad internacional en la lucha contra el capital, para llegar finalmente a la emancipación del trabajo. Para esto se proponía formar sociedades obreras, impulsar luchas de solidaridad y tareas de propaganda e instrucción de los trabajadores. Los organismos de la Federación eran los comités locales, el congreso de delegados y el Comité Federal. Se establecía una estructura organizativa abierta pero relativamente centralizada <sup>222</sup>. La importancia del programa y de los estatutos de la Federación es que posteriormente serán retomados por otros intentos similares.

Una de las actividades fundamentales de la Federación será presentar pliegos de reivindicaciones al Poder Ejecutivo, al Congreso, al Concejo Deliberante de Buenos Aires y a las gobernaciones provinciales, que casi nunca serán respondidas.

Poco después de su segundo congreso, la Federación será disuelta por el Comité Federal el 16 de diciembre de 1892, en el transcurso de una reunión en la que no estaban presentes todos sus miembros. La decisión de la mayoría del organismo parece inspirada por la semi-parálisis por la que atravesaba la Federación y por la decisión de algunos socialistas de cambiar de táctica lanzándose a una acción política más definida, constru-

yendo un partido no identificado directamente con la acción sindical.

Lentamente, desde fines de 1893 y durante 1894 la situación general comienza a modificarse. En esos dos años surgen alrededor de 15 nuevas sociedades de resistencia y solamente en el segundo de esos dos años se producen trece huelgas. La mayoría de los nuevos sindicatos que se forman pertenecen al sector de trabajadores que producen para el consumo local, aunque también nacen asociaciones en la construcción y en el transporte.

En 1894, los socialistas realizan un segundo intento de constituir una federación obrera. Aunque la reunión constitutiva del 17 de agosto de ese año cuenta con una representatividad ligeramente superior a la de 1890, la organización no llegará a tener una vida regular y efectiva, produciéndose su disolución a fines de 1895 <sup>223</sup>. El programa del nuevo organismo mantiene más o menos los mismos lineamientos de la experiencia anterior, pero hay una mayor insistencia en las reivindicaciones económicas. Además el artículo 15 del programa establecía que la federación, *se abstendrá de todas las cuestiones políticas y religiosas* <sup>224</sup>.

Los socialistas enfrentaban ahora una competencia que no existía anteriormente. Desde 1894 se hace visible una evolución en las relaciones de fuerza entre los anarquistas "organizadores" y "anti-organizadores". Además la mutiplicación de las sociedades obreras hará surgir una corriente de sindicalistas que se manifestaban inorgánicamente pero que se mantenían independientes de socialistas y anarquistas.

Los anarquistas opuestos a la participación en las sociedades obreras y a las huelgas, habían hecho una intensa propaganda contra la primera federación obrera. Así, *El Perseguido* expresaba: *Todas estas federaciones, por más que unas se llamen burguesas o políticas y las otras obreras socialistas no dejan de estar basadas en un mismo principio autoritario* <sup>225</sup>.

Sin embargo, desde 1894 comienza a desarrollarse la corriente anarquista que acepta la formación de sociedades de resistencia y la organización de huelgas. Ya anteriormente algunos sectores anarquistas aceptaban la huelga, pero sólo cuando esta era general y con carácter insurreccional. Contra esa concepción ya polemizaban los socialistas desde *El Obrero* en 1892, acusándola de ser "economicista" <sup>226</sup>.

Uno de los primeros periódicos anarquistas en sostener la necesidad de impulsar el movimiento obrero fue *El Oprimido*. Este camino será seguido por otros órganos de prensa anarquistas, particularmente *L'Avve-*

nire desde 1896 y *La Protesta Humana* desde junio de 1897.

El cambio en la orientación de los anarquistas, tendrá como base el auge del movimiento huelguístico que se intensifica en 1895 y 1896. En esos dos años hay más de cuarenta huelgas. Las huelgas de esos dos años afectan nuevamente a los trabajadores de la pequeña industria y de la construcción, pero particular importancia tienen las huelgas ferroviarias, especialmente en 1896 la de los obreros de los talleres Solá. La mayoría de las huelgas tienen por reivindicación central la demanda de aumentos salariales, pero aparecen también otras, como la disminución de la jornada de trabajo. Los yeseros eran los primeros en obtener en 1895 la jornada de ocho horas. Por su amplitud, la oleada huelguística de 1895 y 1896 es la más importante que haya conocido la Argentina hasta entonces y además no se repetirá un fenómeno similar hasta ya entrado el siglo XX.

En 1895, el porcentaje de huelgas que logran la satisfacción de las exigencias planteadas es superior al 70%, pero en 1896, las derrotas obreras son mucho más elevadas. Los industriales alarmados por la envergadura del movimiento endurecen sus posiciones y realizan reuniones tratando de cerrar filas. Además, la represión policial se hace más intensa en el caso de algunas huelgas, especialmente cuando están vinculadas a la exportación o los servicios públicos. Los obreros de las curtiembres son los que menor éxito tuvieron, fracasando todas sus huelgas. Además, en 1896 se verifica un nuevo aumento de los volúmenes inmigratorios, lo que explica parcialmente, a través del incremento de la mano de obra disponible, la menor efectividad de las huelgas respecto al año anterior.

Rápidamente, el movimiento obrero va a percibir los ritmos incontrolables del proceso migratorio como un factor de desequilibrio de sus luchas. Ya en 1892, *El Obrero* decía: *la fuerte inmigración es una desgracia para la clase de los trabajadores argentinos porque aumenta la oferta de brazos en donde no hay ya trabajo para los que existen*.<sup>227</sup> En 1898 el Partido Socialista inscribirá en su programa un pronunciamiento contra todo fomento artificial de la inmigración. Análisis similares pueden encontrarse en la prensa anarquista.

En esa misma época se multiplican también las organizaciones obreras. Un hecho importante de esa época es la aparición del periódico *La Unión Gremial*, órgano de varias sociedades de resistencia.<sup>228</sup> Expresaba de alguna manera una inorgánica corriente sindical, que aparecía como independiente de anarquistas y socia-

listas. Su programa proclamaba: *no defenderá ambiciones personales ni de ningún partido, porque está probado que jamás han hecho nada respecto al mejoramiento de las clases obreras oprimidas*.<sup>229</sup> Si estas posiciones parecían próximas a las de los anarquistas, *La Unión Gremial* lo desmentía formalmente considerando calumnias las afirmaciones que en ese sentido hacía *La Vanguardia*, que la trataba de "semi-anárquica"<sup>230</sup>.

*La Unión Gremial* no estará ausente de los primeros debates que se realizaron en el país sobre la posibilidad de organizar una huelga general. Esta posibilidad no entusiasma a los socialistas; sí en cambio a los anarquistas. El 22 de agosto de 1896, en un artículo titulado "Sciopero Generale", *L'Arvenire*, llamaba a la organización de la huelga general, afirmando que ese era el grito que venía de todo el país y que nunca había existido en la Argentina un momento tan propicio para concretarla.<sup>231</sup>

En medio de este clima surgen iniciativas para concretar una Convención Obrera y preparar la huelga general. El 2 de junio de 1896, las Sociedades de Panaderos, Albañiles, Yeseros, Marmoleros y Estibadores lanzan un manifiesto "A todos los trabajadores" convocando a una reunión pública en el Jardín Pasatiempo para concretar esa iniciativa y preparar la huelga general.<sup>232</sup> La reunión no pudo concretarse debido a la acción policial. Sin embargo, la Convención Obrera se efectiviza finalmente. A las primeras cinco sociedades convocantes se agregaron luego otras cinco. Ellas celebran un Pacto que constituía la base de la Convención Obrera. En los considerandos de la declaración final se reconocía la necesidad de una acción general concertada y se afirmaba que *las huelgas parciales no dan sino resultados parciales*. El texto del Pacto establecía que todas las organizaciones sindicales deberían hacer *la propaganda necesaria para convencer a los asociados de la necesidad de la HUELGA GENERAL DE TODAS LAS ARTES y oficios para mejorar la situación económica de la clase trabajadora*. Se establecía también que cuando fuera oportuno todos los gremios presentarían demandas de mejoras y si estas fueran negadas aunque fuera parcialmente, comenzaría la huelga general que no se detendría hasta la victoria final, salvo que una Asamblea General de los huelguistas decidiera lo contrario.<sup>233</sup> La Convención Obrera estaba concebida como una unión gremial, pero con características bastantes diferentes a las Federaciones Obreras más estructuradas, que preconizaban los socialistas.

No obstante, la declinación que se registró en el mo-

vimiento huelguístico desde fines de 1896 y que se acentuaría en los tres años siguientes, coartó todas estas iniciativas y la Convención Obrera y el proyecto de huelga general se diluirán pronto.

A partir de 1897, las tendencias se invierten. El eje de la agitación obrera ya no serán las reivindicaciones salariales y de condiciones de trabajo, sino que la agitación contra la desocupación pasará a ser la preocupación central de los trabajadores. El 18 de agosto de 1897 cinco mil desocupados organizados por anarquistas y socialistas realizaron una asamblea de protesta que culminó con manifestaciones violentas y enfrentamientos con la policía en el centro de Buenos Aires<sup>234</sup>. Desde ese año se observó un acercamiento en la realización de acciones comunes entre las dos tendencias mayoritarias del movimiento obrero.

Sin embargo, entre mediados de 1896 y 1897 había fracasado una tercera tentativa, impulsada por los socialistas de constituir una federación obrera, que no había contado con el apoyo anarquista. Los periódicos de la corriente organizadora del anarquismo aceptaban ahora, plenamente, la necesidad de la lucha por mejoras parciales a través de los sindicatos pero rechazaban que las peticiones fueran dirigidas al Estado, con lo cual consideraban que se traicionaba la consigna de la AIT de que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos<sup>235</sup>. Un factor importante para el fracaso de la tercera Federación parece haber sido el retiro de la Sociedad de Constructores de Carruajes, una de las más prestigiosas de la época, que acusaba a la organización de sólo ocuparse de política<sup>236</sup>.

El siglo XIX se termina en un clima de quietud del movimiento obrero e incluso de relativa desorganización gremial, que no será, sin embargo, más que transitoria. La escasa actividad de las sociedades de resistencia, afectadas por la desocupación y por el endurecimiento de la política estatal y patronal, era señalada con preocupación tanto por anarquistas como por los socialistas<sup>237</sup>.

Es en ese año que se presenta en las Cámaras un anteproyecto de ley, que fue antecedente directo de la más adelante llamada Ley de Residencia y que a partir de 1902 permitiría la expulsión de centenas de militantes e inmigrantes extranjeros. Pero, a partir de 1900, aunque con ritmo lento, el movimiento obrero va mostrando algunos síntomas de recuperación, que se acelerarán al año siguiente hasta llegar en 1902 a la gran huelga general que marca la iniciación de toda una nueva época.

De alguna manera, la experiencia vivida en la década del 90 creará las condiciones para la etapa poste-

rior. En esos años las manifestaciones de la lucha de clases se habían definitivamente generalizado y hecho permanentes. Las organizaciones obreras se multiplicaron y convirtieron en un factor importante de la vida obrera. En 1896, treinta sociedades gremiales tenían una actividad permanente y efectiva en Buenos Aires, cifra que sufre ligeras modificaciones hacia el fin del siglo<sup>238</sup>. Varios gremios habían conquistado ya la jornada de ocho horas y es en general en esos años cuando la duración del trabajo comienza a disminuir relativamente. En las luchas salariales y por condiciones laborales y contra la represión y la desocupación los militantes obreros se habían formado una experiencia. También el Estado y las organizaciones patronales habían afinado sus tácticas.

Aunque los oficios semiartesanales y de la construcción fueron uno de los principales sectores de animación de los conflictos, otro sector —que después de 1900 será fundamental— había hecho su aparición en la arena: el de los servicios, representado por ferroviarios, estibadores, tranviarios, marítimos y otros.

V

ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS

Durante el siglo XIX anarquistas y socialistas fueron las dos principales corrientes ideológicas animadoras del movimiento obrero. Hubo otras de menor peso, como los grupos católicos que actúan en los últimos años del siglo o los mazzinistas y republicanos italianos. Además, en muchos casos aparecen militantes sindicales que no pueden ser encasillados en ninguna de las dos grandes corrientes, como parece haber sido el caso de los redactores de *La Unión Obrera* de los ferroviarios de Tolosa a fines del ochenta o de *La Unión Gremial* algunos años después. Pero, en general, son los anarquistas y los socialistas los que desempeñan los papeles más importantes como impulsores del movimiento obrero.

Sin embargo, en las primeras épocas, aparecen algunos periódicos y grupos que no pueden ser caracterizados ni como marxistas ni como bakuninistas. Al disolverse las secciones de la Internacional, muchos militantes participan en las luchas sindicales y en el proceso de conformación de sociedades obreras o editan folletos y periódicos de propaganda revolucionaria. Una parte importante de la literatura obrera del período que va desde 1877 hasta mediados de la década del ochenta, refleja una tendencia genéricamente socialista o social-republicana, pero en todo caso pre-marxista y pre-bakuninista.

Ya en 1875, simultáneamente a la existencia de las secciones de la Internacional, había aparecido en Buenos Aires el periódico *Le Révolutionnaire*, sin que se sepa si tenía vinculación directa con los internaciona-  
listas. Al comienzo aparecía en francés y era su director Stanislas Pourile, que había militado en Francia bajo

el seudónimo de "Blanchet" y participado en la Comuna de París<sup>239</sup>. El periódico subsistió entre el 9 de julio de 1875 y el 24 de enero de 1876, desapareciendo luego de haber hecho un intento de edición bilingüe. Exhibía concepciones republicanas, furiosamente anticlericales y se proclamaba continuador de Rousseau, Robespierre, Saint-Simon, Cabet, Leroux, Edgard Quinet y Garibaldi. Hacía la defensa de la Comuna y hablaba de la "lucha de clases" entre "la clase burguesa" y la "clase proletaria". No obstante, su definición de revolución era más simple, todo el que deseara reemplazar el mal por el bien era un revolucionario y el bien se identificaba con el progreso<sup>240</sup>.

Otro ejemplo de la época es *El Descamisado*, subtulado "Periódico Rojo" y que alcanzó solamente a aparecer dos veces en una misma semana, a principios de enero de 1879. El primer número estaba impreso en tinta roja y fue requisado por la policía. En el segundo número, su editor, Pedro Sarraru, explicaba que el color rojo simbolizaba la sangre que el pueblo había derramado para conquistar la igualdad que se le niega. *El Descamisado* se definía como un periódico de lucha, que habría de retemplar el espíritu de la gente de los talleres y oponer fuerte valla a las pretensiones injustas de la aristocracia y del capital. Proclamaba la necesidad de una revolución santa y necesaria pero que se realizaría sin derramar una gota de sangre<sup>241</sup>.

Entre 1877 y 1887 aparecen numerosos periódicos, cuya filiación exacta se desconoce o es difícil de establecer. En 1877 apareció *El Socialista*, dirigido por Felipe Dozo y que se reivindicaba "Órgano de los intereses sociales" y también *El Unionista*, "Periódico Semanal. Órgano de la Clase Obrera", vinculado a la comunidad negra, que desapareció al año siguiente para reaparecer en una segunda época en 1887. En 1878 salió *La Luz*, "Órgano de las clases proletarias", y en 1879 *La Voz del Obrero* y *El Cosmopolita*, "Órgano Oficial de la Sociedad de Dependientes", que tuvo 32 números entre mayo de ese año y enero del siguiente. En 1888, *El Obrero*, aparentemente uno de los periódicos más importantes de la época. Dos años después sale *La Correspondencia*; en 1884 aparecía *El Obrero* en Pergamino, y en 1885 *El Artesano* en Rosario y *El Tipógrafo* en Tucumán. Con el mismo nombre salió en 1887 otro periódico que era órgano oficial de ese gremio, en Buenos Aires<sup>242</sup>.

El primer grupo anarquista del cual se tiene conocimiento, es un Círculo de "propaganda obrera" constituido por los militantes bakuninistas que se encontraban en minoría dentro de la AIT de Buenos Aires y

(23)

que luego de su disolución se organizan independientemente. Este núcleo editó hacia 1879 el folleto titulado "Una Idea", en el cual se exponían los principios de la fracción disidente de la Internacional concretados en el Pacto de Saint Imier por las federaciones Jurasiana, Francesa, Española y Norteamericana <sup>243</sup>.

Muy probablemente fue también anarquista una tentativa de reconstituir la Internacional en 1879. El 18 de setiembre de ese año, en el transcurso de una reunión efectuada en el Teatro Goldoni, fue formalmente reconstituida la sección argentina de la AIT. En vinculación directa con esta iniciativa, un mes después, aparecía el periódico *La Vanguardia*, dirigido por Eduardo Camaño. Sin embargo, todo indica que la vida del periódico y de la nueva sección no fueron muy prolongadas <sup>244</sup>.

No obstante, en los primeros años de la década del ochenta algunos grupos anarquistas de Buenos Aires seguían reivindicándose sección de la Internacional. En 1880 apareció el periódico *La Anarquía* y en 1884 *La Lucha Obrera*, que tuvo 29 números entre el 2 de marzo y el 28 de setiembre. En 1885, dirigido por Enrico Malatesta, apareció en italiano. *La Questione Sociale* y en el mismo año en Santa Fe, *La Revolución*. En 1887 Ettore Mattei publicó en Buenos Aires *Il Socialista*, también en idioma italiano <sup>245</sup>.

Un hito importante en el fortalecimiento del movimiento anarquista fue la constitución en junio de 1884 de un Círculo Comunista-Anárquico, que se declaraba todavía Sección de la Asociación Internacional de Trabajadores, según el relato de Ettore Mattei <sup>246</sup>.

Mattei fue no sólo uno de los principales propulsores del movimiento anarquista en la Argentina sino también una de las principales figuras del movimiento obrero hasta el primer decenio del siglo XX <sup>247</sup>. Otro impulso importante a la actividad anarquista en Buenos Aires fue dado por la llegada en 1885 del conocido anarquista italiano Enrico Malatesta. Con la colaboración de algunos militantes italianos Malatesta constituyó en ese año un Círculo de Estudios Sociales que organizaba conferencias y debates públicos e hizo aparecer algunos números de *La Questione Sociale*, homónimo del periódico que había publicado en Italia <sup>248</sup>.

La única colaboración que se conoce entre los grupos de Malatesta y de Mattei es su participación conjunta en la formación del sindicato de panaderos <sup>249</sup>.

Además de los grupos italianos, había ya en esos años otros núcleos anarquistas de otras nacionalidades, particularmente uno de españoles y otro de francohablantes <sup>250</sup>.

Entre 1886 y 1889 se publicaron en Buenos Aires cuatro Manifiestos Comunista-Anárquicos. El primero apareció el 13 de diciembre de 1886, en protesta contra una resolución de una Comisión de Higiene Pública relacionada con una epidemia de cólera. Como consecuencia de la aparición de ese Manifiesto sufrieron un proceso y algún tiempo de cárcel los militantes Victorio Cavola, Ettore Mattei, E. Grandi y E. Malnatti. El segundo Manifiesto apareció en noviembre de 1888, en relación con los acontecimientos de Chicago; el tercero y el cuarto en 1889 <sup>251</sup>.

También desde comienzos de la década del ochenta comenzaron a organizarse los grupos socialistas. En 1882 apareció *Le Proletaire*, en idioma francés y aparentemente de corta vida. Pero, el núcleo más importante fue el de los socialistas alemanes escapados de las persecuciones bismarckianas. Desde 1881, un grupo de refugiados alemanes comienza a preparar la formación de una nueva organización, que finalmente se concreta el 1 de enero de 1882 <sup>252</sup>. Se trataba del Verein Vorwärts que reivindicaba el programa del Partido Socialista Obrero Alemán <sup>253</sup>.

La asociación comenzó a publicar su periódico en idioma alemán, *Vorwärts*, en 1886. Aunque la asociación adoptaba los principios de la socialdemocracia alemana, en el periódico no dejaba de haber alguna ambigüedad, en la medida que se reivindicaba también órgano de los "liberales" alemanes en Buenos Aires <sup>254</sup>. El *Vorwärts* tuvo un papel particularmente importante en la conformación del movimiento sindical entre fines de los años ochenta y comienzos de la década siguiente. Serán sus militantes los que tendrán la iniciativa en la convocatoria del acto del 1 de mayo de 1890 y en la organización del Comité Obrero Internacional, de la primera Federación Obrera y del periódico *El Obrero*.

#### La década del noventa

Desde 1889 los socialistas intensifican su actividad en el movimiento obrero. A los militantes del *Vorwärts* ya se han sumado otros, de diversas nacionalidades. En este período la actividad sindical y la actividad política de los socialistas parecen estrechamente ligadas. Durante esos años impera una concepción a través de la cual la construcción de un partido socialista se confunde con la construcción del movimiento sindical.

La Federación Obrera se denominaba también Partido Obrero y como tal se vinculará a la Internacional Socialista <sup>255</sup>. En los recuerdos escritos en sus Apuntes

de 1916, uno de los principales protagonistas de esos hechos, Kühn consideraba en una autocrítica retrospectiva que en esa época imperaban entre los socialistas argentinos concepciones que los llevaban a tratar de forjar organizaciones inspiradas por el modelo de las Trade Unions británicas<sup>256</sup>. Sin embargo, es probable que no hubiera entre los socialistas de la época una teoría acabada sobre la cuestión, como lo observa José Ratzler. En *El Obrero* se hablaba de la necesidad de constituir un partido de resistencia, por medio de la organización fuerte en la Federación Obrera, y un partido político internacional de ofensiva al Estado Burgués...<sup>257</sup>.

Una tal concepción enfrentaba una dificultad que tenía una doble manifestación. La debilidad del movimiento sindical argentino de 1890 era por un lado producto de la propia estructura del proletariado y lo incipiente del proceso de constitución de organizaciones obreras. Pero, además, la iniciativa socialista coincidió con un período de reflujo de la acción sindical y huelguística. La Federación Obrera contaba solamente con unas pocas asociaciones y la situación limitaba su accionar a la propaganda y a las peticiones dirigidas al gobierno.

La principal actividad de los socialistas a comienzos del noventa, fue la publicación del periódico *El Obrero*, a partir del 12 de diciembre de 1890. El principal animador fue el alemán Germán Ave Lallemand, la figura más importante de la época<sup>258</sup>. El periódico era órgano de la Federación Obrera y al mismo tiempo instrumento político de los militantes socialistas.

*El Obrero* hacía desde el editorial de su primer número una clara reivindicación de las teorías de Marx y sostenía que *venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta república como campeones del proletariado*<sup>259</sup>.

Una característica de *El Obrero* será la tentativa de analizar la realidad económica, social y política argentina, con una mayor profundidad y consecuencia de lo que hasta entonces lo habían hecho otros órganos de prensa socialistas redactados por inmigrantes. Será a partir de los sucesos de la revolución de 1890 y de la crisis política abierta en el país, que Lallemand y *El Obrero* abordarán la consideración de la problemática nacional. La llegada del capitalismo internacional había tenido una función civilizadora, pero el absolutismo de la oligarquía la había hecho romper el pacto que él tenía y provocado la crisis. Entonces, *obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad bur-*

*guesa*<sup>260</sup>. Para *El Obrero* la Unión Cívica representaba la rebelión de la pequeña-burguesía contra el régimen del caudillismo. Posteriormente criticará a este agrupamiento considerando que el movimiento democrático había fracasado<sup>261</sup>.

Aunque la lucha económica ocupa en la literatura socialista de la época un lugar importante, desde el primer momento aparece también la prédica de la necesidad de la participación en la lucha política por parte de la clase obrera. Esto se refleja no sólo en los artículos editoriales de *El Obrero*, sino también en los documentos de la Federación Obrera. Una de las principales manifestaciones de esta actividad será la presentación de peticiones a los poderes públicos, tanto en Buenos Aires como a través de las federaciones de provincia.

La situación por la que atravesaba el movimiento obrero y en particular la Federación Obrera de la cual *El Obrero* era su vocero, hacían que el periódico enfrentara graves dificultades financieras. En reiteradas oportunidades hace llamados a sus lectores para que contribuyan a su sostenimiento hasta que deja de aparecer a fines de setiembre de 1892.

Una segunda versión de *El Obrero* aparecerá en 1893, mientras que otro sector de la antigua redacción, hacía aparecer *El Socialista*<sup>262</sup>. Este último será animado por los militantes socialistas que se encontraban en la Sección Varia de la Federación Obrera. En realidad, la Sección Varia era mucho más un grupo de acción política que una organización sindical, ya que ella reunía a los activistas que no estaban enrolados en ninguna sociedad obrera. Este sector parece haberse dado cuenta de la semiparálisis por la que atravesaba la Federación y decidió cambiar el rumbo político para orientarse hacia una acción política menos estrechamente ligada a lo sindical. Aunque son pocos los elementos de que se disponen debido a las características poco explícitas del debate entre los dos sectores, parece aceptable la hipótesis de que en el fondo de las divergencias hubiera una reticencia del grupo de la segunda época de *El Obrero* a avanzar más rápidamente hacia la formación de un Partido Socialista. Estas reticencias parecen fundarse no solamente en la necesidad de continuar con una concepción de partido vinculada al movimiento sindical, sino también de tomar la decisión de constituir un partido y en consecuencia de naturalizarse para adquirir los derechos políticos. Este último punto, como veremos más adelante, será uno de los principales temas de debate entre los socialistas argentinos a lo largo de los años noventa.

El otro grupo funda la Agrupación Socialista que se

reivindicaba Partido Obrero. Sin embargo, poco después los dos sectores parecen nuevamente reconciliarse. El 14 de julio de 1894 se forma el Centro Socialista Obrero, sucedáneo de la Agrupación Socialista y que encuentra entre sus filas también a militantes como Esteban Giménez, responsable de la segunda época de *El Obrero*.

Mil ochocientos noventa y cuatro es un año clave en la evolución del socialismo argentino. Uno de los fenómenos principales que se produce es la incorporación de numerosos intelectuales argentinos, lo que se intensificará en los años siguientes. Hasta entonces, la mayoría de los militantes socialistas eran obreros inmigrantes. Lo mismo ocurría en el anarquismo. Con la excepción de Lallemand y Winiger, el resto de los dirigentes socialistas eran obreros calificados, muchos de ellos tipógrafos, que habían adquirido una cierta cultura política a través de su experiencia militante. Pero en todos ellos pesaba su condición de extranjeros.

A partir de 1894 se verifica el ingreso de intelectuales argentinos de nacimiento o naturalizados habiendo llegado muy pequeños al país. Se trata en su mayoría de médicos, abogados, periodistas, escritores, estudiantes. La figura más representativa de este proceso, no sólo por ser uno de los primeros sino porque se convertirá en el gran dirigente del socialismo argentino, fue la de Juan B. Justo. Posteriormente entrarán, entre otros, Roberto Payró, Leopoldo Lugones, José Ingenieros.

Una característica común de muchos de estos intelectuales que se acercan al movimiento obrero, es haber pasado anteriormente por la experiencia de la revolución del 90 y a veces también por la de los radicales de 1893. Este es el caso, por ejemplo, de Justo, Payró e Ingenieros entre los que se acercan al socialismo y el de Alberto Ghirardo que luego convergirá con los anarquistas. Desencantados del proceso de renovación democrática se tornan hacia el proletariado naciente. Estos intelectuales desempeñarán desde entonces un papel muy importante en el socialismo y en el movimiento obrero y un factor de "nacionalización".

Sin embargo, en este período en el movimiento socialista siguen teniendo importancia los agrupamientos por nacionalidades. Junto al Centro Socialista Obrero, continuaba existiendo el *Vorwärts* y se habían formado los grupos Fascio dei Lavoratori y Les Egaux, que nucleaban a militantes italianos y franceses, respectivamente. Poco después aparecerá también el Centro Socialista Universitario que expresaba la nueva tendencia ya descripta <sup>263</sup>.

La Carta Orgánica del Centro Socialista Obrero lo definía como una asociación política, cuyo programa es el del Partido Socialista Obrero de todos los países, con las modificaciones que exijan las circunstancias locales <sup>264</sup>. El internacionalismo continúa siendo un elemento importante, aunque aparecen algunas restricciones que se acentuarán en los años siguientes. Todavía los programas socialistas completan sus reivindicaciones mínimas centradas en las reivindicaciones económicas y sociales de los trabajadores, con consignas de democracia directa en cuanto a la organización del Estado. En el programa publicado el 1 de mayo de 1894 en *La Vanguardia*, que era desde abril órgano del Centro Socialista Obrero y de los otros grupos, se continúan reivindicando consignas tales como legislación directa, revocatividad de los electos, supresión del Poder Ejecutivo y creación de un régimen parlamentario unicameral, armamento general del pueblo y gobierno directo de las Comunas <sup>265</sup>. Aunque menos radical este programa continúa aún las líneas fundamentales de los programas socialistas de principio de siglo. Será a partir de 1896, con la constitución definitiva del Partido Socialista, que el programa avanzará en su transformación en un programa de reformas republicanas.

En diciembre de 1894 los grupos socialistas crean un organismo único de coordinación y en abril de 1895 se constituye el Comité Central del Partido Obrero Socialista Internacional, organización que en los hechos ya existía desde fines del año anterior.

### La lucha entre anarquistas

Durante toda la década del noventa habrá en el anarquismo argentino polémicas ideológicas entre adherentes a diversas corrientes: anarco-comunistas, anarco-socialistas y anarco-colectivistas. Estas divisiones ideológicas reflejaban tendencias pre-existentes en el anarquismo español e italiano. Pero la división fundamental en el seno del anarquismo fue la que separaba a "organizadores", partidarios de la intervención en la lucha de clases y en las organizaciones obreras y "antiorganizadores" o "individualistas" <sup>266</sup>. Hasta 1890, debido en parte a la influencia de Malatesta y al curso ascendente del movimiento obrero, los pro-organizadores mantienen una cierta presencia pública. Pero desde ese año y por lo menos hasta 1894, serán los antiorganizadores los que serán hegemónicos en el seno del anarquismo. La mayoría de la prensa de la época se identificaba con esa corriente, siendo su principal exponente el periódico *El Perseguido* <sup>267</sup>.

*El Perseguido* considera como eje fundamental de la actividad anarquista la propaganda de los principios del comunismo anárquico, se opone duramente a las huelgas por reivindicaciones económicas y a la constitución de sociedades de resistencia, aunque acepta la actividad gremial inspirada por grupos inorgánicos formados "por afinidad" <sup>268</sup>. Los periódicos anti-organizadores criticaban furiosamente a los anarquistas favorables a la organización y proclamaban la necesidad de la "propaganda por los hechos", aunque las acciones terroristas fueron casi inexistentes en este período <sup>269</sup>.

Las condiciones por las que atraviesa el movimiento obrero entre 1890 y 1893 favorecían sin dudas el eco que en algunos sectores tenían la propaganda de los anti-organizadores. Durante ese tiempo, los anarquistas partidarios de la organización quedan relegados, sin que tuvieran siquiera un órgano de prensa. Pero la tendencia comienza a invertirse desde 1894, con la aparición en Luján de *El Oprimido*, dirigido por el médico irlandés John Creaghe. Desde 1895 con la reactivación económica, y la multiplicación de las Sociedades de Resistencia y el nuevo auge de las huelgas, los anarquistas pro-organización encontrarán una mayor receptividad. Los periódicos y la actividad de los organizadores se multiplicará hasta la aparición en junio de 1897 de *La Protesta Humana* que constituía una especie de frente unido de la mayoría de las tendencias anarquistas organizadoras <sup>270</sup>. Este núcleo desempeñará, después de 1900 un papel fundamental en la formación de la primera federación obrera estable y en los acontecimientos huelguísticos de la primera década del siglo.

Los anarquistas organizadores no sólo desplazarán a los "individualistas" en los últimos años del noventa, sino que también lograrán una mayor inserción en los sindicatos y en el conjunto del movimiento obrero respecto a los socialistas. Este fenómeno puede explicarse por el hecho de que su insistencia en el sindicalismo y en la lucha económica y su rechazo a la participación en las luchas políticas se correspondía mejor con las características del proletariado de la época. En efecto, la alta composición extranjera de los trabajadores de Buenos Aires, la inexistencia de una vida democrática real en el plano político y la relativa negativa del Estado a negociar con el movimiento obrero, hacían que los planteos anarquistas tuvieran un mayor eco. Sus llamados a la huelga general, su propaganda abstencionista frente a las elecciones, sus planteos de destrucción del Estado y su enfatización en la lucha rei-

vindicativa, aparecían como más atractivos que el reformismo parlamentario de los socialistas, que chocaba con las condiciones políticas y sociales de la época.

### La consolidación del Partido Socialista

El nuevo equipo dirigente que se va formando en las filas socialistas en torno a la figura de Juan B. Justo, trata de consolidar definitivamente una estructura partidaria basada en un programa de reivindicaciones sociales de los trabajadores y de reformas democráticas del Estado. Sin dejar de lado la participación en las luchas sindicales, los socialistas tendrían como objetivo fundamental lo que en la época se denominaba "la acción política". Esta suponía la lucha por el sufragio universal y reformas políticas que permitieran una acción parlamentaria de los diputados socialistas. En este camino un problema importante a resolver era el hecho de que una parte importante de los trabajadores estaba constituida por extranjeros que no tenían en consecuencia los derechos políticos. El partido socialista tendrá como uno de los ejes fundamentales de su propaganda la campaña por la naturalización, que debía comenzar en sus propias filas.

Estos serán los temas principales de debate en el socialismo entre 1895 y 1899 y darán lugar a la aparición de tendencias enfrentadas e incluso a una escisión de cierta importancia.

Desde 1895, el partido socialista aumenta su influencia, aparecen nuevos grupos en Buenos Aires y en el interior. En 1895 realiza su convención y a principios de 1896 se presenta a elecciones para diputados en la Capital. El 28 de junio de ese año realiza su primer congreso.

Es en el Congreso que tienen lugar dos debates importantes y que darán lugar a sendas derrotas transitorias de la tendencia de Juan B. Justo. Una de ellas se dio en torno a la posibilidad o no de hacer alianzas electorales con otros partidos. El congreso rechazará la proposición de Justo auspiciando las alianzas. El segundo debate tuvo lugar acerca de la inclusión o no de la violencia como un posible objetivo final de los socialistas para tomar en nombre de los trabajadores el poder político. También aquí Justo sería vencido <sup>271</sup>.

Protagonistas de estas dos mociones enfrentadas a Justo, fueron José Ingenieros y Leopoldo Lugones, que desde 1897 constituirán la tendencia "socialista revolucionaria" que se expresará a través del periódico "*La Montaña*", preconizando un socialismo radicalizado

e intransigente. Sin embargo, no lograron afianzarse como una corriente interna estable y esta oposición se disolvería a fines de 1897.<sup>272</sup>

Sin embargo, otra oposición de mayores consecuencias se organizó también en torno al congreso de 1896 y culminó en 1898 con la escisión de un sector del partido que iría a constituir la Federación Socialista Colectivista, pero que retornaría al seno del partido en 1900.<sup>273</sup> Esta tendencia se constituye fundamentalmente en torno al rechazo de la estrategia electoralista y a la obligación de los dirigentes socialistas de adquirir la ciudadanía argentina. Al mismo tiempo realzaba la importancia de la lucha por las reivindicaciones económicas de los trabajadores, acusando a la dirección socialista de abandonarla.

En 1896, los socialistas sólo habían obtenido el 1 % de los sufragios emitidos. El fraude sólo explica muy parcialmente el fracaso electoral. Una proporción importante de los militantes socialistas eran ellos mismos extranjeros y había por otra parte poca inclinación de los extranjeros en general a naturalizarse.<sup>274</sup> Varias hipótesis pueden tratar de explicar este fenómeno. En primer lugar, a diferencia de otros países receptores de inmigrantes, no hubo en Argentina ni previsiones legislativas ni una actitud del Estado tendiente a fomentar la naturalización de los extranjeros. El alto porcentaje de italianos y españoles provenientes de regiones con poca experiencia de participación política y las expectativas de retorno de una parte de los inmigrantes, es otra de las razones probables del fenómeno. Además, las características del sistema político imperante en Argentina eran poco aptas para atraer el interés de los inmigrantes hacia la vida política. Incluso, como señala Oscar Cornblit, la legislación argentina concedía en ciertas ocasiones primacía a los no naturalizados que además contaban con la protección de sus gobiernos.<sup>275</sup>

Además, la propaganda abstencionista de los anarquistas que habían logrado hacia fines de siglo una mejor inserción en ciertos sectores del movimiento sindical que los socialistas, conspiraba también contra los planteos que éstos hacían. La propaganda anarquista continuará teniendo un fuerte contenido internacionalista. No será éste el caso del socialismo, que sin abandonar totalmente sus adhesiones internacionales y los puntos de vista del socialismo internacional, hará grandes esfuerzos por la "nacionalización" de los trabajadores. Ya desde su primer congreso y bajo la influencia de las nuevas camadas dirigentes se hace perceptible un cambio en la política del socialismo al respecto. En

este punto no parece coincidir con los documentos de la época toda una literatura posterior que señalará el carácter extranjerizante de la propaganda socialista.

Otro aspecto de la política socialista que cambia desde mediados de la década del noventa es la relación entre los sindicatos y el partido. Todavía en el Congreso de 1896 las sociedades obreras envían delegados, pero que sólo tienen voto en las cuestiones económicas. Este será un momento de transición, ya que posteriormente esta fórmula no se repetirá.

En el segundo congreso de 1898, el equipo dirigente que se había conformado en torno a Juan B. Justo logra imponer algunas modificaciones importantes al programa votado en 1896. Una de ellas, es la supresión del párrafo final de la Declaración de Principios, que admitía la posibilidad de la violencia como recurso final para la adquisición del poder político por los trabajadores.

La prohibición de realizar alianzas electorales con otros partidos será mantenida, pero desvirtuada en la práctica porque se autorizaba a los organismos partidarios a desconocerla en circunstancias excepcionales. Años después Justo explicará esta política de alianzas como una táctica para demitificar el abstencionismo de los radicales.<sup>276</sup> En todo caso no era la Unión Cívica Radical, la que los socialistas tenían en mira cuando pensaban en la posibilidad de alianzas electorales. En todo este período, como también a lo largo de toda la historia posterior del partido, el socialismo tendrá al radicalismo como uno de sus principales rivales.<sup>277</sup>

En sus rasgos más generales el Partido Socialista había adquirido hacia fines de siglo una fisonomía que será definitiva. Se presenta como un partido reformista que ejercería su acción a través de la acción parlamentaria fundamentalmente, presentando un programa de reivindicaciones sociales y económicas de los trabajadores y de reformas democráticas y republicanas del sistema político. El modelo que los dirigentes socialistas tomaban en esa época era el del partido socialdemócrata australiano.<sup>278</sup>

Si socialistas y anarquistas fueron las dos corrientes más importantes en el movimiento obrero, no fueron las únicas. Los mazzinistas italianos participaban principalmente a través de *L'Amico del Popolo*. Además, en 1892 se habían constituido los Círculos Obreros Católicos, siguiendo la encíclica *Rerum Novarum* de 1891. El más conocido de los dirigentes del movimiento cristiano fue el sacerdote Federico Grote, llegado de Alemania en 1884. En 1895 los círculos se reunieron en una federación nacional, que tenía filia-

les en la Capital y en las provincias. En general no aprobaban las huelgas y aunque minoritarios, sostenían ásperas polémicas con anarquistas y socialistas.

En los últimos años del siglo XIX la clase obrera adquirirá, desde el punto de vista de su consistencia social, luego de la gran oleada inmigratoria de fines de la década del ochenta, una fisonomía que no será alterada en lo sustancial, por lo menos, hasta la Primera Guerra Mundial.

### NOTAS

1 Ortiz, Ricardo M., *Historia Económica de la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1971, t. 1, pág. 52.

2 *Ibidem*, págs. 51-67.

3 Dorfman, Adolfo, *Historia de la Industria Argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, pág. 58.

4 George Reid Andrews en *The Afro-Argentines of Buenos Aires*; Wiscousin, The University of Wisconsin Press, 1981, menciona la existencia de los siguientes periódicos: *La Raza Africana*, *El Proletario*, en 1858; *La Igualdad*, *El Artesano* o *El Tambor* y *El Candombero*, a mediados de los años sesenta; *La Crónica*, *El Porvenir*, *La Perla*, *El Unionista*, *El Aspirante*, *La Aurora del Plata*, *La Idea*, *La Juventud*, *La Razón* y *El Obrero*, en los años ochenta.

5 *Ibidem*, pág. 193.

6 Segundo Censo Nacional, 1895.

7 Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia Social del Gaucho*, Buenos Aires, Maru, 1968.

8 Dorfman, *op. cit.*, pág. 74.

9 Segundo Censo Nacional, 1895.

10 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.

11 Primer Censo Nacional, 1869.

12 *Ibidem*.

13 *Ibidem*.

14 *Anales* de la Sociedad Rural, citados por Julio Mafud, *La Vida Obrera en la Argentina*, Buenos Aires, Proyección, 1976.

15 Estimaciones propias sobre los datos del Censo Nacional de 1895.

16 Primer Censo Nacional, 1869.

17 Alsina, Juan A.: *La inmigración en el primer siglo de la Independencia*, Buenos Aires, F. S. Alsina, 1910, pág. 22.

18 Estimaciones propias sobre datos del Segundo Censo Nacional, 1895.

19 Segundo Censo Nacional, 1895.

20 Primer Censo Nacional, 1869.

21 Segundo Censo Nacional, 1895.

22 *Ibidem*.

23 *Ibidem*.

24 *Ibidem*.

25 Primer Censo Nacional, 1869.

26 *Ibidem*.

27 Segundo Censo Nacional, 1895.

28 *Ibidem*.

29 Primer Censo Nacional, 1869.

30 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.

31 Primer Censo Nacional, 1969.

32 *Ibidem*.

33 Primer Censo Nacional, 1869.

34 Primer Censo Nacional, 1869.

35 Censo Provincia de Buenos Aires, 1881.

36 Adolfo Dorfman, *op. cit.*, pág. 103.

37 Citado por Dorfman, *op. cit.*, pág. 103.

38 Citado por Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino*, t. 1, Buenos Aires, Libera, 1976 (2ª ed.).

39 Giménez, Angel, *Páginas de historia del Movimiento Social en la República Argentina*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1927.

40 Ermolaiev, V., "Naissance du mouvement ouvrier" en *Recherches Internationales à la lumière du marxisme*, n° 32, París, julio-agosto, 1962, pág. 70.

41 *La Organización*, n° 11, noviembre de 1901, loc. cit.

42 La referencia está contenida en una carta de Raymond Wilmart a Karl Marx, fechada en Buenos Aires el 27 de mayo de 1873. El manuscrito se encuentra en el I.I.S.C. de Amsterdam. Correspondencia Karl Marx, D. 4604.

43 Los elementos mazzinistas y republicanos tuvieron una influencia importante durante todo el período. Véase, Grazia Doer, "Il mazzinianesimo nella storia degli italiani in Argentina" en *La democrazia italiana e l'emigrazione in America*, Brescia, Marcelliana, 1964.

44 Iparraguirre, Hilda, y Pianeto, Ofelia, *La organización de la clase obrera en Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, 1968, pág. 30.

45 Bartolomé Victory y Suárez, nació en Mahón, Baleares, el 2 de agosto de 1833. Desde joven ejerció el oficio de tipógrafo, militó en organizaciones obreras españolas y colaboró en algunos periódicos. También a esa época corresponde su adhesión a la masonería que mantuvo a lo largo de su vida. Su llegada a Argentina se produjo hacia 1860 donde ejerció también el oficio de tipógrafo, hasta que por razones de salud debió cambiarlo por el periodismo. En 1863 tuvo un papel decisivo en la aparición de *El Artesano* y en 1864 editó *El Comunismo* de Etienne Cabet en forma anotada y

comentada. En una de esas notas Victory y Suárez se autodefinía ideológicamente "No soy comunista, pero soy socialista; no soy partidario del sistema monacal, pero lo soy del otro". Según Diego Abad de Santillán, Victory y Suárez había recibido la influencia del socialismo humanitario del español Fernando Garrido cuyas obras había leído. Victory y Suárez participó en las actividades de la Sociedad Tipográfica Bonaerense y fue un elemento clave en el establecimiento de vinculaciones entre los tipógrafos argentinos y la sección barcelonesa de la AIT. Colaboró en el periódico *Anales de la sociedad de los tipógrafos*. Aparentemente no tuvo vínculos directos con las secciones argentinas de la Internacional, dedicándose fundamentalmente a la militancia en las logias masónicas. En 1874 fue publicado en Buenos Aires un folleto titulado *Rituales para los tres grados simbólicos compuestos en 1855 por el hermano B. Victory y Suárez*. Asimismo, en 1873 sus amigos editaron un volumen con escritos suyos sobre diversos temas bajo el título de *Cuestiones de interés público*. Entre 1863 y 1873 fue colaborador de *La República* de los hermanos Bilbao. Fue también director de *La Crónica del Progreso* y posteriormente de la *Revista masónica americana*. No obstante su desvinculación con la Internacional, escribió en esa última publicación un artículo en defensa de los once militantes internacionistas arrestados y torturados por la policía de Buenos Aires. Victory y Suárez permaneció ligado a la masonería hasta el fin de su vida, poniendo el eje de su propaganda, fundamentalmente, en la lucha anticlerical. Murió el 10 de mayo de 1897. Para una biografía de Victory y Suárez ver: Abad de Santillán, Diego, *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*, Buenos Aires, Argonauta, 1930; Giménez, Angel, *op. cit.*; Cúneo, Dardo, *El Primer periodismo obrero y socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945; y la reproducción de un artículo de Victory y Suárez en *La Federación*, Barcelona, n° 71, 25 de diciembre de 1870. Este artículo fue reproducido por nosotros en "Documentos para la historia de la Primera Internacional en el Río de la Plata" en *Apuntes*, año II, n° 2, enero-marzo 1980, Amsterdam.

<sup>46</sup> Citado por Dardo Cúneo, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>47</sup> Godio, Julio, *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.

<sup>48</sup> *El Artesano* apareció por primera vez el 1 de marzo de 1863 y se presentaba como *Semanario Enciclopédico*, proponiéndose abordar temas que iban en una amplia gama desde "artes, industria, economía", hasta "administración, higiene y demás conocimientos útiles".

La dirección fue ejercida por Bartolomé Victory y Suárez entre los N°s. 8 y 18. El periódico aparecía semanalmente y tras un corto ensayo de publicación bisemanal, desapareció a partir del N° 28, el 29 de julio de 1863. Colaboraron en sus páginas diversos intelectuales en su mayoría de orientación socialista o liberal, entre ellos: Amadeo Jacques, Alexis Peyret, Martín de Moussy, A. Estrada y Francisco Bilbao. Estas colaboraciones no indican que hubiera un verdadero núcleo de intelectuales detrás del periódico, sino que las colaboraciones se limitaban generalmente a autorizaciones para reproducir artículos. Ver el libro de Cúneo ya citado.

<sup>48bis</sup> En los primeros años editaron *El tipógrafo argentino*, reemplazado luego por *El Estímulo*. Posteriormente publicaron *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense* y *El Obrero Tipógrafo*.

<sup>49</sup> Jacob, Raúl, "Aux origines du mouvement syndical en Uruguay: Les mutuelles et la section régionales de l'AIT (1817-1880)", en *Le Mouvement Social*.

<sup>50</sup> Ferreira, Maria Nazareth, *A Imprensa Operaria no Brasil. 1880-1920*, Petropolis, Vozes, 1978, pág. 111.

<sup>51</sup> Segall, Marcelo, "En Amérique Latine. Developement du mouvement ouvrier et proscription", en *International Review of Social History*, Amsterdam, Núm. 17, 1972, pág. 355.

<sup>52</sup> *La Federación*, Barcelona, Núm. 71, 25 de diciembre de 1870.

<sup>53</sup> Citado por Sebastián Marotta, *op. cit.*, pág. 26.

<sup>54</sup> *La Federación*, Barcelona, Núm. 71, 25 de diciembre de 1870.

<sup>55</sup> *Ibidem*.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

<sup>57</sup> *Ibidem*.

<sup>58</sup> De este documento disponemos de dos versiones. La primera de ellas fue publicada por *La Federación* de Barcelona, en su N° 130 del 11 de febrero de 1872. La segunda aparece en el artículo "Labor de los tipógrafos de antaño" publicado en *El Obrero Gráfico*, Buenos Aires, marzo-abril 1914. Originalmente el discurso de Méndez fue publicado: *Memoria del Décimo Cuarto Directorio a la Asamblea General Presidencia de José María P. Méndez, 9 de julio de 1871*, Buenos Aires, imprenta del Orden, 1871.

<sup>59</sup> *Ibidem*.

<sup>60</sup> La carta plantea el establecimiento de relaciones regulares a través del canje de *Anales* y *La Federación*. En el párrafo final expresa: "Trabajamos sin descanso para que por medio de la igualdad económica, la enseñanza integral y la 'Libre Federación Universal' de libres asociaciones obreras, agrícolas e industriales, lle-

guen a ser una verdad en todas las tierras, los tres grandes temas de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Salud, trabajo y justicia". Es cierto, tal como lo sostuvo Max Nettlau, que en este párrafo hay una idea de inspiración bakuninista. No debe olvidarse que los militantes internacionalistas de Barcelona seguirán en su mayoría a la fracción anarquista en el momento de la escisión y en particular éste será el camino de *La Federación*. Pero, Max Nettlau que probablemente sólo había visto la versión del discurso de Méndez publicada por *La Federación*, creyó que el párrafo citado pertenecía al presidente de los tipógrafos argentinos.

<sup>61</sup> *El Obrero Gráfico*, Buenos Aires, marzo-abril, 1914.

<sup>62</sup> La cita pertenece a una carta enviada por Mora al Consejo General de Londres de la AIT, informando la existencia de relaciones con Buenos Aires, el 14 de diciembre de 1870. Manuscrito original en el IISG de Amsterdam. Fonds Jung 836.

<sup>63</sup> Carta de Mora ya citada. IISG Amsterdam. Fonds Jung 836.

<sup>64</sup> El 13 de enero de 1871 Engels en nombre del Consejo General de la AIT respondía al Consejo Federal Español, encomendándole que continuara las relaciones con Argentina y que informaran luego a Londres los resultados. Solicitaba también el envío de un ejemplar de *Anales*. Marx, Karl, Engels, Friedrich. *Materiales para la historia de América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975, pág. 315.

<sup>65</sup> Ingenieros, José, *Almanaque Socialista para 1899*, Buenos Aires, 1898.

<sup>66</sup> Se trata de una carta dirigida al Consejo General de Londres por E. Flaesch. Esa carta de fecha 1 de febrero, fue enviada y luego reproducida en copia fiel en otra carta de E. Flaesch a Londres del 16 de julio de 1872. Esto indica, que probablemente la primera versión no llegó a manos de sus destinatarios. Manuscrito en el IISG de Amsterdam, Fonds Jung 966.

<sup>67</sup> *Ibidem*. IISG Manuscrito del 10 de febrero de 1872. Fonds Jung 627.

<sup>68</sup> IISG Manuscrito del 14 de abril de 1872. Fonds Jung 627/2. E. Flaesch parece haber desempeñado un papel importante en el proceso de constitución de la sección francesa. Es él quien firma las tres cartas dirigidas al Consejo General, informando la organización de la AIT en Argentina. No tenemos ningún otro indicio sobre su actividad posterior. A pesar de su rol importante que lo llevaba a firmar —como hemos dicho— con el título de Fundador de la Internacional, es muy poco lo que sabemos de él. Todo indica que muy probablemente Flaesch sea un seudónimo. Los historia-

dores Marcelo Segall y Ermolaiev han escrito su apellido con una ortografía diferente. Así Ermolaiev lo llama *Flech* y Segall *Flesch*. Sin embargo, la firma Flaesch es visible en los tres manuscritos existentes en el IISG de Amsterdam. En cuanto a saber quién se ocultaba detrás del seudónimo de Flaesch continuamos aún en el terreno de las hipótesis. Marcelo Segall ha sostenido que se trataba de Emile Dumas, militante socialista francés que estuvo en Argentina y que participó en los acontecimientos de la llamada "revolución de 1890". Sin embargo, Emile Dumas nació el 18 de noviembre de 1873 y viajó a la Argentina recién cuando tenía dieciséis años, por lo tanto es físicamente imposible que sea él quien se ocultaba tras el seudónimo de E. Flaesch. Existe sin embargo otra hipótesis: que se trate de otro Emile Dumas, que se desempeñó como teniente en el batallón federado 118 durante la Comuna de París y que fue condenado por contumacia a la deportación en enero de 1873. Esta hipótesis estaría avalada por el hecho de que Carlos Rama menciona a Emil Dumas como director de *Le Laborateur* que habría sido el órgano de la sección francesa de la AIT en Buenos Aires. No obstante, por ahora sólo podemos admitirlo como hipótesis en tanto carecemos de otros datos sobre la vida de Emile Dumas desde su fuga de París después de la derrota de la Comuna. (Ver los artículos ya citados de V. Ermolaiev "Naissance du mouvement ouvrier" y "En Amérique Latine mouvement ouvrier et proscription" de Marcelo Segall. También Rama, Carlos M., *Mouvement Ouvriers et Socialistes (Chronologie et Biographie) L'Amérique Latine (1492-1936)*, París, Les Editions Ouvrières, 1959, y *Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français*, t. 5, París, Les Editions Ouvrières, 1968, y t. 13, París, Les Editions Ouvrières, 1975).

<sup>69</sup> IISG Manuscrito del 16 de julio de 1873. Fonds Jung 627/3.

<sup>70</sup> En el caso de A. Aubert como en el caso de E. Flaesch es probable que se trate también de un seudónimo. Max Nettlau ha sugerido que el verdadero nombre de Aubert podría ser Aubergne, uno de los once militantes internacionalistas detenidos por la policía en 1875. Sin embargo, no existe ningún indicio que pueda confirmar o desmentir esta hipótesis.

<sup>71</sup> Citado en Max Nettlau, "Más sobre la Internacional en Buenos Aires, algunas noticias de los años 1870 a 1873", *Suplemento Quincenal de La Protesta*, Núm. 276, enero 20 de 1928.

<sup>72</sup> Jacinto Oddone y Marcelo Segall, entre otros, autores hacen referencia a la sección de Córdoba. Sin em-

27

bargo en un reciente trabajo sobre la formación de la clase obrera cordobesa no se han encontrado nuevos datos sobre ella. Ver Jacinto Oddone, *Historia del Socialismo argentino*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1934; Marcelo Segall, loc. cit.; Hilda Iparraguirre y Ofelia Pianetto, op. cit.

<sup>73</sup> La mayoría de los autores hacen referencia a *El Trabajador* siguiendo la versión presentada por Victory y Suárez en un artículo publicado en la *Revista Masónica Americana* de 1875. Carlos Rama menciona *Le Laborateur* como órgano de la sección francesa, dirigido por Emile Dumas. Por su parte Leandro Gutiérrez cita además de *Le laborateur*, a *El Organizador* como "órgano de la Sección Internacional de Trabajadores". Ver Carlos Rama, *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et Bibliographie) L'Amérique Latine*, op. cit. y Leandro Gutiérrez, *Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera argentina*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, 1969.

<sup>74</sup> Carta de Wilmart a Marx del 27 de mayo de 1837. IISK, Amsterdam. Correspondencia Karl Marx, D. 4604.

<sup>75</sup> IISG Amsterdam. Fonds Jung 627.

<sup>76</sup> *Ibidem*.

<sup>77</sup> IISG, Amsterdam. Correspondencia a Karl Marx D. 4604.

<sup>78</sup> *Ibidem*.

<sup>79</sup> IISG. Amsterdam. Correspondencia a Karl Marx 116-15a.

<sup>80</sup> *Ibidem*.

<sup>81</sup> *Ibidem*.

<sup>82</sup> Chianelli, Delia Trinidad y Galmarini, Hugo Raúl, "¿Una conspiración comunista en 1875?", *Todo es historia*, Buenos Aires, Núm. 102, noviembre de 1975, pág. 57.

<sup>83</sup> Delia Trinidad Chianelli y Hugo Raúl Galmarini, loc. cit., pp. 55-59 y Fernando Gonzalo, "La Prehistoria del anarquismo en América", *La Revista Internacional Anarquista*, París, Núm. 2, 15 de diciembre de 1924.

<sup>84</sup> Chianelli y Galmarini, en el artículo ya citado, consignan que el diario *El Nacional*, en sus ediciones del 16 y 18 de marzo de 1875 publicó sendos artículos titulados "La Internacional entre nosotros" y "Más noticias sobre la Internacional". Por otra parte *La Nación*, titulaba el 17 de marzo: "La Internacional en Buenos Aires". (Véase, Delia Trinidad Chianelli y Raúl Hugo Galmarini, loc. cit., pág. 52.) Fernando Gonzalo reproduce algunos párrafos de un artículo publicado en esos días por *El Tribuno: La imaginación se*

*espanta ante el cuadro que habría presentado Buenos Aires si los bandidos no hubieran sido descubiertos.* Véase, Fernando Gonzalo, loc. cit., pág. 31.

<sup>85</sup> En esa oportunidad fueron encarcelados: Auberne (o Aubergne), Julio; Broubers, Enrique; Cug, Pablo; Deschamps, Ernesto; Dufour, Francisco; Dufour, José; Dubois (o Duboin), Julio; Job, Desiderio; Loumel, José; Millot, Mateo; Roca, Francisco. Tratándose en su mayoría de apellidos de origen francés, es evidente que los nombres han sido castellanizados como era costumbre en la época. Las versiones entre paréntesis corresponden a diferencias ortográficas existentes entre las diversas listas conocidas. Esta lista fue confeccionada sobre la base de diferentes versiones, algunas incompletas, dadas por varios autores. Véase Fernando Gonzalo, loc. cit., Marcelo Segall, loc. cit., y Faustino Jorge, "La Asociación Internacional de Trabajadores en la Argentina", *Argumentos*, Buenos Aires, Núm. 32, diciembre 1938.

<sup>86</sup> Fernando Gonzalo, loc. cit., pág. 31.

<sup>87</sup> Delia Trinidad Chianelli y Hugo Raúl Galmarini, loc. cit., pp. 67-69.

<sup>88</sup> *Ibidem*, pág. 59.

<sup>89</sup> Fernando Gonzalo, loc. cit. y Faustino Jorge, loc. cit.

<sup>90</sup> Citado en Faustino Jorge, loc. cit.

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> Quien más lejos ha ido en esta orientación ha sido Ermolaiev, seguido luego por varios autores argentinos. Ermolaiev parte de considerar que "la difusión de las ideas marxistas en América Latina y la creación de organizaciones obreras fueron el resultado de la evolución histórica interna de esos países y constituyen un fenómeno natural que se encuentra en todos los países del mundo donde se ha formado una nueva clase, la más progresista y la más revolucionaria de la sociedad contemporánea" ("Naissance du mouvement ouvrier", artículo citado, pág. 70). Así, convencido de que "la difusión de las ideas marxistas" es un producto "natural" y universal mecánicamente ligado al desarrollo capitalista, Ermolaiev se aboca a encontrar el correlato de ese proceso en América Latina. "Así, en Argentina —continúa Ermolaiev— donde la evolución capitalista había comenzado más temprano que en los otros países, el movimiento obrero allí adquirió más madurez correlativa. El terreno era aquí relativamente propicio para la penetración de las ideas marxistas a la cual contribuyeron los revolucionarios emigrados de Europa" (pág. 69). Así, a diferencia de otros países del continente donde subsistían secuelas del feudalismo o incluso del esclavitud

vismo, donde los marxistas debieron librar un combate más difícil contra las ideas pequeño-burguesas o el anarco-sindicalismo, en Argentina la difusión del marxismo se impuso tempranamente como un fenómeno natural. Ermolaiev al seguir ese razonamiento, ignora las características aún precapitalistas dominantes en la incipiente industria argentina de los años sesenta e incluso setenta y se ve obligado para mantener su tesis a convertir en "los primeros sindicatos a organizaciones que en su inmensa mayoría tenían rasgos predominantemente mutualistas. Recurriendo a artilugios y extrapolaciones de citas Ermolaiev arriba a la conclusión que "desde los años setenta fueron creadas en Argentina organizaciones de trabajadores que se pusieron a estudiar la literatura marxista" (pág. 71). Y finalmente este proceso "natural" culmina en la AIT: "Las organizaciones proletarias en Argentina ejercieron, desde esta época, una cierta influencia sobre el movimiento obrero y se afiliaron a la Primera Internacional" (pág. 71). La versión de Ermolaiev significa no solamente una deformación del desarrollo histórico argentino y del proceso de constitución del movimiento obrero, sino además, una versión groseramente mecanicista de la teoría marxista.

<sup>93</sup> Raymond Wilmart aparece como una de las figuras más activas de la AIT en Argentina. Wilmart nació en Bélgica el 11 de julio de 1850 y desde muy joven militó en las filas de la Internacional. Mantuvo una estrecha amistad personal y política con Paul Lafargue y por su intermedio entra en correspondencia con Marx. En 1871, después de la derrota de la Comuna, Wilmart se instala en Inglaterra, viviendo primero en Glasgow y luego en Manchester donde militó en una sección local de la Internacional. En una de sus cartas a Marx, Wilmart le manifiesta su voluntad de ser enviado a algún país donde pudiera desempeñar un papel de organizador. Frente al Congreso de La Haya de la Internacional de 1872, Wilmart ofrece ceder su carácter de delegado en favor de Lafargue, en caso que éste no consiguiera ninguna delegación. Finalmente Wilmart participa en el congreso en representación de la sección francesa de Burdeos y se desempeña como uno de los secretarios de la reunión, figurando en las actas bajo el pseudónimo de "Vilmot". Wilmart votó a favor de la expulsión de Bakunín y Guillaume, pero se pronuncia por el mantenimiento de la sede del Consejo General en Londres, posiciones que coinciden con las de Edouard Wailant y la de los blanquistas. En los primeros meses de 1873 Wilmart llega a Buenos Aires siendo portador de instrucciones y nuevas direcciones para los contactos

entre las secciones argentinas y la dirección de la rama de la Internacional dirigida por Marx y Engels. Asimismo, Wilmart es el encargado de presentar el informe sobre el Congreso de La Haya. Poco tiempo después de su arribo a Buenos Aires, Wilmart pasa a formar parte del Comité de Administración del periódico de la AIT en Argentina. En 1874 habría tenido participación importante en la formación de una nueva sección en Córdoba. En esta ciudad Wilmart cursa estudios de derecho y algún tiempo después abandona la militancia política, convirtiéndose en un conocido jurista del foro de Buenos Aires. Wilmart murió en Buenos Aires el 26 de octubre de 1937. Ver D.B.M.O.F., t. 9, *op. cit.*; *Diccionario Histórico Argentino*, R. Piccirilli, Director; Segall, Marcelo, *op. cit.*, e I.J.S.G. Correspondencia Wilmart-Marx.

<sup>94</sup> IISG. Amsterdam, Fonds Iung 966.

<sup>95</sup> Carta de Wilmart a Marx del 13 de mayo de 1873. IISG, Amsterdam, Correspondencia Karl Marx, 116-15a.

<sup>96</sup> Joseph Desiré Maxime Job, apodado "Le Mulâtre", nació en Saint Maximin-la-Sainte Baume en la región de Var, en Francia en 1829. Cocinero de profesión, militó en las filas de la Internacional y tuvo una importante participación en los acontecimientos de la Comuna de Marsella de 1871. Fue uno de los principales organizadores y agitadores de la insurrección y militaba en las filas blanquistas. En 1850 había sufrido su primera condena, esa vez de sólo un mes de prisión, por "gritos sediciosos". Después de su participación en la Comuna marsellesa, fue condenado por contumacia por un Consejo de Guerra, el 24 de enero de 1872, a la pena de muerte. Logrando escapar a la represión, Job llega a Buenos Aires a fines de 1871. La correspondencia de Flaesch y Wilmart con el Consejo de Londres y con Marx, respectivamente, muestran que tuvo una participación activa en la sección francesa de la Internacional en Buenos Aires, aunque ambos revelaban una cierta desconfianza hacia él, motivada probablemente en sus ideas blanquistas. En marzo de 1875 fue arrestado y torturado antes de ser liberado luego de un mes de prisión, junto a otros diez militantes. (Ver D.B.M.O.F., *op. cit.*, y Olivesi, A., *La Commune de 1871 à Marseille et ses origines*, París, 1950.

<sup>97</sup> Carta citada, IISG Amsterdam, Correspondencia Karl Marx 116-115 a.

<sup>98</sup> Carta de Wilmart a Marx del 27 de mayo de 1873. IISG Amsterdam, Correspondencia Karl Marx D. 4604.

<sup>99</sup> Carta de Wilmart a Marx, ya citada. Correspondencia Karl Marx D. 4604. IISG Amsterdam.

100 Carta citada. Correspondencia Karl Marx 116-15a. IISG Amsterdam.

101 Valades, José C., "Documentos para la historia del anarquismo en América", en *Certamen Internacional de La Protesta*, Buenos Aires, 1927, pág. 84.

102 *Ibidem*.

103 *Ibidem*.

104 *Ibidem*.

105 Haupt, Georges, *L'historien et le mouvement social*, París, Máspero, 1980. Capítulo 3, "De Marx au marxisme", págs. 77-107.

106 Según un párrafo de una carta enviada por Engels a Sorge, el 26 de julio de 1873, aquél envió a Buenos Aires ejemplares de las resoluciones del Congreso de La Haya (ver Marx, Karl, y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, México, Cuadernos del Pasado y Presente, 1975, pág. 317). Por su parte, Ermolaiev sostiene que Engels envió a Buenos Aires el 31 de julio de 1871 una carta haciendo un informe de la reunión del Consejo General, del 30 de mayo de 1871, que había sido dedicado al análisis de la Comuna y en cuyo transcurso se había adoptado el texto de Marx *La guerra civil en Francia*. Ermolaiev se equivoca al afirmar que la carta del 31 de julio de 1871 y que sólo llegó a manos de A. Aubert el 5 de enero de 1873, había sido enviada por Engels. En realidad tal como se desprende de la carta dirigida por Aubert desde Buenos Aires a Larroque que residía en España y que actuaba como intermediario de Engels y del Consejo General en la correspondencia con Buenos Aires, fue Larroque quien redactó la carta del 31 de julio de 1871. El error de Ermolaiev se origina en el hecho de que él sitúa a Larroque como residiendo en Buenos Aires en esos años y militando en la AIT argentina, cuando en realidad él se encontraba en San Sebastián en España. Sin embargo, no es descartable que aunque redactada y enviada por Larroque —que a veces también figura bajo el nombre de Latraque— la carta del 31 de julio de 1871, contuviera efectivamente un informe de Engels sobre la reunión del Consejo General del 31 de julio de 1871. (Ver Ermolaiev, V., *op. cit.*, pág. 71, y también carta de A. Aubert a Larroque del 23 de marzo de 1873. De esta carta puede consultarse la versión española reproducida por Marx Nettlau en "La Internacional en Buenos Aires en 1872-73", artículo publicado en *La Protesta Suplemento Semanal*, 15 de noviembre de 1926. Los originales manuscritos en francés se encuentran en el IISG de Amsterdam Fonds Jung 423. De esta carta existe una fotocopia en el IISG

de una segunda versión, que es la copia fiel realizada por Larroque y enviada a Engels. (Ver IISG Fonds Jung/Larroque-Latraque 3271/3274.)

107 IISG. Correspondencia Karl Marx-R. Wilmart D. 4604.

108 Max, Nettlau, "Más sobre los orígenes de la Internacional en Buenos Aires. Documentos nuevos e inéditos", loc. cit., pág. 54.

109 *Ibidem*.

110 *Ibidem*, pág. 523.

111 D.B.M.O.F., t. 8.

112 *La Première Internationale* (introducción de Cristian Labrande), París, 10/18, 1976, págs. 286-87.

113 IISG, Amsterdam, Fonds Jung 627/2.

114 Carta citada de A. Aubert. IISG. Fonds Jung 423.

115 Correspondencia Karl Marx D. 4604. IISG Amsterdam.

116 *Extracto Estadístico de la República Argentina*, 1915.

117 *Ibidem*.

118 Berne, Pierre, *L'immigration européenne en Argentine*, París, Jouve, 1915, pág. 62.

119 *La Nación*, 5 de agosto de 1887.

120 *La Nación*, 2 de setiembre de 1887.

121 Citado por G. Cauderlier, *La vérité sur l'emigration des travailleurs et des capitaux belges dans la République Argentine*, Bruxelles, 1889, pág. 33.

122 Segundo Censo Nacional, 1895.

123 *Ibidem*.

124 Segundo Censo Nacional, 1895.

125 *Ibidem*.

126 *Ibidem*.

127 *Ibidem*.

128 *Ibidem*.

129 *Extracto Estadístico de la República Argentina*, 1915.

130 Segundo Censo Nacional, 1895.

131 *Ibidem*.

132 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887 y Segundo Censo Nacional, 1895.

133 Segundo Censo Nacional, 1895.

134 *Ibidem*.

135 *Ibidem*.

136 *Ibidem*.

137 Segundo Censo Nacional, 1895.

138 *Ibidem*.

139 *Ibidem*.

140 *Ibidem*.

141 *Ibidem*.

142 *Ibidem*.

143 *Ibidem*.

- 144 Ibidem.  
 145 Ibidem.  
 146 Ibidem.  
 147 Boletines especiales de industria. Segundo Censo Nacional, 1895.  
 148 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 149 *La Prensa*, 7 de octubre de 1884.  
 150 Adolfo Dorfman, op. cit., pág. 103.  
 151 Censo Provincial de Santa Fe, 1887; Primer Censo  
 152 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 153 Ibidem.  
 154 Ibidem.  
 155 Extracto Estadístico de la República Argentina, 1915.  
 156 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 157 Ibidem.  
 158 Ibidem.  
 159 Ibidem.  
 160 Ibidem.  
 161 Ibidem.  
 162 Ibidem.  
 163 Censos Nacionales de 1869 y 1895 y Censo Municipal de Buenos Aires de 1887.  
 164 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.  
 165 Censos Nacionales de 1869 y 1895 y Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.  
 166 Ibidem.  
 167 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 168 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.  
 169 Ibidem.  
 170 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 171 Censo Municipal de Buenos Aires, 1887.  
 172 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 173 Adolfo Dorfman, op. cit., págs. 200 y 203.  
 174 Segundo Censo Nacional, 1895.  
 175 Ibidem.  
 176 Bourde, Guy, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine*, París, Aubier-Montaigne, 1974.  
 177 Dorfman, Adolfo, op. cit.  
 178 *La Unión Gremial*, 31 de octubre de 1895.  
 179 *El Obrero*, 24 de enero de 1891.  
 180 Dorfman, Adolfo, op. cit., pág. 105.  
 181 *La Nación*, 24 de agosto de 1887.  
 182 Citado por Jacinto Oddone, *Historia del Socialismo Argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, t. II, pág. 188.  
 183 Buchanan, William I., "La moneda y la vida en la República Argentina", *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año 1, tomo II Buenos Aires 1898.

184 Esta tesis es sostenida también por José Panettieri, en uno de los trabajos más completos que se han hecho sobre el período, *Los trabajadores en la época de la inmigración masiva, 1870-1910*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1966.

185 Cortés Conde, Roberto, *Tendencias en la evolución de los salarios reales en Argentina, 1880-1910. Resultados preliminares*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1975.

186 *Notice sur les conditions et formalités de l'émigration pour la République Argentine et tableau officiel des salaires*, París, 1888.

187 Kühn, Augusto, loc. cit.

188 Ver, por ejemplo, "El Partido Socialista y la Cuestión Monetaria", *La Vanguardia*, 23 de setiembre de 1899.

189 Lallemand, Germán Ave, en *Die neue Zeit*, t. 1, 1895-1896, reproducido por Leonardo Paso, *La Clase Obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de artículos de Germán Ave Lallemand*, Buenos Aires, Anteo, 1974, pág. 164.

190 Ibidem.

191 Gache, Samuel, *Les logements ouvriers à Buenos Aires*, París, G. Steinheil, 1900, págs. 62-63.

192 Lallemand, Germán Ave, loc. cit.

193 *La Voz de la Iglesia*, 3 y 21 de junio de 1893, citado por Hobart Spelding, *La clase trabajadora argentina. Documentos para su historia. 1890-1912*, Buenos Aires, Galerna, 1970, pág. 462.

194 Bourdé, Guy, op. cit., pág. 234.

195 Uno de los relatos más conocidos y más vivos sobre las peripecias de un inmigrante en el interior se encuentra en la carta dirigida al periódico *El Obrero* del 26 de setiembre de 1891 por el obrero José Wanza. Aparte de numerosos testimonios de viajeros extranjeros, es también interesante el relato del obrero francés Norbert Truquin, en *Mémoires et aventures d'un prolétaire à travers la révolution*, París, François Maspero, 1977.

196 Para las condiciones de trabajo y de vida de los obreros rurales a fines de siglo en el interior, ver Biallet Massé, Juan, *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*, Buenos Aires, A. Gran, 1904, 2 vols.; Julio Mafud, op. cit., y los artículos ya citados de Germán Ave Lallemand en Leonardo Paso, *La clase obrera...*, ed. cit.

197 Gonzalo, Fernando, loc. cit., pág. 31.

198 Véase Rätzer, José, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

199 Gonzalo, Fernando, loc. cit., pág. 31.

(29)

200 Marotta, Sebastián, *op. cit.*, pág. 31.

201 Julio Godio, *op. cit.*, pág. 59.

202 Para los conflictos de este período ver Sebastián Marotta, *op. cit.*; Jacinto Oddone, *Gremialismo Proletario Argentino*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1949, *La Organización*, 1901 y *La Prensa y La Nación* de esos años. En 1887, en noviembre, se produjo también una huelga de horneros en La Plata, dirigida por el Centro Unión de Horneros contra una ordenanza municipal que disminuía a la mitad la cantidad de ladrillos que podía transportar cada carro. Aparentemente esta huelga habría sido impulsada también por los patrones, aunque no se tienen mayores detalles sobre ella. A propósito de esta huelga véase *La Nación*, 10 de noviembre de 1887.

203 *Ibidem.*

204 Las Sociedades de Resistencia fundadas entre 1880 y 1887 fueron:

1880 — Sociedad de Dependientes de Comercio

— Corporación de Mozoc de Hoteles

1881 — Unión de Obreros Panaderos

— Sociedad de Obreros Molineros

1882 — Unión de Oficiales Albañiles

— Unión de Oficiales Yeseros

1883 — Sociedad de Obreros Tapiceros

— Sociedad de Prácticos

— Sociedad de Mayorales y Cocheros de Tranvías

— Sociedad de Resistencia de Obreros Marmoleros

1885 — Sociedad Internacional de Carpinteros

1886 — Sociedad de Oficiales Sombrereros

1887 — Sociedad de Cocineros y Empleados de Hoteles

— Sociedad de Ayuda Mutua entre Maquinistas y

Fogoneros de Locomotoras "La Fraternidad"

— Sociedad de Resistencia y Colocación de Obre-  
ros Panaderos

Fuente: Sebastián Marotta, *op. cit.*, Jacinto Oddone, *Gremialismo...*, ed. cit., *La Nación*, *La Prensa*, *La Organización*, *El Obrero Panadero*.

205 *La Nación*, 9 de noviembre de 1887.

206 Las cifras de huelgas para todo el período tienen solamente un valor indicativo. Esto es particularmente cierto hasta mediados de la década del noventa. Un estudio realmente exhaustivo del movimiento huelguístico, incluso hasta 1907 fecha en que aparecen los primeros datos oficiales, queda aún por hacer. Sin embargo, esta tarea está dificultada, particularmente en las épocas más lejanas por la escasez de las fuentes. Las informaciones que hemos utilizado sobre las huelgas de 1888 a 1890, provienen de las mismas fuentes que las huelgas precedentes.

207 Julio Godio, *op. cit.*, pág. 76.

208 *La Unión Industrial Argentina, Reseña Histórica*, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910.

209 Citado por Adolfo Dorfman, *op. cit.*, pág. 253.

210 Sebastián Marotta, *op. cit.*, pp. 68-71.

211 *La Protesta Humana*, 6 de agosto de 1899.

212 *La Vanguardia*, 15 de julio de 1899.

213 Adolfo Dorfman, *op. cit.*, pág. 129.

214 *El Obrero*, 24 de enero de 1891.

215 Un balance de la actividad del Comité Internacional Obrero puede verse en el periódico *El Obrero* del 9 de enero de 1891. El presidente del C.O.I., José Wini-ger y la mayoría de los vicepresidentes y secretarios eran militantes del Vorwärts. Mayores datos sobre este organismo pueden verse en Sebastián Marotta, *op. cit.*; Jacinto Oddone, *Historia del Socialismo...*, ed. cit. y en la serie de artículos de Augusto Kühn aparecidos en los números 3, 4 y 5 de *Tiempos Nuevos*, del 3 y 17 de junio y 1 de julio de 1916, titulados "Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina".

216 *El Obrero*, 9 de enero de 1891.

217 Se trata de los miembros del Círculo Socialista Internacional, organismo de inspiración anarquista. De los oradores del 1º de Mayo, por lo menos Rabassa, Razzini y Bertani eran anarquistas.

218 Asistieron al congreso delegados de los carpinteros, ebanistas, tipógrafos alemanes, panaderos y oficios varios de la Capital y secciones varias de Santa Fe, Chascomús y la Capital. Los panaderos de inspiración anarquista se retiraron del congreso. Integraron el Comité Federal, Bagés, Girbau, Carreté, Capyruzan, Hummel, Kühn, Perera, Rosa, Schulze, como titulares y como suplentes Mauli y Rodríguez Palancas. La mayoría de ellos era de militancia socialista.

219 *El Obrero*, 12 de febrero de 1893.

220 *Ibidem.*

221 *Ibidem.*

222 *El Obrero*, 8 de abril de 1893.

223 Participaron en la reunión delegados de las sociedades de pintores, albañiles, yeseros, talabarteros, escultores, herreros y mecánicos, hojalateros, mayorales y cocheros de tranvías, tipógrafos y panaderos. Aunque no todas ellas se incorporaron después a la federación. El Consejo Directivo recién pudo ser constituido en enero de 1895 y lo formaban Manuel García, Gerardo Sannemetro, Adán Dombrowsky y José Martínez.

224 *La Vanguardia*, 23 de julio de 1894.

225 *El Perseguido*, 20 de setiembre de 1890.

226 *El Obrero*, 13 de febrero de 1892.

227 *El Obrero*, 13 de febrero de 1892.

228 *La Unión Gremial*, "Órgano de las Sociedades de Resistencia". Apareció en abril de 1895 y se continuó editando hasta fines de 1896. Al comienzo era publicado por las sociedades de Albañiles, Herreros-Mecánicos, Yeros, Tabaqueros y Marmoleros. A partir del número 2 del 18 de abril de 1895 se agregaron los pintores y sastres. Desde el número 6 del 20 de junio de 1895 se retiraron los Herreros y Mecánicos. Fue uno de los primeros y más importantes periódicos sindicales de la época.

229 *La Unión Gremial*, 6 de junio de 1895.

230 *La Unión Gremial*, 4 de abril de 1895.

231 *L'Avvenire*, 22 de agosto de 1896.

232 El original de este texto se encuentra en el "Dossier Max Nettlau" del I.I.S.G. de Amsterdam.

233 *La Unión Gremial*, 12 de julio de 1896.

234 *La Protesta Humana*, 18 de agosto de 1897.

235 *La Protesta Humana*, 1 de octubre de 1897.

236 *Ibidem*.

237 Ver "Desorganización Gremial", *La Vanguardia*, 16 de setiembre de 1899, y "Teoría y Práctica", *La Protesta Humana*, 29 de octubre de 1899.

238 La lista de organizaciones existentes en Buenos Aires era publicada en las páginas de *La Unión Gremial*.

239 *Dictionnaire Biographique Mouvement Ouvrier Français*, op. cit., t. 8.

240 Cúneo, Dardo, *El primer periodismo obrero y socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945, pág. 26.

241 Cúneo, Dardo, "Un periódico socialista en 1879", *Revista Socialista*, año VIII, Buenos Aires, setiembre de 1937, pág. 198.

242 Para mayores detalles sobre la prensa de la época ver nuestro trabajo *Bibliografía para el estudio del movimiento obrero argentino en el siglo XIX*, París, Documento de Trabajo GEHSAL, 1981 (mimeog.).

243 Max Nettlau, "Contribución...", ed. cit., pág. 9.

244 Gonzalo, Fernando, loc. cit., págs. 31-32.

245 Para la prensa anarquista en la década del ochenta ver Abad de Santillán, Diego, "Bibliografía anarquista argentina", *Timón*, Barcelona, setiembre de 1938.

246 *La Protesta*, 10 de setiembre de 1909. El grupo estaba integrado por obreros italianos, entre ellos el panadero Marino Garbaccio, que murió en 1885, el ebanista Miguel Fazzi, el grabador Washington Marzorati y otros 14 militantes. El grupo tenía por propósitos discutir "la cuestión social" en reuniones públicas y hacer propaganda mediante la distribución de *La Ques-*

*tione Sociale*, que Malatesta editaba en Italia, *Il Paria* de ese mismo país y *La Révolte* de París.

247 Ettore (o Héctor) Mattei nació en Livorno, Italia, en 1851 y murió en Buenos Aires el 8 de junio de 1915. Luego de militar en la fracción libertaria de la AIT, debió emigrar, pasando por Barcelona y Marsella, para llegar a Buenos Aires a principios de la década del ochenta. Allí trabajó como tenedor de libros, participó en el Círculo Comunista-Anárquico y en 1887 dirigió *Il Socialista*, "Órgano dei Lavoratori". Desempeñó un papel importante en la constitución de la Sociedad de Resistencia de los panaderos, de la cual fue secretario gerente y redactor jefe de *El Obrero Panadero*. En 1897 fue uno de los impulsores de la creación de un Círculo Internacional de Estudios Sociales y de una Casa del Pueblo. Fue delegado de los dos primeros congresos de la Federación Obrera Argentina en 1901 y 1902 y miembro del Comité Administrativo de la Federación.

248 Luego de su huida de la cárcel de Florencia, Malatesta llegó a Buenos Aires acompañado por Francesco Pezzi, su esposa Luisa Minguzzi de Pezzi, Galileo Palla y Cesare Agostinelli. El matrimonio Pezzi colaboró directamente con Malatesta en la publicación de *La Question Sociale*. Durante su estadía en Argentina, Palla se vio implicado en una tentativa de fraude bancario, en la cual por extensión se pretendió envolver también a Malatesta. Palla fue liberado de la acusación, sin que ninguno de los dos hubiera tenido relación directa con el hecho. Después de unos meses en Buenos Aires, Malatesta y sus compañeros hicieron un viaje por la Patagonia, para volver luego a la Capital. Las andanzas del grupo se explicarían por el hecho de que uno de los propósitos del viaje a la Argentina habría sido conseguir fondos para financiar sus actividades en Europa. Ver Zaragoza Ruvira, Gonzalo, "Enrico Malatesta y el anarquismo argentino", *Historiografía y Bibliografía Americanista*, vol. XVI, n° 3, 1972.

249 Algunos datos aislados permiten suponer la existencia de algún tipo de diferencias políticas entre Malatesta y Mattei. En el número 6 del 28 de agosto de 1887 de *Il Socialista*, de Mattei, puede leerse en respuesta a un lector: *L'amico Err... Ma... non collabora nel Socialista*. Sin embargo ambos participaron en la organización del sindicato de panaderos, del cual Malatesta fue redactor de sus estatutos. También desempeñó un papel importante Francesco Momo, obrero panadero italiano que había nacido en Livorno, como Mattei, en 1863 y vivió en Buenos Aires entre diciembre de 1885 y abril de 1892. Perteneció al Círculo Co-

munista Anárquico y colaboró en *Il Socialista* y *La Miseria*. Murió en Barcelona el 13 de marzo de 1893, cuando estalló accidentalmente una bomba "Orsini" que estaba preparando. Ver *Lavoriamo*, 1 de julio de 1893.

<sup>250</sup> En el grupo español actuaban Francisco Morales, Feliciano Rey, Gabriel Abad que sería después un conocido militante socialista y Zacarías Ravassa, más tarde una importante figura del anarquismo. El otro grupo estaba formado por franceses y belgas. Los más conocidos eran: Emile Piette, propietario de la "Librairie Internationale" que era un centro de propaganda anarquista, y otro belga, Gerard Gérombou, quien entre 1884 y 1885 intentó sin éxito crear una colonia anarquista en la provincia de Buenos Aires. Entre los franceses, estaba Jean Roux, apodado "El Marsellés" y que había sido en París dirigente del gremio de zapateros. Ver Zaragoza Ruvira, Gonzalo, loc. cit.

<sup>251</sup> *Lavoriamo*, 1 de julio de 1893; Diego Abad de Santillán, "Bibliografía...", ed. cit.; Gonzalo Zaragoza Ruvira, loc. cit.

<sup>252</sup> La iniciativa había surgido en el transcurso de una reunión preliminar realizada a fines de diciembre de 1881 y que fuera convocada por el socialista alemán Karl Mücke, que había llegado a Buenos Aires en 1880. La redacción de los estatutos fue encomendada a Teodoro Weber en la reunión del 1 de enero de 1882. En una asamblea posterior la asociación quedó definitivamente constituida, siendo elegidos en puestos directivos: Augusto Latzke, presidente, y Carlos Mücke, secretario. Firmaron también el acta Juan Luther, Guillermo Luther, A. Liedke, A. Nocke, C. Schulz, Schroeder, A. Thiel, A. Volkmann, Federico Weiss y Gustavo Weiss. Ver Jacinto Oddone, *Historia...*, ed. cit., pág. 196. Otros militantes del Vorwärts fueron A. Uhle, que dirigió el periódico hacia fines del ochenta y fue miembro del Comité Obrero Internacional en 1890; Augusto Khün, que también formó parte del COI y continuó luego en el Partido Socialista hasta pasar posteriormente al comunismo; Juan Schaffer, que fue después dirigente del Partido Socialista, y José Winiger, probablemente la figura más destacada del Vorwärts, suizo-alemán, intelectual, que militó luego en Brasil. Otros militantes fueron N. Franck, M. Jackel, G. Hummel y G. Müller.

<sup>253</sup> El texto del *Statuten des Vereins "Vorwärts" in Buenos Aires, Gagründet im Januar 1882*, Buenos Aires, 1886, decía: *La asociación tiene los siguientes propósitos: a) Actuar en este país por los principios y fines del socialismo de acuerdo con el programa del Partido Socialista de los Trabajadores Alemanes a través de la propaganda y continuar la formación de sus*

*miembros en el espíritu de la política social. b) El apoyo a los compañeros que luchan en Alemania, sin embargo, en caso de urgencia, también deben ser apoyados los compañeros de otras naciones. c) Asistir a través de consejos o acciones a los compañeros que lleguen aquí, siempre y cuando puedan probar su calidad de tales y en la medida que la capacidad de la Asociación se lo permita. d) Organizar entretenimientos colectivos.*

<sup>254</sup> En la contratapa de todos los números del *Vorwärts* figuraba el lema "*Sammelpunkt der freisinnigen Deutschen in Buenos Aires*". Un estudio detallado del contenido del periódico y de otros materiales de la asociación puede verse en el artículo de Jan Klima, "La Asociación Bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado", *Ibero-Americana Pragensia*, año VIII, 1974.

<sup>255</sup> "Memoria de la Federación Obrera al Congreso Socialista Obrero de Bruselas", *El Obrero*, 28 de setiembre de 1891, y Georges Haupt, *La Deuxième Internationale 1889-1914, Etude critique des sources. Essai bibliographique*, Paris, Mouton, 1964.

<sup>256</sup> Kühn, Augusto, loc. cit.

<sup>257</sup> Rätzer, José, *op. cit.*, pág. 165.

<sup>258</sup> Lallemand nació en 1835 o en 1836 en Lübeck, Alemania. Ingeniero especializado en minas, llegó a la Argentina en 1868. Trabajó en la provincia de San Luis, donde realizó estudios de minería y fue profesor de la Escuela Normal. En la década del ochenta comenzó a colaborar en *Die Neue Zeit*, órgano de los socialistas alemanes. En Argentina colaboró en *Vorwärts*, *El Obrero*, *El socialista* y *La Vanguardia* entre otras publicaciones. Fue candidato a diputado por el Partido Socialista en 1896 y militó también en las filas de la Unión Cívica Radical en San Luis. Murió en esa provincia el 2 de setiembre de 1910. Ver José Rätzer, *op. cit.*, y Leonardo Paso, *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1974.

<sup>259</sup> *El Obrero*, 12 de diciembre de 1890.

<sup>260</sup> *Ibidem*.

<sup>261</sup> *El Obrero*, 9 de enero de 1891.

<sup>262</sup> Poco después de la desaparición de *El Obrero*, el periódico reaparece en febrero de 1893, bajo la dirección de Esteban Giménez (o Jiménez) activo militante socialista de la época, de origen andaluz, y de Gustavo Nocke, una de las principales figuras del *Vorwärts*. En su segunda época *El Obrero* sigue reivindicando la Federación Obrera, cuyos principios publica y ratifica en su edición del 8 de abril de 1893. El periódico sostiene una polémica, no muy explícita, con los redactores de *El Socialista*. El punto principal de divergencia fue la

decisión de los miembros de la Sección Varia de disolverse y aparentemente de utilizar para fines de acción política dinero destinado para la Federación Obrera. En sendas cartas publicadas en *El Obrero* del 4 de abril de 1893, Giménez y Nocke deslindan sus responsabilidades frente a los hechos mencionados y critican al otro sector. Por su parte los que decretan la disolución de la Sección Varia y fundan la Agrupación Socialista publican también en 1893, durante poco tiempo, *El Socialista*, que se reivindicaba órgano del Partido Socialista Obrero. Sus animadores fueron, entre otros, Carlos Maulí, Domingo Risso, Augusto Khün, Mariano García, Gotardo Hummel e Isidro Salomón. La disolución de la Sección Varia y la constitución de la Agrupación Socialista, fue decidida en una reunión del 14 de diciembre de 1892. Germán Ave Lallemand colaboró también en algunos números de *El Socialista*.

<sup>263</sup> El grupo Les Egaux se constituye en 1891 y poco después publica el periódico *L'Egalité*. Después, en 1894, Achille Cambier dirigirá *L'Avenir Social*. Algunos de los militantes más conocidos del grupo fueron Georges Ballet, Henri Thull, Achille Cambier, Emile Dumas, Adán Dombrowsky, Hyppolite Curet, N. Fourquet, N. Lemmonier, Leorillu, Saupiche, Vatar y Carlos Nauli, que aunque era austró-italiano de origen estaba casado con una francesa. El Fascio dei Lavoratori surge en 1892. Entre sus militantes figuraban Carlos y Eneas Arienti y Francisco Dagnino, antes militante de los mazzinistas de *L'Amico del Popolo*. El Centro Socialista Universitario se constituye en 1894. Fueron sus principales animadores, José Ingenieros, Nicanor Sarmiento y Angel Giménez.

<sup>264</sup> *La Vanguardia*, 11 de agosto de 1894.

<sup>265</sup> *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1894.

<sup>266</sup> Una visión más amplia de las características doctrinarias de estas diversas corrientes anarquistas puede verse en Max Nettlau, *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, Holland, D. Riedel, en Isaac Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno, 1978, y en Diego Abad de Santillán, *El anarquismo...*, ed. cit.

<sup>267</sup> *El Perseguido* nació el 18 de mayo de 1890, época en la que se registra una profusión de grupos anarquistas en la Capital y en el interior. El manifiesto inicial del periódico, publicado en castellano, francés e italiano, fue redactado por Rafael Roca. Otros colaboradores fueron Pierre Quiroule, Beltrán Orsini, M. y J. Reguera, Fortunato Serantoni, Inglán Lafarga, Bruno Salbans, Cenambride, Ragazzini y Jean Reaux. El periódico llegó a tener una tirada de aproximadamente cuatro

mil ejemplares. Reivindicaba calurosamente los atentados terroristas anarquistas en Europa y polemizaba con "los falsos anarquistas" que no los aprobaban y con los socialistas. Se editó con cierta regularidad hasta su desaparición en 1895.

Otros periódicos anti-organizadores de la época fueron *La Liberté* y *Le Cyclone*, en francés; *Germinal*, *La Miseria*, *La Revolución Social*, *La Riscossa* en italiano y a partir de 1898 *El Rebelde*. Ver nuestro trabajo ya citado *Bibliografía...*, ed. cit., y Isaac Oved, *op. cit.*

<sup>268</sup> Véase "Sociedades de Resistencia", *El Perseguido*, 25 de noviembre de 1890 y 7 de diciembre de 1890, "Las huelgas", *El Perseguido*, 25 de setiembre de 1892 y "Los gremios", *El Perseguido* 23 de octubre de 1892.

<sup>269</sup> Un exhaustivo estudio sobre las corrientes pro-terroristas del anarquismo argentino puede verse en el trabajo de Rubén Eduardo Bitloch, *La Theorie de la Violence dans l'anarchisme argentin*. VRTJ-VTVJ. Mémoire de Diplôme de l'EHESS, París, 1982.

<sup>270</sup> En 1894 apareció en Luján, provincia de Buenos Aires, *El Oprimido*, que a partir de 1895 se trasladó a Buenos Aires y poco después dejará de salir para sumarse sus redactores al esfuerzo de *La Protesta Humana*. El director de *El Oprimido*, John Creaghe, había llegado a Buenos Aires en los años ochenta. Había sido militante anarquista en Inglaterra, donde publicó *Tre Sheffield Anarchist*. Después de disuelto *El Oprimido* se incorporó a *La Protesta Humana*, de la cual sería su director a principios del siglo XX. Luego de ser una importante figura del anarquismo argentino, participó también en la Revolución Mexicana. Creaghe fue uno de los primeros anarquistas organizadores en Argentina. *El Oprimido* polemizaba con *El Perseguido* y otros órganos anti-organizadores, defendiendo las huelgas y la militancia en las organizaciones obreras. Ver "Autoridad y Organización", *El Oprimido*, 12 de abril de 1896 y "Movimiento Social", *El Oprimido*, 20 de setiembre de 1896.

También en Rosario preconizaba la lucha de clases el Grupo Ciencia y Progreso, que editaba *La Verdad* y que estaba organizado alrededor del médico E. Arana. También aunque con algunas reservas el periódico en lengua italiana *L'Avvenire* impulsaba en 1896 la huelga general. En 1897 formulará una autocritica y preconizará con mayor vehemencia la participación en las sociedades de resistencia. Otro periódico pro-organización fue *Ciencia Social*, dirigida por Fortunato Serantoni, que aparecía mensualmente en 1897. También desde algunos años antes *El Obrero Panadero* sostenía principios similares.

31

Un paso fundamental en el fortalecimiento de los anarquistas partidarios de la organización, fue la aparición en junio de 1897 de *La Protesta Humana*, que continuado más adelante por *La Protesta* sería el periódico más importante de toda la historia del anarquismo argentino. Sus primeros directores fueron Gregorio Inglán Lafarga y Félix Basterra. En su edición del 1 de octubre de 1897, *La Protesta Humana* reivindica la necesidad de la lucha por mejoras parciales, delimitándose de los anti-organizadores, pero también de los socialistas. Combatía también el terrorismo, pero de manera más ambigua, sosteniendo que las causas últimas estaban en la existencia del Estado y del capitalismo.

El 26 de diciembre de 1898 varios grupos organizadores de Buenos Aires, celebraron un Pacto de Alianza que fue la base para la constitución de la Federación Libertaria. Ver *La Protesta Humana*, 15. de enero de 1899.

La llegada a Buenos Aires, del anarquista italiano Gastón Gori tuvo una particular importancia en el afianzamiento de la tendencia anarquista organizadora.

<sup>271</sup> El primer congreso tuvo lugar el 28 de junio de 1896 y aprobó un programa mínimo, una declaración y los estatutos. El programa mínimo recogía la mayoría de las propuestas democráticas, sociales y económicas ya contenidas en anteriores programas socialistas. Uno de los principales debates se dio en torno al párrafo final de la declaración de principios. La moción original presentada por Justo decía: *Que éste es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen* (*La Vanguardia*, 28 de junio de 1906). Una enmienda presentada por varios delegados, entre ellos Lugones e Ingenieros y finalmente aprobada, también coincidía con la acción política como "camino" fundamental, pero precisaba: *Que por este camino el proletariado podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase, que le servirá para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente* (*La Vanguardia*, 1 de agosto de 1896). Es decir, que en la enmienda el recurso a "otro medio" no aparecía como una posibilidad solamente sino como algo ineluctable.

Un segundo debate importante tuvo lugar alrededor del artículo 8 de los estatutos. El proyecto original establecía la posibilidad de efectuar alianzas electorales siempre que se mantuviera el programa del Partido,

*La Vanguardia*, 1 de agosto de 1926. Otra moción de varios delegados entre los cuales figuraban nuevamente Lugones e Ingenieros proponía: *Serán excluidos del Partido las colectividades e individuos que hagan pactos o alianzas con los partidos burgueses o con sus candidatos* (*La Vanguardia*, 1 de agosto de 1896). También en este punto Juan B. Justo sería derrotado. Justo no aceptaría en este congreso ningún cargo electivo. Aunque Ingenieros y Lugones figuraban entre los proponentes de las dos mociones, no puede hablarse propiamente de una tendencia, porque entre el resto de los que avalaron las dos enmiendas, no todos tuvieron en los dos casos una posición enfrentada con la de Justo.

<sup>272</sup> *La Montaña*, subtítulo "Periódico Socialista Revolucionario", apareció en doce números quincenales entre el 1 de abril y setiembre de 1897. Sus directores y principales redactores fueron José Ingenieros y Leopoldo Lugones. No obstante el tono intelectual del periódico y de la publicación de artículos de corte teórico y de reproducciones de textos de ideólogos socialistas europeos, era también un instrumento de lucha interna y denuncia política. En el número inicial del 1 de abril de 1897, bajo el título "Somos Socialistas" los dos redactores definían sus principios fundamentales, explicando que el Socialismo habría de realizar la *Libertad* por la *Revolución Social*. Planteaban la supresión del Estado y de toda autoridad política y la socialización de todos los medios de producción. Preconizaban un socialismo intransigente, revolucionario y criticaban duramente a la corriente encabezada por Juan B. Justo. La necesidad de la utilización de la violencia revolucionaria, aparecía a los redactores de *La Montaña* como un fenómeno ineluctable que sería provocado por la propia burguesía. Algunos historiadores y biógrafos de Ingenieros, han caracterizado estas posiciones como anarquistas o semi-anarquistas. Había sin embargo diferencias importantes entre *La Montaña* y los anarquistas organizadores. Ingenieros lleva adelante una polémica con John Creaghe de *El Oprimido* y con los redactores de *L'Avvenire*, a través de la cual se esclarece la principal divergencia: la necesidad de la *acción política*. Ingenieros y Lugones no rechazaban la necesidad de la intervención parlamentaria del partido socialista, lo que constituía una barrera infranqueable para los anarquistas. Además *La Montaña* condenaba abiertamente los atentados individuales de los anarco-terroristas. En realidad sería más correcto caracterizar a *La Montaña* como "socialista libertaria". Según el testimonio de "*El Oprimido*", del 14 de marzo de 1897,

Ingenieros no habría sido suspendido del partido por actos irreverentes como se ha afirmado tradicionalmente, sino como consecuencia de la lucha interna. El periódico *La Montaña* dejó de aparecer en setiembre, acosado por los problemas financieros y por la represión oficial. Ingenieros abandonaría inmediatamente después sus posiciones "socialistas revolucionarias" y Lugones ingresaría en 1898 a las filas de los Socialistas Colectivistas.

Para el conjunto de las posiciones de *La Montaña* y la polémica con los anarquistas, ver nuestro artículo "Lucha de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino. 1896-1900", *Apuntes*, Núm. 1, oct-dic. 1979, Amsterdam.

273 Los primeros antecedentes de la discusión remontan a 1894 cuando los representantes del *Fascio dei Lavoratori* se negaron a integrar el Comité Central del partido, protestando por la exigencia de tener los derechos políticos para integrar el organismo. También el Vorwärts tuvo reticencias al principio en integrarse al partido. La polémica vuelve a plantearse en ocasión de los preparativos del Congreso de 1896. El Centro Socialista de Barracas había enviado una nota al Comité Ejecutivo protestando por la exigencia de ser argentino o naturalizado para poder elegir los candidatos electorales del partido. La discusión se acelera después del Congreso, en la medida que el artículo 7 de los estatutos partidarios allí aprobados institucionalizaban ahora esta exigencia. Sólo quienes poseían los derechos políticos podían votar en las cuestiones políticas fundamentales. Igual condición se exigía para ser miembro del Comité Ejecutivo. La polémica continúa y en la medida que los estatutos van a ser nuevamente aplicados en el segundo Congreso de 1898, un grupo de centros socialistas abandona el partido para constituir otra nueva organización. En agosto de 1898, los Centros Socialistas de Barracas al Norte y Club Propaganda S. I. Alemán, publican una hoja volante explicando su decisión, cuyo original se encuentra en el "Dossier Max Nettlau" del I.I.S.G. de Amsterdam. En ese documento acusan al partido de haber dado muerte al movimiento económico, para formar en nombre del Socialismo un partido político cualquiera. Otras organizaciones socialistas se suman a esas dos primeras y constituyen finalmente la Federación Obrera Socialistas Colectivistas. La crítica al electoralismo y a haber abandonado la lucha reivindicativa sindical son los principales reproches que hacen a la dirección socialista. Otro testimonio se obtiene de un artículo publicado por un militante del Centro Socialista de Pilar, Ruggiero Manzieri,

que también se va con los colectivistas. En *L'Avvenire* del 22 de enero de 1900, Manzieri dice, luego de señalar la imposibilidad de una lucha parlamentaria inmediata: *A los socialistas no les queda, por ahora, otra vía que la de la organización económica, la única que, en este país, puede dar positivas ventajas a la clase trabajadora.* No obstante, los colectivistas encuentran el terreno de un compromiso con el Partido sobre la base de la reforma de los estatutos, lo que se hará en el cuarto congreso y en 1900 vuelven. El principal dirigente de la escisión fue el obrero electricista Francisco Cúneo, más tarde diputado nacional e importante dirigente sindical del partido. Ver nuestro artículo "Lucha..." *Id. cit.*

274 De una lista de 764 afiliados socialistas representados en el congreso de 1896 y congregados en 9 centros, sólo el 43 % eran ciudadanos. La proporción es más baja si se tienen en cuenta sólo los centros de la capital. Ver Dardo Cúneo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*, Buenos Aires, Alpa, 1956, pág. 149.

275 Cornblit, Oscar, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", *Desarrollo Económico*, 6 (24), enero-marzo 1967, págs. 64-692.

276 *Queríamos hacer al Socialismo eminentemente constructivo, y, para ello, liberarlo de la falsa intransigencia elaborada por la fracción más popular de la oligarquía.* *La Vanguardia*, 28 de junio de 1926.

277 Los socialistas identificaban al radicalismo como una más de las fracciones de la política burguesa. Ya en el manifiesto electoral de 1896 se decía: *Roquistas, mitristas, yrigoyenistas, alemistas son todo lo mismo, si se pelean entre ellos es por apetitos de mando, por motivos de odio o de simpatía personal; por ambiciones mezquinas e inconfesables, no por un programa, ni por una idea.* *La Vanguardia*, 29 de febrero de 1896.

Anteriormente, en 1894 un esbozo de polémica se había registrado en las páginas de *La Vanguardia*, a propósito de la evaluación del radicalismo entre Lallemand y otros dirigentes partidarios. Lallemand tenía una evaluación del radicalismo diferente a la que adoptaría posteriormente el partido. Ver José Ratzler, *op. cit.* pág. 146 y ss.

278 En sus escritos de la época, Juan B. Justo destacará a Australia, país que en tanto agroexportador tenía puntos comunes con Argentina, como modelo para los socialistas. También en *La Vanguardia* se tomará como ejemplo la táctica de los socialistas austrianos. Ver *La Vanguardia*, 1 de setiembre de 1896.

I N D I C E

Agradecimiento .....	7
Introducción .....	9
I. Inmigrantes, artesanos, mutuales y socialismo (1857-1879) .....	13
II. La Primera Internacional en Argentina .....	39
III. La formación del proletariado .....	53
IV. El movimiento obrero .....	78
V. Anarquistas y socialistas .....	92
Notas .....	104

*76 - ...*

*111*  
*112*  
*113*  
*114*  
*115*  
*116*  
*117*  
*118*  
*119*  
*120*  
*121*  
*122*  
*123*  
*124*  
*125*  
*126*  
*127*  
*128*  
*129*  
*130*  
*131*  
*132*  
*133*  
*134*  
*135*  
*136*  
*137*  
*138*  
*139*  
*140*  
*141*  
*142*  
*143*  
*144*  
*145*  
*146*  
*147*  
*148*  
*149*  
*150*  
*151*  
*152*  
*153*  
*154*  
*155*  
*156*  
*157*  
*158*  
*159*  
*160*  
*161*  
*162*  
*163*  
*164*  
*165*  
*166*  
*167*  
*168*  
*169*  
*170*  
*171*  
*172*  
*173*  
*174*  
*175*  
*176*  
*177*  
*178*  
*179*  
*180*  
*181*  
*182*  
*183*  
*184*  
*185*  
*186*  
*187*  
*188*  
*189*  
*190*  
*191*  
*192*  
*193*  
*194*  
*195*  
*196*  
*197*  
*198*  
*199*  
*200*